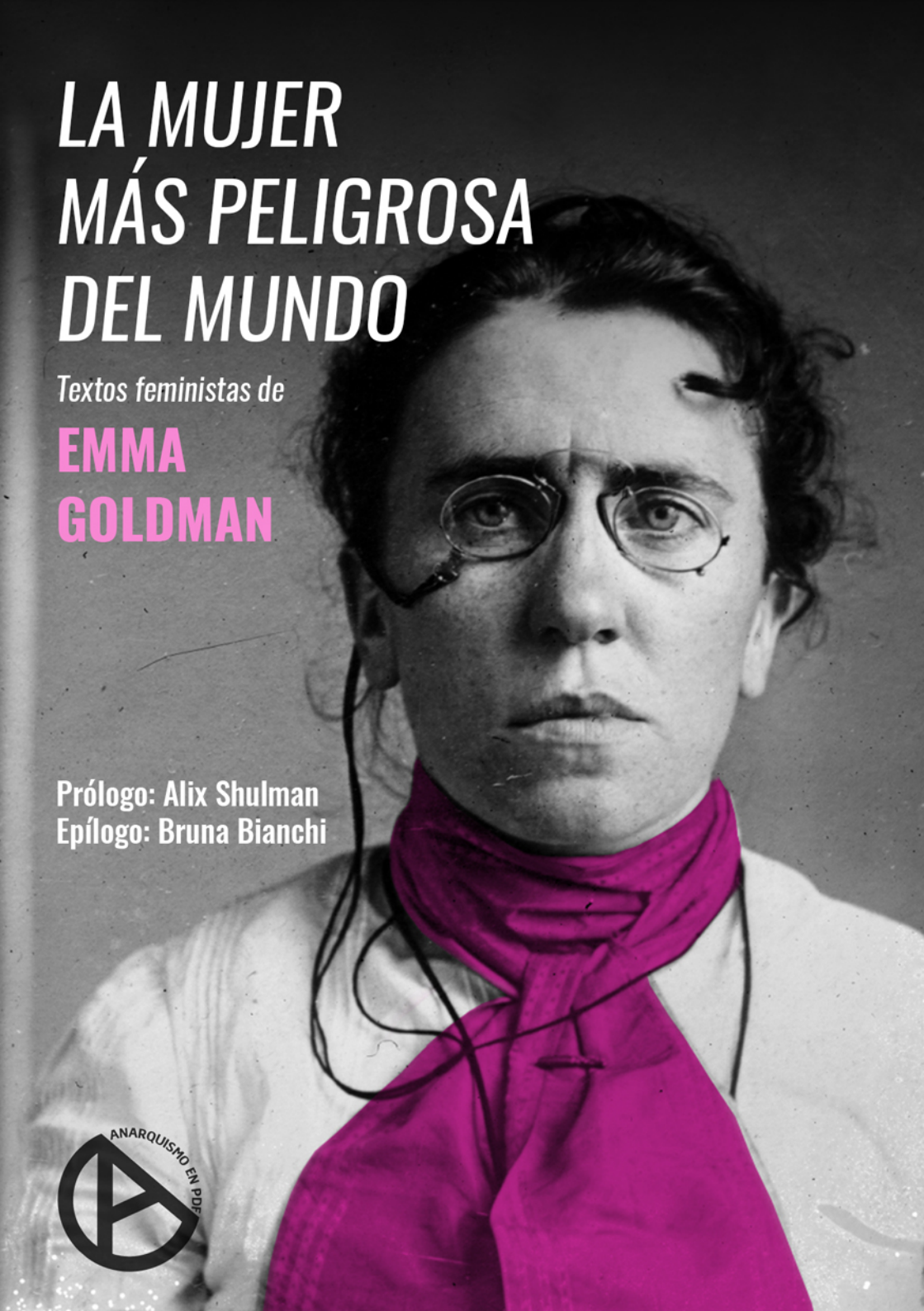
LA MUJER MÁS PELIGROSA DEL MUNDO

Textos feministas de

EMMA GOLDMAN



Prólogo: Alix Shulman
Epílogo: Bruna Bianchi

ANARQUISMO EN PDF

LA MUJER MÁS PELIGROSA DEL MUNDO

Textos feministas de

EMMA GOLDMAN

Edición: *La Congregación* **[Anarquismo en PDF]**

Portada: Reybum

Queremos agradecer a Selene Amador Díaz habernos permitido reproducir su traducción del texto de Bruna Bianchi.

Rebellionem facere Aude!

Índice

Prólogo:
La mujer más peligrosa del mundo
por Alix Shulman 5

EMMA GOLDMAN

Tráfico de mujeres 19
Matrimonio y amor 35
El sufragio femenino 47
Anarquía y la cuestión sexual 61
La tragedia de la emancipación de la mujer 67
Situación social de la mujer 79
Celos: causa y posible cura 83
Los aspectos sociales del control de natalidad 91
Mary Wollstonecraft, su trágica vida
y su apasionada lucha por la libertad 101
Voltairine De Cleyre 113
Louise Michel: Había alma y juventud en sus ojos 139

Epílogo:
El pensamiento anarcofeminista de Emma Goldman
por Bruna Bianchi 143

Prólogo

La mujer más peligrosa del mundo[1]

por Alix Shulman

EL *BUFORD*, un desvencijado navío militar, zarpó del puerto de Nueva York con destino a Rusia seis días antes de la Navidad de 1919; lleva a bordo a 249 distinguidos deportados políticos. Viajaba, entre ellos, una singular feminista americana: Emma Goldman, la célebre Reina de los Anarquistas.

A lo largo de 30 años de actividad como agitadora anarquista en los Estados Unidos, su nombre era ya un símbolo. A menudo, aunque erróneamente, se dijo que había inspirado el asesinato del presidente McKinley. *Emma la roja* era famosa y temida; incitaba a la violencia y a la anarquía, hablaba del control de la natalidad y del amor libre. Sin embargo, cuando la deportaron había hecho público su repudio al terrorismo, tanto individual como organizado, y su posición frente al sexo ya no era bohemia, sino política y feminista.

Comenzando por el presidente Wilson y siguiendo por los que lo sucedían en orden de jerarquía, muchos sintieron alivio cuando Emma desapareció de la escena; solo lo lamentaron unos pocos radicales, y algún que otro liberal. Con la partida del *Buford*, finalizó una etapa; muy pocos hombres, y todavía menos mujeres, coincidieron con la frase irónica pronunciada por

[1] *Tráfico de mujeres y otros ensayos sobre feminismo:* Ana Becciú. Editorial Anagrama, 1977.

el fiscal de Washington: «Con la prohibición que se avecina y Emma Goldman que se va, este país será muy monótono».

Durante toda la vida de Emma Goldman, el anarquismo y el feminismo se relacionaron inextricablemente[2]. Oprimida en razón de su sexo, de su clase, de sus ideas políticas, padeció la cárcel y el ostracismo. Fue tres veces a prisión: la primera, porque supuestamente instigó una revuelta; la segunda, porque reveló información sobre el control de la natalidad; y la tercera, acusada de conspirar para impedir el alistamiento en el ejército. La arrestaron tantas veces que cada vez que hablaba en público llevaba consigo un libro para leer en la cárcel.

Utilizó la doctrina anarquista para explicar la opresión que padecían las mujeres, pero sabía muy bien que la raíz de semejante opresión era más profunda que las instituciones. Cuando su anarquismo entraba en conflicto con su feminismo, reaccionaba siempre como feminista. A semejanza de muchas mujeres de la izquierda actual, se rebeló cuando los hombres radicales la menospreciaban por el solo hecho de ser una mujer. En 1911 publicó sus ensayos y sus discursos en forma de libro (*Anarchism and Other Essays*), donde trató «el problema de la mujer» con más profundidad que cualquier otro, incluido el anarquismo. En *Living My Life* revela, con prosa firme, las injurias a las que tuvo que enfrentarse como mujer y su ilimitada simpatía por las oprimidas de su mismo sexo.

En muchos aspectos, el análisis y el programa que Emma Goldman desarrolló antes de la Primera Guerra Mundial se ase-

[2] Acerca de la vida de Emma Goldman, ver su autobiografía *Living My Life*, Garden City Publishing Co., 1934; y la biografía de Richard Drinnon, *Rebel in Paradise*, Chicago, University of Chicago Press, 1961. [Hay ediciones en castellano: *Viviendo mi vida*, Fundación Anselmo Lorenzo, 1996 y *Rebelde en el paraíso yanqui*, Proyección, 1965. Habría que añadir la biografía que le dedicó José Peirats, *Emma Goldman, anarquista de ambos mundos*, La Linterna Sorda, 2011 y el libro editado por David Porter, *Visión en llamas. Emma Goldman sobre la Revolución española*, El Viejo Topo, 2012].

meja más al de las feministas de la década de los 60 que al de sus propias contemporáneas. Estas últimas hacían hincapié en las barreras económicas y legales que impedían a las mujeres su libertad; en cambio, Emma Goldman, al igual que las feministas actuales, denunció la ideología inconsciente y a los «tiranos internos» como causa del sometimiento de la mujer. «Casi desde la infancia», escribió, «las jóvenes aprenden que el más alto objetivo en la vida es el matrimonio», las alimentan con tantas mentiras acerca de su naturaleza sexual que «la vida de estas muchachas se destruyen por la frustración»: consideró siempre que en la mujer adulta estos problemas eran fundamentalmente más perjudiciales que la carencia de este o aquel derecho legal. Por ejemplo, ella no creía que personalmente hubiera sufrido nunca por la privación del derecho de voto; en cambio, sí reconoció su diario sufrimiento porque los hombres que la rodeaban la trataron como un objeto sexual. Casi todos los hombres con los que convivió —radicales en su mayoría—, intentaron hacerla desistir de sus actividades: nunca las consideraron adecuadas para su sexo porque, para decirlo con sus propias palabras, siempre fue para ellos una «hembra».

Algunos aspectos del programa de Emma Goldman parecen haber sido elucubrados hace un mes. Esto demuestra la dificultad que implica hacer cambiar el sistema y la profunda visión de Emma Goldman. En lo esencial, la evolución ha sido suficiente:

> El desarrollo (de la mujer), su libertad, su independencia, deben surgir de ella misma y es ella quien deberá llevarlos a cabo. Primero, afirmándose como una personalidad y no como una mercancía sexual. Segundo, rechazado el derecho que cualquiera pretenda ejercer sobre su cuerpo; negándose a engendrar hijos, a menos que sea ella quien los desee, negándose a ser la sierva de Dios, del Estado, de la sociedad, de la familia, etc., haciendo que su vida sea más simple, pero también más profunda y más rica. Es decir, tratando de aprender el sentido y la sustancia de la vida

en todos sus complejos aspectos, liberándose del temor a la opinión y a la condena pública. Sólo eso, y no el voto, hará a la mujer libre[3].

Los cambios que se han producido en los últimos cincuenta años (la enmienda del sufragio, las reformas sociales y legales, y la llamada «revolución sexual»), tal como Emma Goldman lo había predicho, apenas si han liberado en la práctica a las mujeres. La revolución que ella exigió está por venir.

Emma nació en 1869, en un gueto en la Rusia zarista. Su padre, cuya furia y cuyos golpes recordó siempre como «la pesadilla de mi infancia», se quejaba continuamente de que su primogénito hubiera sido una niña. Su madre vigiló su educación sexual con tradicional rigor. No solamente la amenazó y la castigó cuando se «tocaba», sino que además, al descubrir que Emma había comenzado a menstruar a la edad de once años, le dio una bofetada y le explicó: «Es lo que necesita una joven cuando se convierte en mujer, como protección contra la desgracia». El castigo produjo en la niña una fuerte y duradera impresión.

Su paso por la escuela primaria fue tormentoso; sobresalió en sus estudios, pero su conducta fue deplorable, razón por la cual se le negó la admisión en la escuela secundaria. A los trece años Emma y su humilde familia se trasladaron a San Petersburgo. Seis meses después abandona sus estudios y comenzó a trabajar en una fábrica. Era el año 1882; el Zar había sido asesinado y la revolución flotaba en el aire de Petersburgo. Allí, la ya rebelde Emma supo que en Rusia había mujeres revolucionarias que vivían para sí mismas y para la revolución, no para sus hombres. Esas mujeres ansiaban incluso ser mártires por la causa en la que creían, y eran absolutamente diferentes de las otras mujeres que Emma había conocido. Las convirtió en su modelo —en sus ídolos— y se sumó a su feminismo.

[3] Emma Goldman, *El sufragio femenino*.

Su padre decidió casar a su indomable hija a los quince años. Según la costumbre, arregló la boda y fijó el precio: Emma sería transferida de la tutela del padre a la tutela del marido, y cuando protestó diciendo que no quería casarse sino que, por el contrario, quería viajar, estudiar, aprender, el padre montó en cólera. «Las jóvenes no tienen por qué saber demasiado», gritó, «sólo deben saber preparar un buen plato de pescado, cortar bien los tallarines, y dar al hombre muchos hijos». Aterrada por los planes de su padre, Emma huyó a América al año siguiente, y se estableció en Rochester con su hermana. Encontró un trabajo en una fábrica y allí conoció a su compañero inmigrante, Jacob Kershner. Se sentía sola, atrapada y derrotada, y se casó con Kershner, sólo para constatar que sus peores temores acerca del matrimonio eran fundados. Enseguida los amantes comenzaron a odiarse, y el desastroso matrimonio se disolvió.

En la época de su unión con Kershner, Emma comenzó a interesarse por el anarquismo. Se dio cuenta de que los pobres, especialmente aquellos inmigrantes entre los cuales vivía, padecían tanta explotación como en la Rusia zarista. En Rochester, asistió algunas veces a reuniones socialistas. Pero lo que acabó por radicalizarla fue el horror que sintió cuando juzgaron y condenaron a ocho anarquistas acusados de arrojar una bomba contra un grupo de policías en la plaza Haymarket de Chicago. El juicio por conspiración celebrado en Chicago en 1886, y el posterior linchamiento de cuatro anarquistas en 1887, fue un acontecimiento conmovedor para toda una generación. Era evidente que se juzgaba a los anarquistas, no por un crimen, sino por sus actividades obreras y por sus opiniones. Emma siguió atentamente todos los sucesos referentes al juicio de Chicago, y leyó todos los escritos sobre anarquismo que cayeron en sus manos. La noche en que los cuatro hombres fueron linchados experimentó una profunda conversión, de intensidad casi religiosa. Mucho tiempo después, señaló que

fue ese momento cuando dio comienzo su vida. La rebelde se volvió revolucionaria para siempre. Se divorció de Kershner, se mudó a la ciudad de Nueva York, y a los veinte años inició su larga y fructífera trayectoria como anarquista.

Cuando Emma se unió al movimiento, Johann Most era uno de los líderes más famosos y uno de sus oradores incuestionables. Protegió a Emma y la entrenó para sucederlo en la tribuna. Emma reverenció a Most y aprendió de él, hasta que no pudo soportar más su autoritarismo y su descarado chauvinismo machista. Rompió con él y provocó una escisión dentro del movimiento anarquista americano.

El anarquismo recientemente aprendido brindó a Emma una base teórica para su feminismo. Comenzó a considerar el matrimonio, al que detestaba por experiencia propia, como una más de las instituciones más opresivas del capitalismo y del Estado, ya que convierte a las mujeres en esclavas domésticas y en objeto sexual, limitándolas a la reproducción y a ser mano de obra barata.

El matrimonio condena a la mujer a una eterna dependencia, a cambio de la seguridad económica: obviamente, una transacción deplorable. El amor, en su expresión sexual, puede ser «el elemento más profundo de la vida», pero nada tiene que ver con el matrimonio. En efecto, Emma concebía el amor como algo natural, libre, exactamente lo opuesto al matrimonio, artificial y represivo. «Si alguna vez vuelvo a amar a un hombre», confesó a Alexander Berkman, el hombre que más tarde se convertiría en su compañero para toda la vida, «me entregaré a él sin que nos una ni el rabino ni la ley, y cuando ese amor muera me iré sin pedir permiso». Y esto lo dijo en 1889.

Emma se convirtió en amante de Berkman y después también de Fedya[4], amigo artista de aquél. Los tres vivieron en co-

[4] Modest «Fedya» Stein (1871-1958), nacido Modest Aronstam, fue un ilustrador estadounidense de origen ruso, estrecho colaborador de Alexander Berkman y Emma Goldman. Era primo de Berkman y tuvo

munidad hasta que decidieron llamar la atención mundial sobre el sangriento exterminio de 1892, con motivo de la huelga de la Homestead Steel —que terminó con diez huelguistas muertos y centenares de heridos— con un solo acto: asesinar al responsable de la matanza, el industrial millonario Henry Clay Frick. Reunieron dinero suficiente para un solo billete a Pennsylvania; Emma, desesperada, intentó (sin éxito) dedicarse a la prostitución en la calle 14 a fin de obtener medios para comprar un revólver. Berkman, por su parte, fue a Pittsburgh a apretar el gatillo. Frick se recuperó rápidamente de sus heridas. En aquel tiempo, el crimen de Berkman, desde el punto de vista legal, era punible con un máximo de siete años de prisión. Pero Berkman fue cruelmente sentenciado a veintidós años.

Emma quiso explicar al mundo el sentido de la acción de Berkman, y se dedicó a hablar en público; se transformó en una habilísima oradora, y cada vez más en una revolucionaria activa. Viajó por todas partes, habló, se manifestó, agitó. Predicó sus ideas con seriedad, pero la mayoría de los americanos creyeron que solo se trataba de un capricho. Para ellos, la revolución y el sexo fuera del matrimonio eran impensables, y *Emma la roja* hablaba continuamente de ambos temas. Cualquier cosa que hiciera escandalizaba al público. Así como su anarquismo parecía ser una excusa para arrojar bombas y asesinar magnates, su feminismo sólo era, para sus perplejos contemporáneos, una excusa para practicar el amor libre. Ambas interpretaciones fueron erróneas. Emma Goldman libertaria extremista, no necesitaba pretextos para ninguna de sus acciones. Sus experimentos con las bombas, al igual que sus experimentos con el

---

la intención de acabar con la vida de Frick tras el intento fallido por parte de aquel. Según cuenta su hija, iba con los bolsillos llenos de dinamita con la intención de volar por los aires la casa de Frick, pero cuando bajó del tren pasó junto a un quiosco y reparó en un titular en el que se le descubría. De ahí que se cambiase el apellido a Stein. Más adelante, abandonó el anarquismo activo pero siguió financiando a Berkman y a Goldman.

amor, reflejaron, pero no determinaron, sus ideas. Sus percepciones y sus teorías evolucionaban con su práctica.

A pesar de que sus vínculos con los hombres fueron profundos y duraderos, la creyeron promiscua e incluso maniaca sexual, lo cual no deja de ser sorprendente pues, a diferencia de algunas contemporáneas suyas, no hizo un culto del sexo, sino que se esforzó enormemente para exponer sus puntos de vista sobre el sexo de manera clara y honesta. Si algo la enfurecía era la hipocresía del puritanismo y su doble máscara, que condenaba a las mujeres a ser o prostitutas o «vestales compulsivas». Centró su análisis sobre la condición oprimida de las mujeres en el problema sexual: estaba convencida de que ésta era el arma más importante que la sociedad esgrimía contra la mujer. Creía que el sexo era «tan vital como la comida y el aire» y consideró inhumano que las mujeres se privaran del mismo, o que tuvieran que venderse para obtenerlo. Desde luego, ella desechó ambas prácticas, pero pagó el alto precio de ser temida, odiada e incomprendida. Curiosamente los hombres, seguros de que ofrecía su cuerpo a cualquiera, la acosaron, y las mujeres, temerosas de contaminarse, la rehuyeron.

Algunos radicales difícilmente toleraron la sinceridad de Emma en materia sexual. El anciano famoso anarquista Piotr Kropotkin la acusó de sobrevalorar el sexo. Dijo que la opresión de las mujeres no era sexual, sino mental. «Cuando la mujer sea igual al hombre intelectualmente y comparta con él los ideales sociales, será tan libre como él», dijo a Emma durante una acalorada discusión. Finalmente, exasperada, ella respondió: «Cuando yo haya alcanzado su edad, el problema sexual habrá dejado de tener importancia para mí. Pero la tiene ahora... para miles, millones de jóvenes». Probablemente se equivocó al pensar que se debía a la edad, y no al sexo, el prejuicio de Kropotkin, pero al menos le incitó a reflexionar. «¡Fantástico!», dijo él después de pensar unos instantes, «no lo había pensado».

Emma halló dificultades en sus discusiones con Kropotkin; en 1900, durante la Conferencia Internacional Anarquista celebrada en París, Emma se levantó y se fue. Los anarquistas franceses se manifestaron preocupados por las críticas de la prensa y no le permitieron que leyera algunos textos americanos sobre el problema sexual; acto seguido, renunció a su condición de delegada.

En todas partes observó los males que afectaban a las mujeres a causa de la tan sutil como obvia discriminación. Señaló que las mujeres sacrificaran su talento y sus ambiciones por los hombres; las vio esclavizadas por los fugaces conceptos de belleza; observó que estaban tan protegidas que no tenían identidad propia; vio cómo muchas pasaban toda su vida sin obtener ninguna satisfacción sexual. Pero lo que le pareció más espantoso fue que las mujeres, invariablemente explotadas por los hombres en su relación sexual, eran también las únicas que invariablemente pagaban las consecuencias por los excesos que el puritanismo perdonaba a los hombres. Solamente la mujer es castigada al quedar embarazada, cometer adulterio, o practicar la prostitución. El hombre que intervino en el asunto siempre sale limpio de culpa.

Para Emma, la situación que deja al descubierto la hipocresía del sistema era la de las prostitutas, las mujeres más explotadas: ellas eran la síntesis del problema femenino.

> No existe un solo lugar donde la mujer sea tratada en base a su capacidad de trabajo, sino a su sexo. Por tanto, es casi inevitable que deba pagar con favores sexuales su derecho a existir, a conservar una posición en cualquier aspecto. En consecuencia, es sólo una cuestión de grado el que se venda a un solo hombre, dentro o fuera del matrimonio, o a muchos. Aunque nuestros reformadores no quieran admitirlo, la inferioridad económica y social de las mujeres es la responsable de la prostitución[5].

[5] Emma Goldman, *Tráfico de mujeres*.

Ningún moralista o reformista aceptaba leer semejantes novedades, y el gobierno censuró el diario de Emma, *Mother Earth*, donde originalmente aparecía su ensayo sobre la prostitución.

Junto a los puritanos y los reformistas, a quienes encolerizaba el feminismo libertario de Emma, estaba el inmenso ejército de sufragistas. Las sufragistas ponían todas sus esperanzas en el voto; a Emma este tema no le interesaba. Como anarquista no creía en el valor del voto. No eran precisamente las mujeres las que se beneficiarían con él: su opresión estaba demasiado arraigada en el estiércol del sistema. El sufragismo era un movimiento de clase media, enemigo de la Revolución. Cuando exigían el voto en nombre de la virtud, de la familia y del hogar, lo que en realidad deseaban la mayoría de las sufragistas era eliminar esa doble máscara aplicando a los hombres las mismas rígidas restricciones puritanas que soportaban las mujeres. Emma, en cambio, quería suprimir esas restricciones tanto para los hombres como para las mujeres. Al negarse a apoyar la lucha sufragista, fue repetidamente denunciada como «mujer de hombre» y «enemiga de la libertad de la mujer».

Cuando habló en público sobre la homosexualidad y la práctica del control de la natalidad, las autoridades dejaron de tolerarla. Emma, Margaret Sanger[6], y otras, dieron conferencias sobre el control de la natalidad durante años, pero siempre trataron el tema en general. Fue muy distinto cuando intentaron informar acerca de los medios para llevarlo a cabo. Esto último era un crimen. El 28 de marzo de 1915, ante una audiencia mixta de 600 personas en el popular Sunrise Club de Nueva York, Emma explicó, por primera vez en toda América, cómo

[6] Margaret Higgins Sanger (nacida Margaret Louise Higgins, 1879-1966, también conocida como Margaret Sanger Slee), fue una activista del control de natalidad, educadora sexual, escritora y enfermera. Sanger popularizó el término «birth control», abrió la primera clínica de contracepción en los Estados Unidos y estableció organizaciones que luego desembocaron en la Federación de Planificación Familiar de América.

se debía usar un anticonceptivo. Fue arrestada de inmediato y después de un juicio tormentoso y sensacional, se le dio a elegir entre pasar quince días en un taller penitenciario o pagar una multa de 100 dólares. En 1894, había cumplido una condena de un año a causa de un discurso incendiario. Ahora, para ella, 15 días carecían de importancia. Cuando eligió la cárcel, la sala de justicia entera la aplaudió. Margaret Anderson, desde *The Little Review*, observó: «Emma Goldman fue enviada a prisión por sostener que las mujeres no siempre deben mantener la boca cerrada y su útero abierto». Una vez cumplida la sentencia, Emma se dedicó a dar las mismas conferencias por todo el país. La arrestaron muchas veces y siempre la sala del tribunal se convertía en un foro público; aprovechaba esas oportunidades para defender el derecho de la mujer a controlar su propio cuerpo, hasta que los mismos jueces comenzaron a ver el tema del control de la natalidad bajo una nueva perspectiva.

Estalló la Primera Guerra Mundial, y con ella la amenaza de la participación norteamericana. Emma dejó a un lado su prédica feminista y denunció la guerra y el reclutamiento: «conspiración» que le valió dos años de prisión. Una vez libre, a los cincuenta años, el gobierno, durante una de las peores represiones políticas de la historia norteamericana, revocó su adquirida ciudadanía despojando de la suya a su primer marido. La deportaron en calidad de «criminal anarquista» extranjera.

Emma había pasado 30 años concienciando a los trabajadores y luchando por la liberación femenina en América; cuando se marchó, las mujeres habían logrado sólo unos pocos derechos. Fue una de las pocas personas dentro del movimiento feminista que insistió en que no era lo mismo la liberación femenina que los derechos de la mujer. Sabía que «tradiciones centenarias» nunca podrían desaparecer con reformas externas, por más urgentes, numerosas o drásticas que fueran. El matrimonio, a pesar de las reformas, era todavía el «objetivo fundamental» de las mujeres. La independencia, la igualdad, la emancipación,

seguirían siendo ilusorias si «la estrechez y la falta de libertad del hogar se cambia por la estrechez y falta de libertad de la fábrica, el taller, la tienda por la oficina... ¡Gloriosa independencia!». Siempre creyó que lo único verdaderamente necesario era una revolución que iniciaran las mismas mujeres.

> El derecho de voto o la igualdad de derechos civiles pueden ser exigencias útiles, pero la verdadera emancipación no comienza ni en los colegios ni en los tribunales. Comienza en el alma de la mujer. La historia nos demuestra que cualquier clase oprimida sólo consigue liberarse realmente de sus amos con sus propios esfuerzos. Es preciso que la mujer aprenda esa lección, que se dé cuenta que únicamente alcanzará su libertad cuando conquiste el poder. Por lo tanto, es mucho más importante que inicie su propia regeneración interior, que se libere del peso de los prejuicios, de las tradiciones y de las costumbres[7].

El tiempo ha demostrado que solamente las predicciones de Emma, no las de las reformistas, han sido las acertadas. En 1920, después de su exilio forzoso, se aprobó la enmienda del sufragio. Con el voto, las mujeres americanas alcanzaron escasa igualdad y aún menos libertad. Ni siquiera se garantizó la igualdad de derechos; las leyes discriminatorias no se borraron de los libros; no desapareció la doble máscara, continuó la discriminación laboral y salarial; la explotación sexual y doméstica de la mujer no se alteró; y muy pronto el movimiento feminista americano quedó marginado. Las soluciones individuales reemplazaron a las políticas.

Algunos se dieron cuenta de lo que había ocurrido, pero hacía mucho tiempo que Emma Goldman, que lo había predicho, no figuraba en la escena. Se la recuerda como una salvaje bohemia enemiga del sufragio femenino, una loca terrorista, una bruja. A pesar de que pasó el resto de su vida en el exilio combatiendo por el anarquismo —primero en Rusia contra el sú-

[7] *The Tragedy of Woman's Emancipation.*

per-Estado bolchevique y más tarde en España durante la guerra civil— fue enterrada en Chicago, junto a los mártires del Haymarket, que inspiraron toda su vida. En 1940 murió en Granada; sólo un pequeño grupo de americanos reconocieron que había vivido, para decirlo con las palabras del periodista William Marion Reedy, «8.000 años adelantada a su época».

EMMA GOLDMAN

Tráfico de mujeres[1]

NUESTROS REFORMISTAS han hecho, de repente, un gran descubrimiento: el tráfico de blancas. Todos los días aparecen en los periódicos notas acerca de estas «condiciones nunca antes conocidas», y los jurisconsultos están preparando nuevas leyes para controlar este horror.

Es significativo el hecho de que cada vez que el público adquiere conocimientos de ciertos desvíos de tipo social, comienza una cruzada contra la indecencia, el juego de azar, los bares, etc. ¿Y cuál es la consecuencia inmediata de esta cruzada? El juego aumenta, los bares multiplican sus ingresos con los ingresos encubiertos, la prostitución se extiende, y se agrava el sistema de proxenetas y de soplones.

¿Cómo es posible que una institución, que conoce cualquier criatura, haya sido descubierta tan súbitamente? ¿Por qué esta perversidad, conocida por todos los sociólogos, se ha convertido justo ahora en un tema tan importante?

Creer que la reciente investigación acerca del tráfico de blancas (una investigación, dicho sea de paso, bastante superficial) ha descubierto algo nuevo es, claramente, muy torpe. La pros-

[1] *Tráfico de mujeres y otros ensayos sobre feminismo:* Ana Becciú. Editorial Anagrama, 1977.

titución ha sido siempre un mal muy extendido, si bien la humanidad no se preocupa demasiado por ella ya que ante los últimos sufrimientos y las angustias de sus víctimas sólo siente una perfecta indiferencia. La misma indiferencia que siempre ha sentido ante nuestro sistema industrial, o la prostitución económica.

Solamente se interesa por ellas el pueblo infantil cuando las miserias humanas se convierten en un juguete de colores brillantes, al menos por un tiempo. El pueblo es como un niño caprichoso que necesita constantemente poner nuevos juguetes. Y el grito «honesto» contra el tráfico de blancas puede ser uno de estos juguetes. Su objetivo es divertir momentáneamente al pueblo, colaborar en la sanción de nuevos y burocráticos empleados parásitos que se pavonean por el mundo disfrazados de inspectores, investigadores, detectives, etc.

¿Cuál es la causa real de este comercio de mujeres? No solamente se comercia con las de raza blanca, sino con las amarillas y las negras. La explotación. El Moloch sin misericordia del capitalismo que engorda a costa del trabajo mal pagado, que conduce, así, a millones de mujeres y jóvenes a la prostitución. Estas muchachas piensan, como la señora Warren: «¿Por qué perder la vida trabajando por unos centavos a la semana en una trastienda, dieciocho horas al día?».

Pero, obviamente, nuestros reformistas callan esta causa. La conocen demasiado bien, pero no se gana nada revelándola. Es más provechoso hacerse el fariseo, y no ir al fondo del problema.

Sin embargo, hay recomendables excepciones entre los jóvenes escritores: Reginald Wright Kauffman, cuyo trabajo *The House of Bondage* es el primer intento en despertar este mal social sin utilizar una sentimentalidad filistea. El señor Kauffman es un periodista de probada experiencia y demuestra que nuestro sistema industrial no deja, para la mayoría de las mujeres, otra alternativa que la prostitución. Las mujeres que apa-

recen retratadas en *The House of Bondage* pertenecen a la clase obrera. Si el autor hubiera tomado como referencia a mujeres de otros niveles sociales, se hubiera encontrado con un panorama idéntico.

No existe sitio alguno donde la mujer sea tratada de acuerdo con su capacidad, sus méritos, y no su sexo. Por tanto, es casi inevitable que deba pagar con favores sexuales su derecho a existir o mantener una posición. No es más que una cuestión de grados el hecho de que se venda a un solo hombre, dentro o fuera del matrimonio, o a muchos. Aunque nuestros reformistas no lo quieran admitir, la inferioridad social y económica de la mujer es la única responsable de la prostitución.

En la actualidad, las buenas personas se han impresionado al leer los informes acerca de que solamente en la ciudad de Nueva York una de cada diez mujeres trabajan en las fábricas, que el promedio salarial que reciben es de seis dólares por cuarenta y seis a sesenta horas semanales de trabajo, y que la mayoría de las trabajadoras están varios meses sin trabajo, lo cual reduce el salario anual a un promedio de 280 dólares. A la vista de estos horrores de la economía, ¿es posible que todavía alguien se pregunte por qué la prostitución y la trata de blancas se han convertido en factores dominantes?

Para que las cifras precedentes no parezcan una exageración, oigamos lo que tienen que decir algunas autoridades sobre el tema de la prostitución: «La causa de que prolifere la depravación femenina pueden encontrarse en los gráficos que recogen la descripción del empleo buscado en los salarios recibidos por las mujeres antes de su caída; será una cuestión que deberá estudiar el economista social si el interés comercial no es una excusa de los empresarios para reducir sus tasas de remuneración, y si los ahorros de un pequeño porcentaje sobre el salario no desaparecen con la cantidad de impuestos con los que el público sufraga los gastos en que incurre un sistema de vicio, *que en muchos casos es una consecuencia directa de la*

insuficiente compensación del trabajo honesto»[2]. Nuestros reformistas harían bien en leer el libro del doctor Sanger. Podrían informarse de que de las 2.000 mujeres analizadas por este doctor, sólo unas pocas provenían de la clase media, de condiciones de vida ordenadas, de hogares pacíficos y felices. La mayoría son obreras, jóvenes y maduras; muchas llegan a la prostitución siguiendo sus deseos equívocos, otras porque su vida hogareña ha sido decepcionante, cruel; otras, de nuevo, a causa de su naturaleza física frustrada, quebrada (de ellas hablaré más adelante). A los defensores de la cerveza y de la moral les convendrá saber que de los 2.000 casos, 490 correspondían a mujeres casadas, mujeres que vivían con sus esposos. Es obvio que la «santidad del matrimonio» no les ofrecía demasiadas garantías para su «seguridad y su pureza»[3].

En *Prostitution in the Nineteenth Century*, el Dr. Alfred Blaschko, es aún más tajante, y afirma que las condiciones económicas son uno de los factores determinantes, más que cualquier otro, de la prostitución.

> Aunque la prostitución ha sido una actividad desarrollada en todas las épocas, durante el siglo XIX se convirtió en una gigantesca institución social. El desarrollo de la industria y las vastas masas de gente afluyendo al mercado competitivo, el crecimiento y la congestión de las grandes ciudades, la inseguridad y la incertidumbre ante el empleo, todos estos factores han contribuido para que la prostitución recibiera un impulso nunca antes soñado en ningún otro periodo de la historia de la humanidad.

Y Havelock Ellis, aunque no da una importancia tan absoluta a la causa económica, se ve obligado a admitir que se trata

---

[2] Dr. Sanger, *The History of Prostitution*.

[3] Es significativo que el libro del Dr. Sanger haya sido excluido de los correos americanos. Es obvio que las autoridades no tienen ningún deseo de que el público se informe acerca de las verdaderas causas de la prostitución.

del motivo más importante, directa o indirectamente. Así, descubre que hay un gran porcentaje de prostitutas que han sido reclutadas en el seno de la clase del servicio doméstico, a pesar de que éstas tienen menos preocupaciones y mayores seguridades. Por otra parte, el mismo Ellis no puede negar que la rutina diaria, las fatigas, la monotonía de las tareas de la sirvienta, y sobre todo, el hecho de que nunca puede gozar de la compañía y de la alegría de un hogar propio, es un factor no menos importante para que decida buscar su disfrute y el olvido en la alegría y el fulgor de la prostitución. En otras palabras, la sirvienta, tratada como una esclava, no pudiendo nunca ser ella misma, y sometida a los caprichos de su señora, a semejanza de una dependienta o de una obrera, sólo puede encontrar salida a su situación en la prostitución.

Pero el aspecto más divertido de esta cuestión que ahora se ha hecho pública, es la indignación de nuestras «buenas y respetables personas», sobre todo la de esos caballeros cristianos, siempre a la cabeza de todas las cruzadas. ¿Será que ignoran absolutamente la historia de la religión, y en especial la de la religión cristiana? ¿O acaso pretenden ocultar a la generación actual el papel que desempeñó en el pasado la Iglesia con respecto a la prostitución? Sea cual fuere la razón, serán los últimos en manifestarse contra las infortunadas víctimas de hoy, pues, como sabe muy bien cualquier estudiante inteligente, la prostitución tiene un origen religioso, y ha sido mantenida y practicada durante siglos, no como una vergüenza, sino como una virtud, aclamada por los mismos dioses.

> Al parecer, se cree que el primitivo origen de la prostitución es una costumbre religiosa; la religión, custodia de la tradición social, preservaba —transformada— una libertad primitiva que se apartaba de la vida social en general. Un ejemplo típico lo encontramos en Herodoto: en el siglo V a. C., las mujeres, una vez en su vida, debían acudir al templo de la Venus babilónica —y ofrecerse al primer extranjero quien, a su vez, arrojaba una moneda en su

regazo— como prueba de veneración a la diosa. Existieron costumbres similares en otros lugares de Asia occidental, en África del Norte, en Chipre, y en otras islas del Mediterráneo oriental, así como en Grecia, donde en el templo de Afrodita, en Corinto, había más de mil hieródulas consagradas al culto de la diosa.

Todas las autoridades en la materia sostienen, por lo general, la teoría de que la prostitución religiosa surgió de la creencia de que la actividad generadora de los seres humanos influía, de forma misteriosa y sagrada, en propiciar la fertilidad de la naturaleza. Con el tiempo, cuando la prostitución se convirtió en una institución organizada por los sacerdotes, desarrolló, desde el punto de vista religioso, aspectos utilitarios, colaborando en el incremento de la renta pública.

Cuando la cristiandad afirmó su poder político, los cambios promovidos fueron mínimos. Los padres de la Iglesia toleraron la prostitución. En el siglo XIII se registra la existencia de burdeles bajo la protección municipal. Funcionaban como servicio público, y sus administradores serán considerados servidores públicos[4].

Agreguemos ahora el siguiente texto del doctor Sanger:

El Papa Clemente II promulgó una bula por la que se toleraba a las prostitutas si accedían a entregar una parte de sus ganancias a la Iglesia.

En cambio, el Papa Sixto IV fue mucho más práctico: recibía una renta de 20.000 ducados de cada uno de los burdeles que él mismo había mandado construir.

En la actualidad, la Iglesia se muestra algo más prudente. Al menos no exige públicamente un tributo a las prostitutas. Reconoce como más provechoso dedicarse a los bienes raíces, por ejemplo la Trinity Church, que alquila tumbas a precios exorbitantes para aquellos que viven o han vivido de la prostitución.

Por razones de espacio, me es imposible hablar aquí de la prostitución en Egipto, Grecia y Roma, y durante la Edad Me-

[4] Havelock Ellis, *Sex and Society*.

dia. En este último periodo histórico, las condiciones fueron particularmente interesantes: la prostitución está organizada en gremios, presididos por una reina de burdel. Estos gremios se declaraban en huelga para exigir mejores condiciones y mantener los precios. Desde luego, éste era un método mucho más eficaz que el utilizado por la salarial del moderno.

Es superficial y excesivamente parcial afirmar que el factor económico es la única causa de la prostitución. Existen otros factores no menos vitales e importantes que nuestros reformadores no desconocen pero que todavía les dan más pánico que esa miserable institución que consume la vida de los hombres y de las mujeres. Me refiero al problema sexual: su sola mención produce espasmos morales en la mayoría de la gente.

Es innegable que se educa y se entrena a la mujer para que ante todo sea una mercancía sexual; y, desde luego, se la mantiene en la más absoluta ignorancia con respecto al significado y a la importancia del sexo. Se elimina todo lo referente al tema, y si por ventura alguien quiere arrojar algo de luz sobre esta tremenda oscuridad, su premio es la persecución y la cárcel. También es cierto que mientras la joven no sepa cómo protegerse a sí misma, mientras no conozca la función del periodo más importante de su vida, no debe sorprender que se convierta en una víctima fácil de la prostitución, o de cualquier otro tipo de relaciones que la degradan a la situación de objeto de mera gratificación sexual.

Esta ignorancia frustra y mutila la vida y la naturaleza de la joven. Siempre hemos aceptado sin discusión que el muchacho debe seguir el llamado de sus instintos; ello significa que, una vez constituido sexualmente, debe satisfacer su naturaleza; pero los moralistas se escandalizan con sólo pensar que la muchacha sea capaz de afirmar su naturaleza. Para ellos, la prostitución no consiste tanto en el hecho de que la mujer vende su cuerpo, sino, sobre todo, que lo hace fuera del matrimonio. Esta afirmación no es descabellada; prueba de ello es que el

matrimonio por razones económicas es perfectamente legítimo, santificado por la ley y la opinión pública; empero se condena y se repudia cualquier otro tipo de unión. Una prostituta, por definición, es «una persona para quien las relaciones sexuales se subordinan al lucro»[5].

> Son prostitutas aquellas mujeres que venden su cuerpo por medio del ejercicio del acto sexual y hacen de ello una profesión[6].

Banger va mucho más lejos: sostiene que el acto de la prostitución es «intrínsecamente idéntico a aquel en el cual un hombre y una mujer contraen matrimonio por motivaciones económicas».

Por supuesto, si bien el objetivo de las muchachas es el matrimonio, hay miles de ellas que no se casan; la estupidez de nuestras costumbres sociales las condenan al celibato o a la prostitución. A pesar de las leyes, la naturaleza humana se consolida, y no hay ninguna razón para que la naturaleza deba adaptarse a una perversa concepción de la moral.

La sociedad considera que las experiencias sexuales de un hombre forman parte del desarrollo de su personalidad; en cambio, esas mismas experiencias realizadas por las mujeres son una terrible calamidad, constituyen la pérdida del honor y de todo lo que se considera noble y bueno para el ser humano. Este doble aspecto de la moral ha tenido mucho que ver en el origen y perpetuación de la prostitución. Implica conservar a la joven en la más completa ignorancia con respecto a los temas sexuales (a ello lo llaman «inocencia»), lo cual, unido a una naturaleza sexual sobreexcitada y reprimida, propicia una situación que nuestros puritanos desean evitar o prevenir de cualquier manera.

---

[5] Guyot, *La Prostitución*.
[6] Banger, *Criminalité et conditions économiques*.

No es cierto que la gratificación sexual lleve por fuerza a la prostitución; la responsabilidad recae, sin lugar a dudas, en la persecución cruel, desalmada, criminal, de aquellos que se atreven a apartarse del camino preestablecido.

Las jóvenes, casi niñas, trabajan en habitaciones calurosas, superpobladas, de diez a doce horas diarias frente a una máquina que las mantiene en un estado de sobreexcitación sexual constante. La mayoría de ellas carece de las mínimas condiciones de comodidad, o ni siquiera tiene un hogar; así, la calle o los lugares baratos de diversión le brindan la única forma de olvidar por un momento la fatigante rutina diaria. Es obvio que esta situación las aproxima mucho más al sexo opuesto. Es difícil decir cuál de ambos factores conduce a la sobreexcitada muchacha a un clímax, pero lo que sí es cierto es que ese clímax es la consecuencia más natural. Es el primer escalón hacia la prostitución. Y la culpable no es la muchacha. Muy al contrario, la culpa corresponde exclusivamente a la sociedad, a nuestra falta de comprensión, a nuestra falta de apreciación de la vida; pero, sobre todo, se trata de la culpa criminal de nuestros moralistas, que condenan a una joven para toda la eternidad porque se ha apartado de la «senda de la virtud»; ello quiere decir que su primera experiencia sexual se ha producido sin la santificación de la Iglesia.

La joven se siente como un paria a quien la sociedad y su hogar le han cerrado las puertas. Pero como la tradición y la educación han sido tan fuertes, la joven misma se siente depravada y culpable, la tierra se tambalea bajo sus pies, no hay nada en que pueda apoyarse para superar su situación y no caer definitivamente. Es la propia sociedad quien crea las víctimas de las que después quiere desembarazarse. El hombre más mezquino, depravado y decrépito se considera todavía demasiado bueno como para tomar por esposa a la mujer cuyo favor ha comprado, aun cuando sepa que de esa forma la salvaría de una vida de horror. Ella no puede recurrir siquiera a su

propia hermana que, en su estupidez, vive casta y pura, sin darse cuenta de que su situación es, en muchos aspectos, aún más deplorable que la de su hermana desamparada en la calle.

> La verdadera lacra, comparada con la prostituta, es la mujer que se casa por dinero. Su salario es menor, su trabajo y sus preocupaciones son mayores, y debe vivir absolutamente sometida su dueño. La prostituta, en cambio, jamás entrega el derecho a su propia persona, conserva su libertad y sus derechos individuales, y no se siente obligada a someterse al abrazo del hombre»[7].

La mujer engreída no puede comprender la apología de Lecky:

> Si bien es la categoría suprema del vicio, es también la mejor guardiana de la virtud. De no ser por ella, los hogares felices estarían contaminados, y abundaría la práctica injuriante, antinatural.

Los moralistas siempre están dispuestos a sacrificar una mitad de la humanidad en beneficio de alguna miserable institución que no están dispuestos a perder. En realidad, la prostitución no es una salvaguarda de la pureza del hogar, como tampoco las rígidas leyes son una garantía contra la prostitución. El 50% de los hombres casados acuden a los burdeles. Gracias a esta virtuosa costumbre, las mujeres casadas —y los niños— padecen enfermedades venéreas. Ni aun así la sociedad alza su voz para condenar al hombre; en cambio, las leyes no pueden ser más monstruosas contra la infeliz víctima. No sólo la agobian aquellos que la frecuentan, sino que además está a merced de los golpes de cualquier policía o de cualquier miserable detective, de los oficiales, o de las autoridades de las prisiones.

Recientemente, una mujer que había sido la madame de una «casa», publicó un libro; entre otros, hallamos los siguientes datos: «Todos los meses las autoridades me obligaban a pagar multas que oscilaban entre 14,70 y 29,70 dólares; las chicas

[7] Havelock Ellis, *Sex and Society*.

debían pagar la policía entre 5,70 y 9,70 dólares». Si tenemos en cuenta que la autora trabajaba en una pequeña ciudad, que las cantidades que cita no incluyen ni sobornos ni multas extras, se llega a la conclusión de que el departamento de policía recibe ganancias considerables de sus víctimas, a quienes, por supuesto, jamás protegerán. ¡Pobres de aquellas que se niegan a pagar! Las cazan como al ganado, «aunque sólo sea para impresionar favorablemente a los honrados ciudadanos, o para conseguir dinero para los poderosos. Las mentes perversas que creen que una mujer caída es incapaz de sentir emoción humana, no pueden concebir el dolor, la desgracia, las lágrimas, el sentimiento de orgullo herido que nos martirizaban cada vez que nos metían adentro».

Resulta extraño, ¿no es cierto?, que una mujer que ha regentado una de esas «casas» pueda sentir de esta manera. Pero es más extraño aún que un mundo tan bondadosamente cristiano desangre, esquile a estas mujeres, dándoles tan sólo en recompensa calumnias y persecuciones. ¡Oh, la caridad del mundo cristiano!

Pero la coerción más fuerte se ejerce sobre las esclavas blancas que se importan a América. ¿Cómo puede América ser virtuosa si Europa no colabora? No puedo negar que en algún caso esto puede ser cierto, y tampoco negaré que hay emisarios de Alemania y de otros países que seducen y envían esclavas a América; lo que sí niego, y con vehemencia, es que las prostitutas sean reclutadas en su mayor parte en Europa. Es posible que sea cierto que la mayoría de las prostitutas neoyorquinas son extranjeras, pero esto se debe a que la mayoría de la población lo es. Si visitamos otras ciudades americanas, como Chicago o las situadas en el Medio Oeste, veremos que la proporción de prostitutas extranjeras disminuiría notablemente.

Igualmente exagerada es la convicción de que la mayoría de estas mujeres de la calle, las de Nueva York, actúan en este negocio antes de llegar América. La mayoría de ellas hablan un

inglés perfecto, sus costumbres y su aspecto son americanos, algo absolutamente imposible de lograr a menos que hayan vivido en el país varios años. En consecuencia, han sido las condiciones de vida en América las que las han conducido a la prostitución, como esa costumbre netamente americana de lujo excesivo en joyas y ropas, para lo cual, como es obvio, se necesita dinero; y ese dinero no se gana en las tiendas ni en las fábricas.

En otras palabras, no hay ninguna razón para creer que existen grupos de hombres que se arriesgarían o invertirían más dinero en obtener productos extranjeros cuando el mercado local se abastece con miles y miles de chicas gracias a las condiciones de vida reinantes en este país. Además, hay demasiadas evidencias para demostrar que la exportación de muchachas americanas destinadas a ejercer la prostitución es un factor nada desdeñable. Clifford G. Roe, ex ayudante del fiscal del estado del condado de Cook, Illinois, hace acusaciones directas al respecto, denuncia que las jóvenes de Nueva Inglaterra se embarcan con destino a Panamá para uso exclusivo de hombres que están al servicio del Tío Sam. El señor Roe añade que «parece haber un ferrocarril subterráneo entre Boston y Nueva York en el que viajan muchas chicas». ¿No es acaso significativo que este ferrocarril conduzca al lugar donde se encuentra la autoridad federal? La prueba de que Roe habló más de lo conveniente es que ha perdido su puesto. No conviene que los funcionarios cuenten historias.

El escándalo de Panamá se atenuó diciendo que no existen burdeles en la zona del Canal. Es la forma más cómoda y más de escape que posee el mundo hipócrita, incapaz de enfrentarse con la verdad. Como no se encuentra en la zona del Canal ni en los límites de la ciudad, la prostitución no existe.

Junto al señor Roe se encuentra James Bronson Reynolds, quien ha realizado un estudio muy completo acerca del tráfico de blancas en Asia. Leal ciudadano americano y amigo del fu-

turo Napoleón de los Estados Unidos, Theodore Roosevelt, Reynolds es con seguridad el último en querer desacreditar la virtud de su país. Sin embargo, gracias a él sabemos que los establos de Augías del vicio americano se encuentran en Hong Kong, Shangai y Yokohama. Las prostitutas americanas se han destacado tanto que, en Oriente «chica americana» es sinónimo de prostituta. El señor Reynolds recuerda además que si bien los americanos que viven en China tienen la protección de los representantes del consulado, los chinos que viven en América, en cambio, carecen de toda protección. Cualquiera que sepa algo sobre la bárbara persecución contra los chinos y japoneses llevada a cabo en la costa del Pacífico, estará de acuerdo con el señor Reynolds.

Por lo anteriormente dicho, resulta absurdo señalar a Europa como el pantano de donde provienen todas las enfermedades sociales americanas. Tan absurdo como proclamar el mito de que los judíos forman el más importante contingente de víctimas voluntarias. Estoy segura de que nadie puede acusarme de tendencias nacionalistas, me alegra poder decir que me he librado de ellas, como de muchos otros prejuicios. Pero, en cambio, deploro la afirmación de que se importan prostitutas judías, no es por simpatía hacia su pueblo, sino porque conozco los hechos inherentes a la vida judaica. Sólo una persona superficial podrá decir que las jóvenes judías emigran a tierras extrañas porque alguna relación o algún compromiso las atrae. La mujer judía no es aventurera. Hasta épocas muy recientes, jamás había abandonado su hogar, ni siquiera para ir a un pueblo o alguna ciudad vecina, a menos que fuera para visitar a los parientes. ¿Es entonces verosímil que las muchachas judías abandonen a sus padres y familiares, y viajen miles de kilómetros hacia tierras desconocidas, solamente por la promesa de extraños? ¡Id a cualquiera de los vapores que a menudo arriban y observad si estas jóvenes llegan o no acompañadas de sus padres, de sus hermanos, de sus tías o de algún otro

pariente! Puede haber excepciones, pero declarar lisa y llanamente que esos enormes contingentes de jóvenes judías vienen exclusivamente para trabajar como prostitutas, u otros propósitos similares, es desconocer por completo la psicología judía.

Aquellos que permanecen sentados en su casa de cristal, cometer un error en arrojarles piedras; por otra parte, la casa de cristal de América es demasiado frágil, se rompería fácilmente, y su interior no es más que la conveniencia.

Pretender que el crecimiento de la prostitución está relacionado con importación, la difusión del sistema de proxeneta o causas similares, es sumamente superficial. En cuanto al proxeneta, aberrante como es, no debemos ignorar que es esencialmente una fase de la moderna prostitución, una fase acentuada por la represión y la malversación, resultado de las esporádicas cruzadas contra el mal social.

El proxeneta es, sin duda, el peor de los especímenes de la familia humana, pero ¿es menos despreciable que el policía que arranca a la mujer de la calle hasta el último centavo y luego la encierra en la celda? ¿Por qué es el proxeneta más criminal o una amenaza mayor para la sociedad que los propietarios de almacenes y fábricas que engordan gracias al sudor de víctimas, sólo para arrojarlas luego a la calle? No pido clemencia para el proxeneta, pero no comprendo por qué tiene que ser acosado sin misericordia, mientras que los verdaderos responsables de la iniquidad social gozan de inmunidad y respeto. Es bueno recordar que no es el proxeneta quien crea a la prostituta. Son nuestra falsedad y nuestra hipocresía las responsables de la prostituta y del proxeneta.

Hasta 1894 se sabía muy poco de él en América. Luego nos atacó una epidemia de virtud. Había que abolir el vicio, purificar el país a toda costa. En consecuencia, el cáncer social se eliminó de la superficie, pero se hundió en el cuerpo. Los propietarios de burdeles y sus víctimas quedaron bajo la tierna

misericordia de la policía. A esto siguió, inevitablemente, los sobornos exorbitantes, y la penitenciaría.

Mientras se las protegía en los burdeles, donde representaban un cierto valor comercial, las chicas se encontraban en la calle a merced de la avidez policial. Desesperadas, necesitadas de protección, deseosas de afecto, estas jóvenes eran víctimas fáciles de los proxenetas, que también eran a su vez consecuencia del espíritu de nuestra era comercial. Así pues, este sistema no es más que el resultado de la persecución policial, de su intento malversado de suprimir la prostitución. Ha sido temerario confundir esta fase moderna del mal social con las causas que lo provocaron.

La simple supresión y las actitudes bárbaras sólo sirven para amargar y degradar a las infortunadas víctimas de la ignorancia, de la estupidez, que han alcanzado su máxima expresión en el proyecto de ley que penaliza tratar humanamente a las prostitutas en un crimen, castigando a cualquiera que ampare a una de ellas con cinco años de prisión o una multa de 10.000 dólares. Semejante actitud no hace más que demostrar la falta de comprensión de las verdaderas causas de la prostitución como factor social, y rememora el espíritu puritano de los días de la Letra Escarlata[8].

Ni uno solo de los autores modernos que tratan del tema deja de mencionar la inutilidad de los métodos legislativos al respecto. Así, el doctor Blaschko dice que la actitud del gobierno con sus cruzadas moralistas sólo consigue derivar el mal hacia canales secretos, multiplicando los peligros dentro de la sociedad. Havelock Ellis, el más completo y humano investigador de la prostitución, demuestra con elementos concretos que cuanto más restrictivos sean los métodos de persecución, peor se vuelve el mal. Gracias a él sabemos que en Francia, «en 1560, Carlos IX abolió por edicto los burdeles, pero

[8] Una letra «A» roja, que las mujeres condenadas por adulterio estaban obligadas a usar prendida a la ropa. (N. de la T.).

el número de prostitutas aumentó, mientras que muchos otros burdeles aparecían ocultos bajo los más insospechados disfraces, y eran más peligrosos. A pesar de todas esas legislaciones, o a causa de ellas, no ha existido otro país en el que la prostitución haya desempeñado un papel más relevante»[9].

Sólo una opinión pública adecuada, que no acose ni moral ni legalmente a las prostitutas, puede ayudar a mejorar la actual situación. Cerrar los ojos e ignorar el mal como un factor social de la vida moderna significa agravarlo. Debemos superar nuestras tontas ideas de mujeres increíbles y superiores, y aprender a reconocer en la prostituta un producto de las condiciones sociales. Esa conciencia terminará con la hipocresía, y proporcionará una mejor comprensión y un trato más humano. Para erradicar completamente la prostitución, lo único verdaderamente eficaz será reconsiderar totalmente los valores aceptados —especialmente los morales— y abolir la esclavitud industrial.

[9] *Sex and Society*.

Matrimonio y amor[1]

LA NOCIÓN MÁS DIFUNDIDA acerca del matrimonio y del amor es que son sinónimos; que sus motivaciones son las mismas, y que satisfacen idénticas necesidades humanas. Como muchas de estas nociones, su origen no está en los hechos, sino en la superstición.

El matrimonio y el amor no tienen nada en común; están tan alejados el uno del otro como los polos; en realidad, son antagonistas. Sin duda, ha habido matrimonios por amor. Pero, desde luego, no ha sido porque el amor solamente se puede afirmar con el matrimonio, sino que más bien se debe a que muy poca gente es capaz de superar una convención. Actualmente hay muchos hombres y mujeres para quienes el matrimonio no es más que una farsa, pero que se someten ante la opinión pública. De todas formas, si bien es cierto que existen matrimonios basados en el amor, y que, en muchos casos, el amor persiste a lo largo de la vida matrimonial, yo sostengo que ocurre a pesar del matrimonio, no gracias a él.

Por otra parte, es absolutamente falso que el amor derive del matrimonio. En muy raras ocasiones podemos oír que una pareja se ha enamorado después de casarse; si observamos detenidamente, descubriremos que no se trata más que de una adaptación a lo inevitable. Acostumbrarse uno al otro es algo muy distinto de la espontaneidad, de la intensidad de la belleza

[1] *Tráfico de mujeres y otros ensayos sobre feminismo*: Ana Becciú. Editorial Anagrama, 1977.

del amor, sin lo cual la intimidad matrimonial degrada tanto al hombre como la mujer.

En primer lugar, el matrimonio es un acuerdo económico, un pacto de seguridad. Difiere del seguro de vida ordinario en que compromete más y es más riguroso. Pero los beneficios son insignificantes en comparación con la inversión. Si alguien se hace un seguro, lo paga en dólares, en efectivo, y siempre conserva la libertad de rescindir los pagos. En cambio, el premio de una mujer es un marido, lo paga con su nombre, su intimidad, su propio respeto, su vida, «hasta que la muerte los separe».

El seguro del matrimonio condena a la mujer a una larga vida de dependencia, de parasitismo, de total inutilidad, tanto desde el punto de vista individual como social. También el hombre paga un tributo, pero se mueve en un ámbito más amplio, y el matrimonio no lo limita tanto como a la mujer. Siente la presión de las cadenas casi exclusivamente en el aspecto económico.

El lema que Dante escribe sobre el portal del *Infierno* se aplica con idéntico vigor al matrimonio: *Abandonad toda esperanza los que aquí entráis*.

Solamente los muy estúpidos podrán negar que el matrimonio es un fracaso. Basta con leer algunas estadísticas sobre divorcios para darse cuenta que es realmente una frustración demasiado amarga. Tampoco sirve el estereotipado argumento filisteo de que la negligencia de las leyes del divorcio y la creciente liberación de la mujer son los factores determinantes para que: primero, uno de cada doce matrimonios se divorcia; segundo, a partir de 1870, los divorcios han aumentado en una proporción de 28 a 73 cada 100.000 habitantes; tercero, desde 1876, el adulterio, como causa de divorcio, se ha incrementado en un 270,8%; cuarto, que el abandono del hogar se ha incrementado en un 369,8%.

Además de estas cifras sorprendentes, existe gran cantidad de material, tanto dramático como literario, que intenta eludir

el tema. Robert Herrick, en *Together*; Pinero en *Mid-Channel*; Eugene Walter, en *Paid Full*, y muchos otros escritores discuten la esterilidad, la monotonía, la sordidez y la ineficacia del matrimonio como factor de armonía y comprensión.

El atento investigador social no quedará satisfecho con la excusa corriente y superficial que se da a este fenómeno. Deberá profundizar en la vida misma de los sexos si realmente desea conocer por qué el matrimonio ha resultado ser tan desastroso.

Edward Carpenter afirma que ambos sexos llegan al matrimonio marcados por el ambiente que los ha acompañado toda su vida, y que este ambiente es tan diferente que el hombre y la mujer son siempre extraños entre sí. Les separa una insuperable barrera de superstición, tradición, costumbre; el matrimonio no posee la capacidad de desarrollar el conocimiento y el respeto entre cada uno de sus elementos, y sin eso, todas las uniones están condenadas al fracaso.

Henrik Ibsen, que aborrece todas las farsas sociales, ha sido quizás el primero en descubrir esta verdad. Nora abandona a su marido no porque se haya cansado de sus responsabilidades, o sienta la necesidad de sus derechos como mujer —como lo pretendería un crítico estúpido—, sino porque ha llegado a la conclusión de que durante ocho años ha vivido con un extraño, y además le ha dado hijos. ¿Puede existir algo más humillante, más degradante, que toda una vida pasada junto a un extraño? La mujer no necesita conocer a su hombre, sino sólo su renta. Y en cuanto a la mujer, ¿qué otra cosa hace falta saber de ella aparte de su agradable aspecto físico? No hemos hablado aún del mito teológico que enseña que la mujer carece de alma, que no es más que un apéndice del hombre, fabricada a partir de su costilla sólo para la conveniencia de ese caballero que era tan fuerte que tenía miedo de su propia sombra.

Quizás la escasa calidad del material de donde proviene la mujer es la única responsable de su inferioridad. Pero, si la mujer no tiene alma, ¿qué hay que saber acerca de ella? Por

otra parte, cuanto menos alma tenga, mejor cumplirá su actuación como esposa, mucho más directa y sencilla será su absorción por el marido. Esta aceptación esclavizante de la superioridad del hombre ha sido, aparentemente, la razón por la que la institución del matrimonio se ha mantenido intacta durante tanto tiempo. Ahora, cuando la mujer comienza a tomar conciencia de su identidad como alguien que *es*, a pesar e independientemente de la gracia del esposo, la sagrada institución del matrimonio se resquebraja poco a poco, y no basta con sentimentales lamentos para sostenerla.

Casi desde la infancia, las jóvenes aprenden que el más alto objetivo de su vida es el matrimonio; su instrucción y su educación se orientan en este sentido; como a la bestia muda que se ceba para el matadero, así preparan a las muchachas. Sin embargo, se le permite saber menos acerca de su función como esposa y madre, que al artesano más humilde de su gremio. Se considera indecente y sucio que una joven respetable sepa algo de la relación marital. ¡Oh, por la inconsistencia de la respetabilidad, es necesario el voto del matrimonio para transformar lo más sucio en la situación más pura y sagrada que nadie debe atreverse a criticar! Esa es exactamente la actitud del defensor medio del matrimonio. Hay que mantener a la futura esposa y madre en la más completa ignorancia acerca de su única ventaja en el terreno competitivo: el sexo. Así inicia su relación de toda la vida con un hombre solo para sentirse impresionada, repelida, ultrajada en grado sumo por uno de los instintos más naturales y saludables: el sexo. Es preciso agregar que el alto porcentaje de infidelidad, miseria, angustia y padecimiento físico dentro del matrimonio se debe a la criminal ignorancia femenina de los temas sexuales, alabado desde siempre como una gran virtud. No exagero en absoluto a afirmar que más de un hogar se ha destrozado por este deplorable hecho.

Empero, si una mujer crece lo suficiente y es lo bastante libre como para aprender los misterios del sexo sin la santifica-

ción previa del Estado o de la Iglesia, se la considerará inaceptable para convertirse en la esposa de un «buen» hombre (su «bondad» consiste, desde luego, en una cabeza vacía y mucho dinero). ¿Puede haber algo más atroz que la idea de que una mujer adulta, saludable, llena de vida y de pasión, deba negar las exigencias de su naturaleza, deba posponer su anhelo más intenso, minar su salud y quebrar su espíritu, deba atrofiar su visión, abstenerse de la profunda y gloriosa experiencia del sexo hasta que un «buen» hombre se avenga a tomarla y convertirla en su esposa? Ese es, precisamente, el sentido del matrimonio. Pero esta situación sólo puede terminar en fracaso. Este es uno —aunque no el menos importante— de los elementos que distinguen al matrimonio del amor.

La nuestra es una época práctica. Ya no existen los tiempos en que Romeo y Julieta desafiaban por amor la ira de sus padres, en que Gretchen se exponía a las habladurías de los vecinos precisamente por amor. Si en alguna ocasión los jóvenes se permiten el lujo de un romance, ya se encargarán los mayores de destruirlos hasta que se vuelvan «sensatos».

La lección moral que aprende la joven no es si el hombre está enamorado de ella, sino «¿cuánto gana?». El único Dios importante de la vida práctica americana es: ¿puede el hombre ganarse la vida? ¿Puede mantener a su esposa? Esto es lo único que justifica el matrimonio. Poco a poco esta idea satura cada uno de los pensamientos de la muchacha; ya no sueña con besos a la luz de la luna, ni con risas y lágrimas; sueña con salir de compras y con las rebajas. Esta pobreza espiritual y esta sordidez son los elementos inherentes a la institución matrimonial. El Estado y la Iglesia no aprueban otros ideales porque ésta es la única forma que tienen de controlar a los hombres y a las mujeres.

Sin duda, hay todavía quienes consideran que el amor está por encima de los dólares y de los centavos. Esto es verdad sobre todo con respecto a la clase social que la necesidad eco-

nómica ha obligado a autoabastecerse. El tremendo cambio operado en la actitud de la mujer, debido a ese poderoso factor, es ciertamente descomunal si tenemos en cuenta que la mujer ha entrado en el ámbito de la industria desde hace poco tiempo: seis millones de mujeres perciben un salario; seis millones de mujeres tienen el mismo derecho que los hombres a ser explotadas, robadas, y a ir a la huelga; incluso a morirse de hambre. ¿Hay algo más, señor mío? Sí, seis millones de asalariados que realizan los más complicados trabajos y las más difíciles tareas serviles en las minas o en los ferrocarriles; sí, incluso detectives y policías. ¡La emancipación es total!

Pero, a pesar de todo es muy pequeño el número de ese gran ejército de mujeres obreras que piensan en el trabajo como algo permanente, tal como hacen los hombres. No importa lo decrépito que éste sea: siempre le han enseñado a ser independiente, a mantenerse a sí mismo. ¡Oh, ya sé que nadie es verdaderamente independiente en nuestra noria económica! Incluso el más pobre espécimen de hombre detesta ser un parásito, o que como tal se le considere.

La mujer piensa que su posición como trabajadora es transitoria, que la dejará de lado cuando aparezca el primer postor. Esta es la razón por la cual es infinitamente más difícil organizar a las mujeres y no a los hombres. «¿Por qué habría de afiliarme a un sindicato? Pronto me casaré y tendré un hogar». ¿Acaso no se le ha inculcado esta actitud desde la infancia? Aunque se da cuenta muy pronto de que el hogar, que nunca es una prisión tan agobiante como la fábrica, tiene puertas y barrotes más sólidos, y un guardián tan alerta que nadie puede escapar. Pero lo más trágico, sin embargo, es que ese hogar no la libera del trabajo asalariado; sólo aumenta su carga.

De acuerdo con las últimas estadísticas realizadas por un comité «sobre el trabajo y los salarios, y la densidad de población», sólo en la ciudad de Nueva York el 10% de las trabajadoras están casadas, aunque deben seguir trabajando en las ta-

reas peor pagadas del mundo. A este aspecto terrible se añade la penuria del trabajo doméstico; ¿qué queda entonces de la protección y de la gloria del hogar? En realidad, ni siquiera la joven de clase media a punto de casarse puede hablar de su hogar, pues es el hombre quien crea su atmósfera. No importa que el marido sea bruto o tierno. Lo que deseo probar es que el matrimonio garantiza a la mujer un lugar sólo gracias al esposo. Ella se mueve en la casa de *él*, año tras año, hasta que su vida y sus relaciones humanas se vuelven tan superficiales, esquemáticas y grises como el ambiente que la rodea. Cómo puede extrañar que se convierta en una mujer regañona, mezquina, quisquillosa, chismosa e insoportable que con su actitud obliga al hombre a salir de la casa. Ella no puede irse aunque lo desee; no tiene a dónde ir. Por otra parte, un breve periodo de vida matrimonial, de sumisión de todas sus facultades, incapacita absolutamente a casi todas las mujeres para relacionarse con el mundo exterior. Se vuelve descuidada en su aspecto, torpe en sus movimientos, dependiente en sus decisiones, cobarde en sus juicios, pesada y aburrida, y la mayoría de los hombres comienzan a odiarlas y a despreciarlas. ¡Atmósfera maravillosamente inspiradora para soportar la vida!

Pero al niño, ¿qué lo protegería sino el matrimonio? Después de todo, ¿no es ésta la consideración más importante a tener en cuenta? ¡Esa es la falsedad, la hipocresía! El matrimonio protege al niño y sin embargo los asilos de huérfanos y los reformatorios están llenos, la Sociedad Protectora de Menores no cesa de rescatar las pequeñas víctimas de sus «amantes» padres, para brindarles un lugar donde los cuidarán mejor: la Sociedad Gerry. ¡Esa es la burla!

Es posible que el matrimonio tenga la facultad de «acercar el caballo al agua», pero ¿le ha permitido beber alguna vez? La ley pondrá al padre bajo arresto, lo vestirá con las ropas del convicto; pero ¿habrá aplacado con ello el hambre del niño? Si el padre no trabaja, o si oculta su identidad, ¿qué puede hacer

por ellos el matrimonio? Invoca la ley para conducir al hombre delante de la «justicia», para dejarlo seguro tras las puertas cerradas; sin embargo, su trabajo no lo aprovechan los niños, sino el Estado. El niño recibe sólo una memoria frustrada de los despojos de su padre.

En cuanto a la protección de la mujer, ahí reside precisamente la maldición del matrimonio. No en que la proteja realmente, sino en que la sola idea es repugnante, es una atrocidad y un insulto a la vida; es tan degradante para la dignidad humana, que basta por sí sola para condenar para siempre a esta institución parasitaria.

Se asemeja a esa otra situación paternalista, el capitalismo, que priva al hombre de su derecho de nacer, atrofia su desarrollo, envenena su cuerpo, lo mantiene en la ignorancia, en la pobreza y en la dependencia, para luego crear instituciones de caridad que consumen el último vestigio de amor propio del hombre.

La institución del matrimonio convierte a la mujer en un parásito absolutamente dependiente. La incapacita para la lucha por la vida, aniquila su conciencia social, paraliza su imaginación, y le impone luego su graciosa protección, que en realidad no es sino una trampa, una parodia del carácter humano.

Si la maternidad es la realización más completa de la naturaleza femenina, ¿qué otra protección necesita si no es amor y libertad? El matrimonio corrompe, violenta y corroe esa realización. ¿No dice acaso a la mujer: sólo si me consigues tendrás la vida eterna? ¿No la condena acaso a la represión, no la degrada y la deshonra si se rehúsa a comprar su derecho a la maternidad vendiéndose previamente? ¿No es acaso el matrimonio la santificación de la maternidad, aún si es concebida con odio, con compulsión? Y más aún, cuando la maternidad es una elección libre, por amor, por éxtasis, por pasión desafiante, ¿no coloca acaso una corona de espinas sobre la cabeza inocente y escribe con letras de sangre el abominable epíteto *bastardo*?

Aunque el matrimonio tuviera realmente todas las virtudes que se le atribuyen, sus crímenes contra la maternidad lo excluirían para siempre del reino del amor.

El amor, el elemento más fuerte y más profundo de la vida, el precursor de la esperanza, de la alegría, del éxtasis; el amor, que desafía todas las leyes, todas las convicciones; el amor, el más libre, el más poderoso de los forjadores del destino humano; ¿cómo es posible que esa fuerza totalizadora sea sinónimo de matrimonio, esa pobre mezquina hierba mala engendrada por el Estado y la Iglesia?

¿Amor libre? ¡Como si el amor pudiera no ser libre! El hombre ha comprado cerebros, pero todos los millones del mundo no han podido comprar el amor. El hombre ha sometido los cuerpos, pero todos los poderes de la tierra han sido incapaces de someter el amor. El hombre ha conquistado naciones, pero ningún ejército ha podido conquistar el amor. El hombre ha encadenado y ha limitado el espíritu, pero delante del amor se ha visto absolutamente desamparado. Elevado en su trono, con todo esplendor y pompa, su oro puede gobernar, pero se siente pobre y desolado cuando el amor lo abandona. Y si permanece, la choza más pobre se torna cálida, e irradia vida y color. El amor posee el mágico poder de convertir al mendigo en rey. Sí, el amor es libre; no puede vivir en otra atmósfera. En la libertad se entrega sin reservas, abundante, total. Cuando el amor echa raíz no hay leyes, ni estatutos, ni tribunales en el universo capaces de arrancarlo del suelo. Y, sin embargo, si el suelo es estéril, ¿cómo podría el matrimonio volverlo fértil? Es como la última lucha desesperada de la vida efímera contra la muerte.

El amor no necesita protección; él es la protección. Cuando engendra la vida, ningún niño es abandonado, ni está hambriento, ni famélico por falta de afecto. Sé que esto es cierto. Conozco mujeres que han sido madres en libertad con el hombre que amaban. Muy pocos niños dentro del matrimonio go-

zan del cuidado, de la protección, de la devoción que es capaz de brindar una maternidad libre.

Los defensores de la autoridad temen el atrevimiento de esta maternidad libre, no sea que les robe su víctima. ¿Quién lucharía en las guerras? ¿Quién crearía las riquezas? ¿Quién sería policía, carcelero, si la mujer rechaza la educación indiscriminada de los niños? ¡La raza, la raza!, grita el rey, el presidente, el capitalista, el sacerdote. Hay que preservar la raza aunque se degrade a la mujer a un estado de maquina; y la institución del matrimonio es la única garantía contra este pernicioso despertar sexual de la mujer. Pero son vanos todos estos esfuerzos por mantener un estado de cautiverio. Son vanos también los edictos de la Iglesia, los enloquecidos ataques de los gobernantes. Es inútil incluso el brazo de la ley. La mujer no desea seguir formando parte de la producción de una raza de seres humanos enfermos, débiles, decrépitos, miserables, que ya no tienen ni fuerza de coraje moral para librarse del yugo de la pobreza y de la esclavitud. Desea, en cambio, pocas y mejores criaturas, engendradas y educadas en el amor, a través de la libre elección; no por compulsión como lo impone el matrimonio. Nuestros pseudomoralistas deben aprender el profundo sentido de responsabilidad hacia el niño, pues el amor ejercido en libertad se ha despertado en el pecho de la mujer, que preferirá renunciar para siempre a la gloria de la maternidad antes que crear una vida en una atmósfera que sólo respira destrucción y muerte. Y si se convierte en madre, espera dar a su hijo lo más profundo y lo mejor que su ser puede abrigar. Crecer con el niño es su lema; sabe que sólo así puede ayudar a construir una verdadera masculinidad y una auténtica feminidad.

Ibsen debió tener presente la imagen de una madre libre cuando retrató con maestría a la señora Alving. Ella fue la madre ideal porque pudo superar el matrimonio y todos sus horrores, porque pudo romper sus cadenas, y liberar su espíritu

hasta recuperar su personalidad, más generada y fortalecida. Era demasiado tarde para rescatar a la alegría de su vida, a su Oswald; pero no demasiado tarde para darse cuenta de que el amor libre es la única condición para una vida bella. Aquellas que como la señora Alving, han pagado con sangre y lágrimas su despertar espiritual, repudian el matrimonio como una imposición, como una burla vacía y sin contenido. Saben que tanto si el amor dura un breve instante de tiempo como toda la eternidad, es la única base creadora, inspiradora y elevada para una nueva raza y un nuevo mundo.

En nuestro insignificante estado actual, el amor es, sin lugar a dudas, un extraño para la mayoría. Incomprendido y esquivado, apenas echa raíces; y si lo hace, muy pronto se marchita y muere. Su delicada fibra no puede soportar la tensión de nuestro agobio diario. Su espíritu, demasiado complejo, no puede adaptarse a la trama viscosa de nuestra textura social. Llora, gime y sufre con aquellos que lo necesitan, pero que no son capaces de elevarse a la cumbre del amor.

Algún día unos cuantos hombres y mujeres se levantarán, alcanzarán la cima de la montaña, se sentirán grandes, poderosos y libres, preparados para recibir, para combatir y calentarse bajo los rayos dorados del amor. ¡Qué fantasía, qué imaginación, qué genio poético puede intuir, aunque sea de forma aproximada, las potencialidades de semejante fuerza en la vida de los hombres y de las mujeres! Si el mundo es capaz de dar a luz un verdadero compañerismo y una unidad, el amor, no el matrimonio, será el único creador.

El sufragio femenino[1]

NOS JACTAMOS de la época de los adelantos, de la ciencia, del progreso. ¿No es entonces extraño que sigamos creyendo en la adoración de los fetiches? A decir verdad, nuestros fetiches son distintos en forma y en sustancia a los de la antigüedad. Pero su poder sobre la mente humana es tan trágicamente dañino como antaño.

Nuestro fetiche es el sufragio universal. Aquellos que aún no lo han alcanzado, libran batallas sangrientas para obtenerlo, y aquellos que han gozado su reinado ofrecen grandes sacrificios en el altar de este dios omnipotente. ¡Ay de los herejes que se atrevan a cuestionar su divinidad!

La mujer es una adoradora de fetiches en mayor medida que el hombre, y si bien sus ídolos pueden variar, siempre se arrodilla ante ellos, alza sus manos, y se niega a ver que su dios tiene los pies de barro. Desde tiempos inmemoriales, la mujer ha sido quien más ha defendido todas las deidades. Pero también ha debido pagar un precio que sólo los dioses exigen: la libertad, la sangre de su corazón, la misma vida.

Se considera brutal aquella memorable frase de Nietzsche: «Cuando vayas con una mujer, lleva contigo un látigo». Sin embargo, el filósofo alemán expresó con una sola frase la actitud femenina hacia los dioses.

---

[1] *Tráfico de mujeres y otros ensayos sobre feminismo*: Ana Becciú. Editorial Anagrama, 1977.

La religión, sobre todo la religión cristiana, ha condenado a la mujer a vivir como un ser inferior, como una esclava. Ha frustrado y encadenado su alma, y sin embargo el cristianismo tiene en la mujer a su devoto más fiel, a su más importante seguidor. Podría llegarse a decir incluso que la religión ha dejado de ser el factor predominante en la vida de los pueblos si no fuera por el apoyo que recibe de las mujeres. Los eclesiásticos más ardientes, los más incansables misioneros en todo el mundo, son mujeres que siempre están ofreciendo sacrificios ante el altar de los dioses que han encadenado su espíritu y esclavizado su cuerpo.

Ese monstruo insaciable, la guerra, despoja a la mujer de todo lo más querido, lo más precioso. Le roba sus hermanos, a sus amantes, a sus hijos y, a cambio, la condena a una vida de soledad y desesperación. Y aun así es la mujer la adoradora y la protectora de las guerras. Ella infunde en sus hijos el amor por la conquista y el poder; susurra en los oídos de los más pequeños los relatos de las glorias de las guerras y acuna al recién nacido con música de trompetas y ruido de revólveres. Es la mujer quien corona al héroe que vuelve triunfante del campo de batalla. Y ella es quién paga el precio más alto a ese monstruo insaciable: la guerra.

También está el hogar. ¡Qué terrible fetiche! ¡Cómo absorbe la energía vital de la mujer esta moderna prisión de barrotes dorados! Su resplandor deslumbra a las mujeres hasta tal punto, que no ven el precio que debemos pagar como esposas, madres y amas de casa. Sin embargo, la mujer se aferra tenazmente al hogar que la mantiene prisionera.

Podría decirse que al darse cuenta del tremendo tributo que paga a la Iglesia, al Estado y al hogar, la mujer desea el sufragio para liberarse. Quizás sea cierto para unas pocas; la mayoría de las sufragistas repudian esa blasfemia. Por el contrario, afirman constantemente que con el sufragio las mujeres serán mejores cristianas y amas de casa, y leales ciudadanas del Es-

tado. Por tanto, el sufragio es solo un medio de fortalecer la omnipotencia de los dioses a los que la mujer ha servido desde tiempos inmemoriales.

¿Por qué maravillarse entonces de que debido a su devoción y a su celo se postre ante su nuevo ídolo: el sufragio? Como siempre, soporta la persecución, la prisión, la tortura, y todas las formas de condena, con una sonrisa en sus labios. Como siempre, incluso las más ilustradas, esperan un milagro de esta deidad del siglo XX, el sufragio. La vida, la felicidad, la alegría, la libertad, la independencia, todo y mucho más, emanará del sufragio. Con su ciega emoción es imposible que la mujer perciba lo que otros intelectuales vieron claramente hace cincuenta años: que el sufragio es el mal, que sólo sirve para esclavizar a los pueblos, que lo único que ha hecho ha sido cerrarles los ojos, para que no puedan ver con qué astucia los han sometido.

La petición de sufragio femenino se basa sobre todo en el argumento de que la mujer debe tener los mismos derechos en todos los aspectos de la sociedad. Si el sufragio fuera un derecho, nadie podría discutírselo. ¡Qué ignorancia la de la mente humana que no puede ver en una imposición un derecho! ¿No es acaso una imposición brutal que un grupo de hombres sancione las leyes y que otro grupo se vea coaccionado por la fuerza a cumplirlas? Pero las mujeres siguen reclamando esa «dorada oportunidad» que ha labrado la miseria del mundo, y ha despojado al hombre de su integridad y de su confianza en sí mismo; una imposición que ha corrompido los pueblos, y los ha convertido en víctimas de los políticos menos escrupulosos.

¡Pobres, estúpidos ciudadanos americanos libres! Libres para morirse de hambre, para vagabundear por las carreteras de su gran país, gozan del sufragio universal y, con este derecho, se han puesto grilletes en las manos y los pies. Su recompensa son rigurosas leyes laborales que les impiden el derecho de huelga, de boicot, y a cambio solamente tienen el derecho a ser despojados de los frutos de su trabajo. Y las mujeres no han

aprendido nada de estos desastrosos resultados del fetiche del siglo XX. Se nos asegura, en cambio, que será la mujer quien purificará la política.

No es necesario aclarar que no me opongo al sufragio femenino con el argumento de la inferioridad e incapacidad de la mujer. No veo ninguna razón física, psicológica o mental para que la mujer no tenga el mismo derecho al voto que el hombre. Pero no soy tan ciega como para llegar a la absurda conclusión de que la mujer logrará aquello que el hombre no ha logrado. No empeorará la situación, pero tampoco la mejorará. Por tanto, el que crea que conseguirá purificar algo que no es susceptible de ser purificado, le atribuye poderes sobrenaturales. Desde siempre la mayor desgracia de la mujer ha sido considerarla un ángel o un demonio; su verdadera salvación reside en darle un lugar sobre la tierra; y ante todo, en considerarla un ser humano, sujeta a todos los desatinos y a todos los errores humanos. ¿Vamos a creer ahora que de los errores saldrá un acierto? ¿Creemos que disminuirá el poder del veneno inherente a la política cuando las mujeres participen en ella? Ni siquiera las sufragistas más ardorosas sostendrían semejante locura.

En realidad, los estudiosos más destacados del sufragio universal han llegado a la conclusión de que todos los sistemas políticos existentes son absurdos, totalmente ineficaces para satisfacer las más acuciantes necesidades de la vida. Confirma este punto de vista alguien que es además una de las más ardientes partidarias del sufragio universal, la doctora Helen L. Sumner. En su libro *Equal Suffrage*, dice: «Hemos podido observar en Colorado que el sufragio igualitario ha demostrado la podredumbre esencial y el carácter degradante del sistema actual». Evidentemente, la doctora Sumner se refiere a un sistema completo de voto, pero esto mismo puede aplicarse con igual validez a toda la maquinaria del sistema representativo. A juzgar por ello, no se ve claro cómo la mujer, como factor político, se beneficiará a sí misma o al resto de la humanidad.

Dicen nuestras sufragistas: ¡mirad a los países y a los Estados donde el sufragio femenino se ha implantado! ¡Ved lo que ha logrado la mujer en Australia, Nueva Zelanda, Finlandia, los países escandinavos, y en nuestros cuatro estados de Idaho, Colorado, Wyoming y Utah! La distancia provoca espejismos, o, para decirlo con refrán polaco, «es mejor allí donde no estamos». Podríamos creer que en esos países y en esos Estados, a diferencia de los otros países y Estados, los habitantes disfrutan de mayor libertad, de mayores igualdades económicas y sociales, de una mejor apreciación de la vida humana, y comprenden más profundamente la gran lucha social, con todos los problemas vitales que afectan a la raza humana.

Las mujeres de Australia y Nueva Zelanda pueden votar, pueden colaborar en la elaboración de las leyes. Pero, ¿son acaso mejores las condiciones laborales de estos países que en Inglaterra, donde la lucha de las sufragistas ha sido tan heroica? ¿Existe allí una maternidad más responsable, o unos niños más libres y felices? ¿Se ha dejado de considerar a la mujer un objeto sexual? ¿Ha podido librarse de la doble moralidad puritana, una para hombres y otra para mujeres? Seguramente ninguna de las mujeres dedicadas a la política respondería afirmativamente a estas preguntas. Por tanto, es ridículo ver en Australia o en Nueva Zelanda la Meca de los logros del sufragio igualitario.

Por otra parte, todos los que están bien informados acerca de las condiciones políticas reales en Australia saben que los políticos han amordazado al trabajador con leyes tremendamente restrictivas, hasta tal punto que una huelga no autorizada por una comisión de arbitraje se considera un crimen equivalente a la traición.

Que quede claro que ni por un momento afirmo que el responsable de esta situación sea el sufragio femenino. Lo que intento decir es que no hay ningún motivo para considerar a Australia como la maravilla en el aspecto laboral que realza las

conquistas de las mujeres, pues su influencia ha sido incapaz de librar al trabajador de la servidumbre del caciquismo político.

Finlandia le ha dado a la mujer el derecho a votar; y hasta incluso el derecho a ocupar un sitio en el Parlamento. ¿Ha logrado con eso desarrollar un heroísmo mayor o un celo más intenso que el de las mujeres rusas? Finlandia, como Rusia, padece el azote del zar sanguinario. ¿Dónde están las Peroskaia, Spiridónova, Figner, Breshkovskaia finlandesas? ¿Dónde las innumerables jóvenes que van con alegría a Siberia por defender su causa? Tristemente, Finlandia necesita liberadoras heroicas. ¿Cómo es que el voto femenino no las ha hecho surgir? El único vengador finlandés fue un hombre, no una mujer, y utilizó un arma más eficaz que el voto.

Con respecto a los Estados de nuestro país donde las mujeres votan, y que constantemente han sido señalados como ejemplos maravillosos, ¿qué se ha logrado con el sufragio que no gocen las mujeres de los demás Estados, o que no puedan conseguir con esfuerzos enérgicos, aunque no voten?

En los Estados sufragistas se garantiza a las mujeres idénticos derechos de propiedad; pero ¿qué significa ese derecho para todas aquellas que no tienen propiedades, para las miles de asalariadas que carecen de todo? La misma doctora Sumner admite que no es el sufragio igualitario el que transformará su condición. Por tratarse de una sufragista convencida, enviada a Colorado por la Liga de Sufragio Universal de Nueva York a fin de reunir material a favor del sufragio, sería la última en decir algo peyorativo; pero así y todo nos informa de que «el sufragio igualitario apenas ha mejorado las condiciones económicas de las mujeres. Que las mujeres no perciben salarios equivalentes por trabajos equivalentes y que, a pesar de que la mujer de Colorado goza del derecho de voto desde 1876, el salario de las maestras es inferior al que perciben en California». Pero, por otra parte, la señorita Sumner calla el hecho de que si bien las mujeres gozan desde hace treinta y cuatro años del sufragio

escolar, y del sufragio igualitario desde 1894, un censo realizado solamente en Denver hace unos pocos meses ha demostrado la existencia de 15.000 niños desatendidos, a pesar de que el departamento educacional cuenta con mayoría femenina, y que las mujeres de Colorado han aprobado «las más estrictas leyes para proteger a los niños y a los animales». Las mujeres de Colorado «se han interesado vivamente por las instituciones del Estado destinadas al cuidado de niños dependientes, deficientes y delincuentes». ¡Qué terrible acusación contra el interés y la preocupación femenina, si en una sola ciudad hay 15.000 niños desatendidos! ¿Qué quedará de la gloria del sufragio femenino si ha fracasado de esta manera en uno de los aspectos más importantes de las reivindicaciones sociales: el niño? ¿Y dónde está ese superior sentido de la justicia que se suponía traería la mujer al terreno de la política? ¿Dónde estaba en 1903, cuando los propietarios de las minas entablaron una verdadera guerra salarial contra el Sindicato de Mineros del Oeste; cuando el general Bell impuso el reino del terror, arrancando a los hombres de sus lechos por la noche, raptándolos cerca de la frontera, arrojándolos a los toros, declarando «¡Al infierno con la Constitución, la cachiporra es la única Constitución!»? ¿Dónde estaban entonces las mujeres políticas y por qué no ejercieron el poder de su voto? Pero lo hicieron. Colaborar en la derrota del más justo liberal de los hombres, el gobernador Waite. Waite se vio obligado a ceder su sitio al instrumento de los poderosos propietarios, el gobernador Peabody, el zar de Colorado. «El sufragio masculino no hubiera hecho algo peor». Con seguridad. Entonces ¿dónde están las ventajas que el sufragio femenino brinda a la mujer y a la sociedad? La tan repetida afirmación de que la mujer purificará la política no es sino un mito. Ni por un momento la sostienen aquellos que conocen la situación política de Idaho, Colorado, Wyoming y Utah.

Como buena puritana, la mujer es naturalmente fanática e implacable en su esfuerzo por hacer a los demás tan buenos como ella cree que deben ser. Así, en Idaho, ha privado de la ciudadanía a la mujer de la calle, su hermana, y ha declarado a todas las mujeres «de naturaleza lasciva» incapaces de ejercer el derecho de voto. Por supuesto que esa «lascivia» no se interpreta jamás como prostitución *dentro* del matrimonio. No es necesario decir que la prostitución y el juego han sido prohibidos. En este sentido, la ley pertenece al género femenino: siempre prohíbe. Por ello todas las leyes son maravillosas. No van más allá. Su verdadera vocación es abrir las compuertas del infierno. Nunca, antes de que la ley los prohibiera, la prostitución y el juego llegaron a ser un negocio tan floreciente.

En Colorado, el puritanismo de la mujer ha alcanzado su más dramática expresión. «Los hombres cuyas vidas no eran notoriamente intachables, y los hombres conectados con los bares, han sido apartados de la política desde que las mujeres detentan el derecho de voto»[2].

¿Pudo el hermano Comstock hacer más? ¿Pudieron hacer algo peor los padres puritanos? Me pregunto cuántas mujeres se dan cuenta de la gravedad de esta supuesta proeza. Me pregunto si comprenden que, en vez de elevar su situación, las mujeres se han transformado en espías políticas, en despreciables entrometidas en los asuntos privados de las personas, no por el bien de la causa, sino porque, como ha dicho una mujer de Colorado, «quieren entrar en las casas donde nunca han estado, y enterarse de todo lo que puedan, sea político o no»[3]. Sí, y dentro del alma humana y de sus escondrijos y rincones más remotos. Pues nada satisface tanto el anhelo de la mayoría de las mujeres como el escándalo. ¿Y cuándo habían podido disfrutar antes de esta gran oportunidad que les brinda ahora la política?

---

[2] *Equal Suffrage*, Helen Sumner.
[3] *Equal Suffrage*, Helen Sumner.

«Vidas notoriamente no intachables y hombres conectados a los bares». Desde luego, a los que secundan el voto de las damas no se les puede acusar de un excesivo sentido de la proporción. Teniendo en cuenta que estas buscavidas pueden decidir cuáles son las vidas más limpias para participar de esa atmósfera tan pura de la política, ¿hay que deducir que los dueños de los bares pertenecen a la misma categoría? Solo la hipocresía y el fanatismo americanos, tan evidentes en el principio de la Prohibición, puede sancionar la difusión de la bebida entre los hombres y las mujeres de la clase rica, mientras que mantiene su ojo vigilante sobre la única vía de escape que le queda al pobre. Aunque no sea más que por esa razón, la actitud purista y estrecha de la mujer con respecto a la vida la convierte en un verdadero peligro para la libertad si detenta el poder político. Los hombres han superado muchas de las supersticiones que todavía abrigan las mujeres. En el terreno de la concurrencia económica, el hombre se ha visto obligado a ejercitar la eficacia, el juicio y la competencia. Por lo tanto, no tiene ni tiempo ni deseos de controlar la moralidad de cada individuo con un criterio puritano. Y tampoco en política ha actuado con los ojos vendados. Sabe muy bien que es la cantidad y no la calidad la que alimenta al molino político y, a menos que sea un sentimental o un fósil, sabe muy bien que la política nunca será otra cosa que un inmundo pantano.

Las mujeres versadas en la política conocen la naturaleza de la bestia, pero en su autosuficiencia y en su egoísmo creen que sólo tienen que mimar un poco a la bestia para que se vuelva tan dulce, tan dura como un cordero. ¡Como si las mujeres no hubieran vendido sus votos, como si las mujeres políticas fueran incorruptibles! Si se puede comprar un cuerpo, ¿por qué no habría de ser igualmente sencillo comprar su voto? Lo que ocurre en Colorado y en los otros Estados, no lo pueden negar ni siquiera aquellos que están a favor del sufragio femenino.

Como ya he señalado antes, el único argumento contra la superioridad política de la mujer con respecto al hombre no es solamente su estrecha visión de los problemas humanos. Hay mucho más. Su larga vida de parasitismo económico ha empobrecido su concepción del sentido de la igualdad. Reclaman los mismos derechos que el hombre, pero sabemos muy bien que «son muy pocas las que se preocupan de conocer los distritos indeseables»[4]. ¡Qué poco significa la igualdad para ellas en comparación con las mujeres rusas, que no vacilan en enfrentarse al mismo infierno por su ideal!

La mujer reclama los mismos derechos que el hombre, pero se indigna cuando su sola presencia no conmueve al hombre hasta morir por ella: él fuma, no se quita el sombrero y no salta de su asiento como un lacayo. Puede que sean detalles triviales, pero aun así son la clave de la naturaleza de las sufragistas americanas. Con seguridad, sus hermanas inglesas han superado todas estas tonterías. Han demostrado ser iguales en las grandes exigencias, en su carácter y en su capacidad de resistencia. ¡Gloria al heroísmo y a la firmeza de las sufragistas inglesas! Gracias a sus métodos enérgicos y agresivos, algunas de nuestras damas débiles y desvaídas han aprendido algo. Pero a pesar de todo, las sufragistas fracasan en la apreciación de la verdadera igualdad. ¿Cómo se puede tener en cuenta el tremendo, gigantesco esfuerzo realizado por esas valientes luchadoras por lograr una miserable ley que sólo beneficiará a las mujeres propietarias y descuidará totalmente a la gran masa de mujeres obreras? Evidentemente, en su calidad de políticas deben ser oportunistas, deben aceptar medidas a medias si no pueden lograr totalmente su objetivo. Pero, como mujeres liberales e inteligentes, tienen la obligación de darse cuenta de que si el voto es un arma, la necesidad de los desheredados es mayor que las de las clases económicamente superiores, pues esta

[4] Dra. Helen A. Sumner.

última goza ya de excesivo poder gracias a su superioridad económica.

La señora Emmeline Pankhurst, brillante líder de las sufragistas inglesas, admitió, durante un ciclo de conferencias realizado en América, que no puede existir la igualdad entre inferiores y superiores desde el punto de vista político. ¿Cómo, una vez aprobada la ley, las mujeres obreras inglesas, inferiores económicamente a las grandes damas (las únicas beneficiadas con la ley Shackleton)[5], podrán trabajar con sus superiores políticos? Es poco probable que la clase de Annie Keeney, plena de celo, devoción y martirio, se sienta obligada a cargar sobre sus espaldas a sus jefes políticos femeninos como si fueran sus patronos. Pero tendrían que hacerlo, si fuera establecido el sufragio universal para hombres y mujeres en Inglaterra. No importa lo que hagan los obreros, deberán pagar siempre. Los que creen en el poder del voto, demuestran muy poco sentido de la justicia cuando no se comprometen totalmente con aquellos a quienes, según dicen, debería beneficiar.

El movimiento sufragista americano ha sido, hasta épocas muy recientes, una cuestión de salón, absolutamente desligada de las verdaderas necesidades económicas del pueblo. Por ejemplo, Susan B. Anthony, sin duda un tipo excepcional de mujer, no sólo fue indiferente sino que incluso se enfrentó al trabajador; en 1869 no titubeó en manifestar su antagonismo cuando aconsejó a las mujeres que ocuparán los puestos de trabajo de los impresores neoyorquinos en huelga[6]. Desconozco si su actitud cambió antes de su muerte.

Por supuesto, también hay sufragistas afiliadas junto con las obreras; por ejemplo: la Liga Sindical de Mujeres; pero son una minoría y sus actividades son ante todo económicas. Las demás

[5] El señor Shackleton fue un líder laborista. Es evidente, por lo tanto, que introdujo la ley excluyendo a sus propios electores. El Parlamento inglés da cabida a muchos de estos Judas.
[6] *Equal Suffrage*, Dra. Helen A. Sumner.

consideran el trabajo un mandato de la Providencia. ¿Qué sería de los ricos si no fuera por los pobres? ¿Qué sería de estas damas parásitos, ociosas, que despilfarran en una semana más de lo que sus víctimas ganan en un año, sino fuera por los ocho millones de trabajadores? ¿Igualdad? ¿Quién oyó alguna vez una palabra semejante?

Pocos países se han desarrollado una arrogancia y un esnobismo tan acentuados como América. Esto es particularmente cierto respecto de la mujer americana de clase media, que no solamente se considera igual al hombre, sino superior, porque es pura, bondadosa, y su moral es intachable. No es extraño, entonces, que la sufragista americana diga que su voto está dotado de un poder milagroso. En su exaltación es incapaz de ver cómo está esclavizada, no tanto por el hombre como por sus propias ideas y tradiciones estúpidas. El sufragio no puede paliar un hecho tan triste; sólo puede acentuarlo, y lo logra.

Una de las más grandes líderes feministas americanas declara que la mujer no sólo tiene derecho a un salario igual, sino que además tiene derecho legal al salario de su esposo. Si éste no puede mantenerla, su destino será la cárcel, y sus ganancias en la prisión pasarán a manos de su esposa. ¿Existe algún otro brillante exponente de la causa que declara que el voto de la mujer abolirá el mal social, contra el cual los esfuerzos colectivos de la mayoría de las mentes ilustradas de todo el mundo han luchado en vano? Es lamentable que el pretendido creador del universo nos haya ya brindado tan maravilloso esquema de las cosas, pues de lo contrario el sufragio femenino habría permitido a la mujer superarlo completamente.

No hay nada tan peligroso como la disección de un fetiche. Si hemos sobrevivido al tiempo en que semejante herejía se castigaba con la estaca, no hemos en cambio sobrevivido al mezquino espíritu de condena contra aquellos que se atreven a disentir de las ideas establecidas. Probablemente se me acusará de enemiga de la mujer. Pero ello no podrá detenerme y no de-

jaré de enfrentarme abiertamente al problema. Repito lo que dije al comienzo: no creo que la mujer pueda empeorar la política; pero tampoco creo que la mejorara. Y si no puede mejorar los errores de los hombres, ¿por qué incidir en ellos?

Es posible que la historia sea un saco de mentiras; pero a pesar de todo contiene unas pocas verdades, que son nuestra única guía para el futuro. La historia de las actividades políticas de los hombres demuestra que nada han obtenido que no hubieran podido lograr de una forma más directa, con menos costo, y por más tiempo. En realidad, cada palmo de tierra que ha ganado ha sido con lucha constante, peleando sin cesar para autoafirmarse; y no gracias al sufragio. No hay ninguna razón entonces para creer que la mujer, en su lucha por la emancipación, ha sido o será ayudada por el voto.

En Rusia, el más oscuro de los países con su despotismo absoluto, la mujer ha logrado la igualdad con el hombre, no por medio del voto, sino gracias a su voluntad de ser y de hacer. No sólo ha conquistado para sí el derecho a aprender y a seguir su vocación, sino que ha ganado la estima del hombre, su respeto y su camaradería; y más aún; ha logrado la admiración y el respeto del mundo entero. Y lo consiguió con su heroísmo, su fortaleza espiritual, su capacidad, su voluntad de poder y su resistencia en la lucha por la libertad. ¿Dónde están las mujeres, en cualquier país o Estado sufragista, que puedan reclamar para sí una victoria similar? Si efectuamos un balance de las conquistas de la mujer en América, veremos también que algo más profundo y poderoso que el sufragio las ha acompañado en su camino hacia la emancipación.

Hace sólo sesenta y dos años que un pequeño grupo de mujeres de la Convención Séneca Falls expusieron algunas demandas para obtener el derecho a una educación igual a la del hombre, y tener acceso a las distintas profesiones, sindicatos, etc. ¡Qué logros maravillosos, qué extraordinarios triunfos! ¿Quiénes, sino los ignorantes, pueden atreverse a hablar de la

mujer como de una esclava doméstica? ¿Quién se atreve a sugerir que esta o aquella profesión no debe ser practicada por la mujer? Durante más de sesenta años la mujer ha creado una atmósfera nueva y una nueva vida a su alrededor. Ha adquirido poder en cualquiera de los campos del pensamiento y de la actividad humana. Y todo lo ha logrado sin sufragio, sin el derecho a elaborar leyes, sin el «privilegio» de ser juez, carcelero, o verdugo.

Sí, es posible que me consideren enemiga de la mujer; pero si puedo ayudar a que ella vea la luz, no lo lamentaré.

La desgracia de la mujer no es que sea incapaz de realizar el trabajo de un hombre, sino que se desgasta queriendo superarlo, con una tradición de siglos que la ha convertido en físicamente incapaz de acompasar su paso al de él. ¡Oh, sé que algunas lo han logrado, pero a qué precio, a qué tremendo costo! Lo que importa no es la clase de trabajo que realice, sino la calidad. Y no puede dar al sufragio una calidad nueva, como tampoco puede obtener de él nada que realce su propia calidad. Su desarrollo, su libertad, su independencia, deben surgir de ella misma. Primero, afirmándose como persona y no como mercancía sexual. Segundo, rechazando el derecho que cualquiera pretenda ejercer sobre su cuerpo; negándose a engendrar hijos, a menos que los desee; negándose a ser la sierva de Dios, del Estado, de la sociedad, de la familia, del esposo, etc.; haciendo que su vida sea más simple, pero también más profunda y más rica. Es decir, tratando de aprender el sentido y la sustancia de la vida en todos sus complejos aspectos, liberándose del temor a la opinión de la condena pública. Sólo eso, y no el voto, hará a la mujer libre, la convertirá en una fuerza hasta ahora desconocida en el mundo, una fuerza de verdadero amor, de paz, de armonía; una fuerza como un fuego divino, dador de vida: creador de hombres y mujeres libres.

Anarquía y la cuestión sexual[1]

EL OBRERO, cuya fuerza y musculatura son tan admiradas por los pálidos y enclenques hijos de los ricos, y que sin embargo cuya labor apenas le trae suficiente como para mantener al lobo de la inanición tras la puerta, se casa solo para tener una esposa y ama de casa, quien debe trabajar como esclava desde la mañana hasta la noche, quien debe hacer todo esfuerzo por mantener bajos los gastos. Sus nervios están tan cansados por el continuo esfuerzo por hacer que el lamentable salario de su esposo les sustente a ambos, que se torna ella irritable y ya no logra esconder su deseo de afecto por su señor y amo, quien, ¡ay! pronto llega a la conclusión de que sus esperanzas y planes se han perdido, y entonces comienza prácticamente a pensar que el matrimonio es un fracaso.

La cadena se vuelve más y más pesada

A medida que los gastos se vuelven mayores en vez de menores, la esposa, que ha perdido toda la pequeña fortaleza que tenía en el matrimonio, de igual modo se siente traicionada, y la constante preocupación y temor de la inanición consume su belleza en corto tiempo después del casamiento. Se desanima, abandona sus tareas domésticas, y como no hay lazos de amor y simpatía entre ella y su esposo como para darles fuerzas para enfrentar la miseria y la pobreza de sus vidas, en vez de aferrar-

[1] Publicado originalmente en *The Alarm*, el 27 de septiembre de 1896. Tomado de La Biblioteca Anarquista, que a su vez lo recuperó desde Rebeldealegre.

se el uno al otro, se separan más y más, y se impacientan más y más con las faltas de cada cual.

El hombre no puede, como el millonario, ir a su club, pero va a un salón e intenta ahogar su miseria en un vaso de cerveza o whisky. La desafortunada compañera de su miseria, que es demasiado honesta como para buscar el olvido en los brazos de un amante, y demasiado pobre como para permitirse cualquier recreación o diversión legítima, permanece en medio del entorno escuálido y mantenido a medias, que llama hogar, y lamenta agriamente la locura que le llevó a ser esposa de un hombre pobre.

Sin embargo no hay modo en que se separen.

Pero deben aguantárselas

Por mortificante que sea la cadena que en sus cuellos ha sido puesta por la ley y la Iglesia, no debe ser rota a menos que aquellas dos personas decidan permitir que lo sea.

Fuese la ley lo suficientemente misericordiosa como para concederles libertad, cada detalle de su vida privada debe ser llevada a la luz. La mujer es condenada por la opinión pública y su vida completa es arruinada. El temor a esta desgracia con frecuencia le hace colapsar bajo el gran peso de la vida de casada sin atreverse a introducir una sola protesta contra el indignante sistema que la ha destrozado a ella y a tantas de sus hermanas.

Los ricos lo aguantan para evitar el escándalo —los pobres por el bien de sus hijos y el temor a la opinión pública—. Sus vidas son una larga seguidilla de hipocresía y engaño.

La mujer que vende sus favores está en libertad de abandonar al hombre que la compra en cualquier momento, mientras «la respetable esposa» no se puede liberar de una unión que le es mortificante.

Todas las uniones no naturales que no son santificadas por el amor son prostitución, ya sean sancionadas por la Iglesia y la sociedad o no. Tales uniones no pueden tener más que una influencia degradante tanto en la moral como en la salud de la sociedad.

El sistema tiene la culpa

El sistema que obliga a las mujeres a vender su femineidad e independencia al mejor postor es una rama del mismo vil sistema que le da a unos pocos el derecho a vivir de la riqueza producida por su prójimo, el 99 por ciento de los cuales debe esforzarse y trabajar como esclavo, temprano y tarde, por apenas lo suficiente para mantener unidos alma y cuerpo, mientras los frutos de su trabajo son absorbidos por unos cuantos vampiros ociosos que se rodean de todo el lujo que la riqueza pueda comprar.

Miremos por un momento dos imágenes de este sistema social decimonónico.

Miremos los hogares de los adinerados, aquellos palacios magníficos cuyo costoso amoblado pondría a miles de hombres y mujeres necesitados en circunstancias confortables. Miremos a las fiestas y cenas de estos hijos e hijas de la riqueza, una sola corrida de las cuales alimentaría a cientos de hambrientos para quienes una comida llena de pan remojado en agua es un lujo. Miremos a estos religiosos de la moda mientras pasan sus días inventando nuevos modos de goce egoísta —teatros, bailes, conciertos, paseos en yate, corriendo de un lado del mundo al otro en su búsqueda demente por regocijo y placer—. Y luego giremos por un momento y miremos a quienes producen la riqueza que paga estos disfrutes excesivos y artificiales.

La otra imagen

Mírenlos arreados en sótanos oscuros y húmedos, donde nunca tienen un respiro de aire fresco, vestidos con retazos, llevando sus cargas de miseria de la cuna a la tumba, sus hijos corriendo por las calles, desnudos, con hambre, sin nadie que les ofrezca una palabra de amor o un cuidado con ternura, creciendo en la ignorancia y la superstición, maldiciendo el día de su nacimiento.

Miren estos dos asombrosos contrastes, ustedes moralistas y filántropos, ¡y díganme a quién hay que culpar por ello! ¿A aquellas que son conducidas a la prostitución, ya sea legal o no, o a aquellos que conducen a las víctimas a tamaña desmoralización?

La causa yace, no en la prostitución, sino en la sociedad misma; en el sistema de desigualdad de la propiedad privada y en el Estado y la Iglesia. En el sistema legalizado de robo, asesinato y violación de mujeres inocentes y niños desamparados.

La cura para el mal

No será hasta que este monstruo sea destruido que nos desharemos de la enfermedad que existe en el Senado y todos los cargos públicos; en las casas de los ricos como también en los miserables caserones de los pobres. La humanidad debe hacerse consciente de su fuerza y sus capacidades, debe ser libre de comenzar una nueva vida, una mejor y más noble vida.

La prostitución nunca será suprimida por los medios empleados por el Rev. Dr. Parkhurst y otros reformistas. Existirá mientras exista el sistema que la engendra.

Cuando todos estos reformistas unan sus esfuerzos con quienes están luchando por abolir el sistema que engendra toda clase de crimen y erigir uno basado en la equidad perfecta —un

sistema que garantice a cada miembro, hombre, mujer, o niño, los frutos totales de su labor y un derecho perfectamente igual a disfrutar los dones de la naturaleza y a alcanzar el más alto conocimiento— la mujer será auto-suficiente e independiente. Su salud ya no será aplastada por el esfuerzo y la esclavitud sin fin, ya no será víctima del hombre, y el hombre ya no poseerá pasiones y vicios nada saludables y antinaturales.

El sueño de una anarquista

Cada cual entrará al matrimonio con fuerza física y confianza moral mutua. Cada cual amará y estimará al otro, y ayudará a trabajar no solo por su propio bienestar, sino, siendo felices ellos mismos, desearán también la felicidad universal de la humanidad. La prole de tales uniones será fuerte y sana de mente y cuerpo y honrará y respetará a sus padres, no porque sea su deber hacerlo, sino porque los padres lo merecen. Serán instruidos y cuidados por la comunidad toda y serán libres de seguir sus propias inclinaciones, y no habrá necesidad de enseñarles el servilismo y el vil arte de asediar a sus semejantes. Su propósito en la vida será, no obtener poder por sobre sus hermanos, sino ganarse el respeto y la estima de cada miembro de la comunidad.

Divorcio anarquista

Si la unión de un hombre y una mujer probase ser insatisfactoria y desagradable para ellos, se separarán de manera tranquila y amistosa, y no viciarán los diversos vínculos del matrimonio continuando con una unión incompatible.

Si, en vez de perseguir a las víctimas, los reformistas de hoy unen sus esfuerzos para erradicar la causa, la prostitución ya no deshonrará más a la humanidad.

Reprimir a una clase y proteger a otra es peor que la demencia. Es criminal. No aparten sus cabezas, ustedes hombres y mujeres morales.

No permitan que su prejuicio les influya: miren el asunto desde un punto de vista imparcial.

En vez de ejercer su fuerza inútilmente, unan las manos y ayuden a abolir el sistema corrupto y enfermo.

Si la vida conyugal no les ha despojado el honor y el respeto por sí mismos, si no tienen más que amor por quienes ustedes llaman sus hijos, deben, por su propio bien como por el de ellos, buscar la emancipación y establecer la libertad. Entonces, y solo entonces, los males del matrimonio cesarán.

La tragedia de la emancipación de la mujer[1]

COMENZARÉ ADMITIENDO lo siguiente: sin tener en cuenta las teorías políticas y económicas que tratan de las diferencias fundamentales entre las varias agrupaciones humanas; sin miramiento alguno para las distinciones de raza o de clase, sin parar mientes en la artificial línea divisoria entre los derechos del hombre y de la mujer, sostengo que puede haber un punto en cuya diferenciación misma se ha de coincidir, encontrarse y unirse en perfecto acuerdo.

Con esto no quiero proponer un pacto de paz. El general antagonismo social que se posesionó de la vida contemporánea, originado, por fuerzas de opuestos y contradictorios intereses, ha de derrumbarse cuando la reorganización de la vida societaria, al basarse sobre principios económicos justicieros, sea un hecho y una realidad.

La paz y la armonía entre ambos sexos y entre los individuos, no han de depender necesariamente de la igualdad superficial de los seres, ni tampoco traerá la eliminación de los rasgos y de las peculiaridades de cada individuo. El problema planteado actualmente, pudiendo ser resuelto en un futuro cercano, consiste en preciarse de ser uno mismo, dentro de la comunión de la masa de otros seres y de sentir hondamente esa

[1] Publicado originalmente en la revista *Mother Earth*, v. 1, N° 1 (marzo de 1906); páginas 9-17. Título original: «The Tragedy of Woman's Emancipation». Tomado de La Biblioteca Anarquista, que a su vez lo recuperó de Portal OACA.

unión con los demás, sin avenirse por ello a perder las características más salientes de sí mismo. Esto me parece a mí que deberá ser la base en que descanse la masa y el individuo, el verdadero demócrata y el verdadero individualista, o donde el hombre y la mujer han de poderse encontrar sin antagonismo alguno. El lema no será: perdonaos unos a otros, sino: comprendeos unos a otros. La sentencia de Mme. Stael citada frecuentemente: «comprenderlo todo es perdonarlo todo», nunca me fue simpática; huele un poco a sacristía; la idea de perdonar a otro ser demuestra una superioridad farisaica.

Comprenderse mutuamente es para mí suficiente. Admitida en parte esta premisa, ella presenta el aspecto fundamental de mi punto de vista acerca de la emancipación de la mujer y de la entera repercusión en todas las de su sexo.

Su completa emancipación hará de ella un ser humano, en el verdadero sentido. Todas sus fibras más íntimas ansían llegar a la máxima expresión del juego interno de todo su ser, y barrido todo artificial convencionalismo, tendiendo a la más completa libertad, ella irá luego borrando los rezagos de centenares de años de sumisión y de esclavitud.

Este fue el motivo principal y el que originó y guió el movimiento de la emancipación de la mujer. Mas, los resultados hasta ahora obtenidos, la aislaron despojándola de la fuente primaveral de los sentidos y cuya dicha es esencial para ella. La tendencia emancipadora, afectándole sólo en su parte externa, la convirtió en una criatura artificial, que tiene mucho parecido con los productos de la jardinería francesa, con sus jeroglíficos y geometrías en forma de pirámide, de conos, de redondeles, de cubos, etc.; cualquier cosa, menos esas formas sumergidas por cualidades interiores. En la llamada vida intelectual, son numerosas esas plantas artificiales en el sexo femenino.

¡Libertad e igualdad para las mujeres! Cuántas esperanzas y cuántas ilusiones despertaron en el seno de ellas, cuando por primera vez estas palabras fueron lanzadas por los más valero-

sos y nobles espíritus de estos tiempos. Un sol, en todo el esplendor de su gloria emergía para iluminar un nuevo mundo; ese mundo, donde las mujeres se hallaban libres para dirigir sus propios destinos; un ideal que fue merecedor, por cierto, de mucho entusiasmo, de valor y perseverancia, y de incesantes esfuerzos por parte de un ejército de mujeres, que combatieron todo lo posible contra la ignorancia y los prejuicios.

Mi esperanza también iba hacia esa finalidad, pero opino que la emancipación, como es interpretada y aplicada actualmente, fracasó en su cometido fundamental. Ahora la mujer se ve en la necesidad de emanciparse del movimiento emancipacionista si desea hallarse verdaderamente libre. Puede esto parecer paradójico, sin embargo es la pura verdad.

¿Qué consiguió ella, al ser emancipada? Libertad de sufragio, de votar. ¿Logró depurar nuestra vida política, como algunos de sus más ardientes defensores predecían? No, por cierto. De paso hay que advertir, ya llegó la hora de que la gente sensata no hable más de corruptelas políticas en tono campanudo. La corrupción en la política nada tiene que ver con la moral o la laxitud moral de las diversas personalidades políticas.

Sus causas proceden de un punto solo. La política es el reflejo del mundo industrial, cuya máxima es: bendito sea el que más toma y menos da; compra lo más barato y vende lo más caro posible, la mancha en una mano, lava la otra. No hay esperanza alguna de que la mujer, aun con la libertad de votar, purifique la política.

El movimiento de emancipación trajo la nivelación económica entre la mujer y el hombre; pero como su educación física en el pasado y en el presente no le suministró la necesaria fuerza para competir con el hombre, a menudo se ve obligada a un desgaste de energías enormes, a poner en máxima tensión su vitalidad, sus nervios a fin de ser evaluada en el mercado de la mano de obra. Raras son las que tienen éxito, ya que las mujeres profesoras, médicas, abogadas, arquitectas e ingenieras,

no merecen la misma confianza que sus colegas los hombres, y tampoco la remuneración para ellas es paritaria. Y las que alcanzan a distinguirse en sus profesiones, lo hacen siempre a expensas de la salud de sus organismos. La gran masa de muchachas y mujeres trabajadoras, ¿qué independencia habrían ganado al cambiar la estrechez y la falta de libertad del hogar, por la carencia total de libertad de la fábrica, de la confitería, de las tiendas o de las oficinas? Además está el peso con el que cargarán muchas mujeres al tener que cuidar el hogar doméstico, el dulce hogar, donde solo hallarán frío, desorden, aridez, después de una extenuante jornada de trabajo. ¡Gloriosa independencia esta! No hay pues que asombrarse que centenares de muchachas acepten la primera oferta de matrimonio, enfermas, fatigadas de su independencia, detrás del mostrador, o detrás de la máquina de coser o escribir. Se hallan tan dispuestas a casarse como sus compañeras de la clase media, quienes ansían substraerse de la tutela paternal.

Esa sedicente independencia, con la cual apenas se gana para vivir, no es muy atrayente, ni es un ideal; al cual no se puede esperar que se le sacrifiquen todas las cosas. La tan ponderada independencia no es después de todo más que un lento proceso para embotar, atrofiar la naturaleza de la mujer en sus instintos amorosos y maternales.

Sin embargo la posición de la muchacha obrera es más natural y humana que la de su hermana de las profesiones liberales, quien al parecer es más afortunada, profesoras, médicas, abogadas, ingenieras, las que deberán asumir una apariencia de más dignidad, de decencia en el vestir, mientras que interiormente todo es vacío y muerte.

La mezquindad de la actual concepción de la independencia y de la emancipación de la mujer; el temor de no merecer el amor del hombre que no es de su rango social; el miedo que el amor del esposo le robe su libertad; el horror a ese amor o a la alegría de la maternidad, la inducirá a engolfarse cada vez más

en el ejercicio de su profesión, de modo que todo esto convierte a la mujer emancipada en una obligada vestal, ante quien la vida, con sus grandes dolores purificadores y sus profundos regocijos, pasa sin tocarla ni conmover su alma.

La idea de la emancipación, tal como la comprende la mayoría de sus adherentes y expositores, resulta un objetivo limitadísimo que no permite se expanda ni haga eclosión; esto es: el amor sin trabas, el que contiene la honda emoción de la verdadera mujer, la querida, la madre capaz de concebir en plena libertad.

La tragedia que significa resolver su problema económico y mantenerse por sus propios medios, que hubo de afrontar la mujer libre, no reside en muchas y variadas experiencias, sino en unas cuantas, las que más la aleccionaron. La verdad, ella sobrepasa a su hermana de las generaciones pretéritas, en el agudo conocimiento de la vida y de la naturaleza humana; es por eso que siente con más intensidad la falta de todo lo más esencial en la vida —lo único apropiado para enriquecer el alma humana—, y que sin ello, la mayoría de las mujeres emancipadas se convierten a un automatismo profesional.

Semejante estado de cosas fue previsto por quienes supieron comprender que en los dominios de la ética quedaban aún en pie muchas ruinas de los tiempos, en que la superioridad del hombre fue indisputada; y que esas ruinas eran todavía utilizadas por las numerosas mujeres emancipadas que no podían arreglárselas sin ellas. Es que cada movimiento de tinte revolucionario que persigue la destrucción de las instituciones existentes con el fin de reemplazarlas por otra estructura social mejor, logra atraerse innumerables adeptos que en teoría abogan por las ideas más radicales, y en la práctica diaria se conducen como todo el mundo, como los inconscientes y los filisteos (burgueses), fingiendo una exagerada respetabilidad en sus sentimientos e ideas y demostrando el deseo de que sus adversarios se formen la más favorable de las opiniones acerca

de ellos. Aquí, por ejemplo, tenemos los socialistas y aun los anarquistas, quienes pregonan que la propiedad es un robo, y asimismo se indignarán contra quien les adeude por el valor de media docena de alfileres.

La misma clase de filisteísmo se encuentra en el movimiento de emancipación de la mujer. Periodistas amarillos y una literatura ñoña y color de rosa trataron de pintar a las mujeres emancipadas de un modo como para que se les erizaran los cabellos a los buenos ciudadanos y a sus prosaicas compañeras. De cada miembro perteneciente a las tendencias emancipacionistas, se trazaba un retrato parecido al de Georges Sand, respecto a su despreocupación por la moral. Nada era sagrado para la mujer emancipada, según esa gente. No tenía ningún respeto por los lazos ideales de una mujer y un hombre. En una palabra, la emancipación abogaba solo por una vida de atolondramiento, de lujuria y de pecado; sin miramiento por la moral, la sociedad y la religión. Las propagandistas de los derechos de la mujer se pusieron furiosas contra esa falsa versión, y exentas de ironía y humor, emplearon a fondo todas sus energías para probar que no eran tan malas como se les había pintado, sino completamente al revés. Naturalmente —decían— hasta tanto la mujer siga siendo esclava del hombre, no podrá ser buena ni pura; pero ahora que al fin se ha libertado demostrará cuán buena será y cómo su influencia deberá ejercer efectos purificadores en todas las instituciones de la sociedad. Cierto, el movimiento en defensa de los derechos de la mujer dio en tierra con más de una vieja traba o prejuicio, pero se olvidó de los nuevos.

El gran movimiento de la verdadera emancipación no se encontró con una gran raza de mujeres, capaces y con el valor de mirar en la cara a la libertad. Su estrecha y puritana visión, desterró al hombre, como a un elemento perturbador de su vida emocional, y de dudosa moralidad. El hombre no debía ser tolerado, a excepción del padre y del hijo, ya que un niño

no vendrá a la vida sin el padre. Afortunadamente, el más rígido puritanismo no será nunca tan fuerte que mate el instinto de la maternidad. Pero la libertad de la mujer se halla estrechamente ligada a la del hombre, y las llamadas así hermanas emancipadas pasan por alto el hecho que un niño al nacer ilegalmente necesita más que otro el amor y cuidado de todos los seres que están a su alrededor, mujeres y hombres. Desgraciadamente, ésta limitada concepción de las relaciones humanas hubo de engendrar la gran tragedia existente en la vida del hombre y de la mujer moderna.

Hace unos quince años que apareció una obra cuyo autor era la brillante escritora noruega Laura Marholm. Se titulaba *La mujer, estudio de caracteres*. Fue una de las primeras en llamar la atención sobre la estrechez y la vaciedad del concepto de la emancipación de la mujer, y de los trágicos efectos ejercidos en su vida interior. En su trabajo, Laura Marholm traza las figuras de varias mujeres extraordinariamente dotadas y talentosas de fama internacional; habla del genio de Eleonora Duse; de la gran matemática y escritora Sonya Kovalévskaya; de la pintora y poetisa innata que fue María Bashkirtseff, quien murió muy joven. A través de la descripción de las existencias de esos personajes femeninos y a través de sus extraordinarias mentalidades, corre la trama deslumbrante de los anhelos insatisfechos, que claman por un vivir más pleno, más armonioso y más bello, y al no alcanzarlo, de ahí su inquietud y su soledad. Y a través de esos bocetos psicológicos, magistralmente realizados, no se puede menos de notar que cuanto más alto es el desarrollo de la mentalidad de una mujer, son más escasas las probabilidades de hallar el ser, el compañero de ruta que le sea completamente afín; el que no verá en ella, no solamente la parte sexual, sino la criatura humana, el amigo, el camarada de fuerte individualidad, quien no tiene por qué perder un solo rasgo de su carácter.

La mayoría de los hombres, pagados por su suficiencia, con su aire ridículo de tutelaje hacia el sexo débil, resultarían entes algo absurdos, imposibles para una mujer como las descritas en el libro de Laura Marholm. Igualmente imposible sería que no se quisiese ver en ellas más que sus mentalidades y su genio, y no se supiese despertar su naturaleza femenina.

Un poderoso intelecto y la fineza de sensibilidad y sentimiento son dos facultades que se consideran como los necesarios atributos que integrarán una bella personalidad. En el caso de la mujer moderna, ya no es lo mismo. Durante algunos centenares de años el matrimonio basado en la Biblia, hasta la muerte de una de las partes, se reveló como una institución que se apuntalaba en la soberanía del hombre en perjuicio de la mujer, exige su completa sumisión a su voluntad y a sus caprichos, dependiendo de él por su nombre y por su manutención. Repetidas veces se ha hecho comprobar que las antiguas relaciones matrimoniales se reducían a hacer de la mujer una sierva y una incubadora de hijos. Y no obstante, son muchas las mujeres emancipadas que prefieren el matrimonio a las estrecheces de la soltería, estrecheces convertidas en insoportables por causa de las cadenas de la moral y de los prejuicios sociales, que cohíben y coartan su naturaleza.

La explicación de esa inconsistencia de juicio por parte del elemento femenino avanzado, se halla en que no se comprendió lo que verdaderamente significaba el movimiento emancipacionista. Se pensó que todo lo que se necesitaba era la independencia contra las tiranías exteriores; y las tiranías internas, mucho más dañinas a la vida y a sus progresos —las convenciones éticas y sociales— se las dejó estar, para que se cuidaran a sí mismas, y ahora están muy bien cuidadas. Y éstas parece que anidan con tanta fuerza y arraigo en las mentes y en los corazones de las más activas propagandistas de la emancipación, como lo estuvieron en las cabezas y en los corazones de sus abuelas.

¿Esos tiranos internos acaso no se encarnan en la forma de la opinión pública, o lo que dirá mamá, papá, tía, y otros parientes; lo que dirá Mrs. Grundy, Mr. Comstock, el patrón, y el Consejo de Educación? Todos esos organismos tan activos, pesquisas morales, carceleros del espíritu humano, ¿qué han de decir? Hasta que la mujer no haya aprendido a desafiar a todas las instituciones, resistir firmemente en su sitio, insistiendo que no se la despoje de la menor libertad; escuchando la voz de su naturaleza, ya la llame para gozar de los grandes tesoros de la vida, el amor por un hombre, o para cumplir con su más gloriosa misión, el derecho de dar libremente la vida a una criatura humana, no se puede llamar emancipada. Cuántas mujeres emancipadas han sido lo bastante valerosas para confesarse que la voz del amor lanzaba sus ardorosos llamados, golpeaba salvajemente su seno, pidiendo ser escuchado, ser satisfecho.

El escritor francés Jean Reibrach, en una de sus novelas, *New Beauty* (*La Nueva Belleza*) intenta describir el ideal de la mujer bella y emancipada. Este ideal está personificado en una joven, doctorada en medicina. Habla con mucha inteligencia y cordura de cómo debe alimentarse un bebé; es muy bondadosa, suministra gratuitamente sus servicios profesionales y las medicinas para las madres pobres. Conversa con un joven, una de sus amistades, acerca de las condiciones sanitarias del porvenir y cómo los bacilos y los gérmenes serán exterminados una vez que se adopten paredes y pisos de mármol, piedra o baldosas, y suprimiendo las alfombras y los cortinados. Ella, naturalmente, viste sencillamente y casi siempre de negro. El joven, quien en el primer encuentro se sintió intimidado ante la sabiduría de su emancipada amiga, gradualmente la va conociendo y comprendiendo cada vez más, hasta que un buen día se da cuenta que la ama. Los dos son jóvenes, ella es buena y bella y, aunque un tanto severa en su continencia, su apariencia se suaviza con el cuello y puños inmaculados. Uno esperaría que le confesara su amor, pero él no está por cometer

ningún gesto romántico y absurdo. La poesía y el entusiasmo del amor le hacen ruborizar, ante la pureza de la novia. Silencia el naciente amor, y permanece correcto. También, ella es muy medida, muy razonable, muy decente. Temo que de haberse unido esa pareja, el jovencito hubiera corrido el riesgo de helarse hasta morirse. Debo confesar que nada veo de hermoso en esta nueva belleza, que es tan fría como las paredes y los pisos que ella sueña implantar en el porvenir. Prefiero más bien los cantos de amor de la época romántica, don Juan y Venus, más bien el mocetón que rapta a su amada en una noche de luna, con las escaleras de cuerda, perseguido por la maldición del padre y los gruñidos de la madre, y el chismorreo moral del vecindario, que la corrección y la decencia medida por el metro del tendero. Si el amor no sabe darse sin restricciones, no es amor, sino solamente una transacción, que acabará en desastre por el más o el menos.

La gran limitación de miras del movimiento emancipacionista de la actualidad, reside en su artificial estiramiento y en la mezquina respetabilidad con que se reviste, lo que produce un vacío en el alma de la mujer, no permitiéndole satisfacer sus más naturales ansias. Una vez hice notar que parecía existir una más estrecha relación entre la madre de corte antiguo, el ama de casa siempre alerta, velando por la felicidad de sus pequeños y el bienestar de los suyos, y la verdadera mujer moderna, que con la mayoría de las emancipadas. Estas discípulas de la emancipación depurada, clamaron contra mi heterodoxia y me declararon buena para la hoguera. Su ciego celo no les dejó ver que mi comparación entre lo viejo y lo nuevo tendía solamente a probar que un buen número de nuestras abuelas tenían más sangre en las venas, mucho más humor e ingenio, y algunas poseían en alto grado naturalidad, sentimientos bondadosos y sencillez, más que la mayoría de nuestras profesionales emancipadas que llenan las aulas de los colegios, las universidades y las oficinas. Esto, después de todo, no significa el

deseo de retornar al pasado, ni relegar a la mujer a su antigua esfera, la cocina y al amamantamiento de las crías.

La salvación estriba en una enérgica marcha hacia un futuro cada vez más radiante. Necesitamos que cada vez sea más intenso el desdén, el desprecio, la indiferencia contra las antiguas tradiciones y los viejos hábitos. El movimiento emancipacionista ha dado apenas el primer paso en este sentido. Es de esperar que reúna sus fuerzas para dar otro. El derecho del voto, de la igualdad de los derechos civiles, pueden ser conquistas valiosas; pero la verdadera emancipación no empieza en los parlamentos, ni en las urnas. Empieza en el alma de la mujer. La historia nos cuenta que las clases oprimidas conquistaron su verdadera libertad, arrancándosela a sus amos en una serie de esfuerzos. Es necesario que la mujer se grabe en la memoria esa enseñanza y que comprenda que tendrá toda la libertad que sus mismos esfuerzos alcancen a obtener. Es por eso mucho más importante que comience con su regeneración interna, cortando el lazo del peso de los prejuicios, tradiciones y costumbres rutinarias. La demanda para poseer iguales derechos en todas las profesiones de la vida contemporánea es justa; pero, después de todo, el derecho más vital es el de poder amar y ser amada.

Verdaderamente, si de una emancipación apenas parcial se llega a la completa emancipación de la mujer, habrá que barrer de una vez con la ridícula noción que ser amada, ser querida y madre, es sinónimo de esclava o de completa subordinación. Deberá hacer desaparecer la absurda noción del dualismo del sexo, o que el hombre y la mujer representan dos mundos antagónicos.

La pequeñez separa; la amplitud une. Dejen que seamos grandes y generosas. Déjenos hacer de lado un cúmulo de complicadas mezquindades para quedarnos con las cosas vitales. Una sensata concepción acerca de las relaciones de los sexos no ha de admitir el conquistado y el conquistador; no conoce

más que esto: prodigarse, entregarse sin límite para encontrarse a sí mismo más rico, más profundo, mejor. Ello sólo podrá colmar la vaciedad interior, y transformar la tragedia de la emancipación de la mujer, en gozosa alegría, en dicha ilimitada.

Situación social de la mujer[1]

EL PROGRESO HUMANO es muy lento. Se ha dicho que por cada paso dado hacia adelante, la Humanidad ha dado dos hacia la esclavitud. Solo al cabo de los siglos ha ido liberándose de su actitud de adoración sumisa ante la Iglesia, el derecho divino de los reyes y el poder de la clase dominante. En realidad, esta calamitosa trinidad impera todavía sobre muchísimos millones de seres en todos los países del mundo; pero ya solo puede gobernar con mano férrea y exigir cierta obediencia en los países fascistas. Aunque el fascismo no tiene existencia histórica sino como manifestación fugaz, bajo su peste negra se presiente cómo se aproxima la tormenta y cómo crece su furia. Es en España donde hallará su Waterloo, mientras en todo el mundo va aumentando la protesta contra las instituciones capitalistas.

Pero, en general, el hombre, dispuesto siempre a luchar heroicamente por su emancipación, está muy lejos de pensar lo mismo respecto a la del sexo opuesto.

Sin duda alguna, las mujeres de muchos países han hecho la verdadera revolución para conseguir sus derechos sociales, políticos y éticos. Los han logrado a costa de muchos años de lucha y de ser derrotadas infinidad de veces, pero han conseguido la victoria.

---

[1] Publicado originalmente en «Mujeres Libres», Semana 21 de la Revolución. Fuente: Mary Nash (ed.), «*Mujeres Libres*»: *España 1936-1939* (*Mujeres Libres como organización feminista: Situación social de la mujer*, de Emma Goldman, págs. 127-131), Tusquets Editor, Barcelona, 1977. Edición digital: *La Congregación* **[Anarquismo en PDF]**.

Desgraciadamente, no puede afirmarse lo mismo de las mujeres de todos los países. En España por ejemplo, a la mujer se la considera muy inferior al hombre, como mero objeto de placer y productora de niños; no me sorprendería si los burgueses pensaran así, pero es increíble comprobar el mismo antediluviano concepto entre los obreros, hasta entre nuestros propios camaradas.

En ningún país del mundo siente la clase obrera el Comunismo Libertario como lo siente la clase obrera española. El gran triunfo de la Revolución que se inició en los días de julio, demuestra el alto valor revolucionario del obrero español. Debería suponerse que en su apasionado amor por la libertad incluye la libertad de la mujer. Pero, muy lejos de esto, la mayoría de los hombres españoles parece no comprender el sentido de la verdadera emancipación, o, en otro caso, prefieren que su mujer continúe ignorándolo. El hecho es que muchos hombres parecen convencidos de que la mujer prefiere seguir viviendo en su posición de inferioridad. También se decía que el negro estaba encantado de ser propiedad del dueño de la plantación. Pero lo cierto es que no puede existir una verdadera emancipación mientras subsiste el predominio de un individuo sobre otro o de una clase sobre otra. Y mucha menor realidad tendrá la emancipación de la raza humana mientras un sexo domine sobre otro.

Por lo demás, la familia humana la integran ambos sexos y la mujer es la más importante de los dos, ya que en ella se perpetúa la especie, y cuanto más perfecto su desarrollo moral y físico, más perfecta será la raza humana. Ya sería esto bastante para probar la importancia de la mujer en la sociedad y en la lucha social; pero hay otras razones. La más importante de todas es ésta: que la mujer se ha dado cuenta de que tiene perfecto derecho a la personalidad y de que sus necesidades y aspiraciones son de importancia vital como las del varón.

Los que pretenden todavía tener a la mujer en un puño, dirán seguramente que sí, que todo esto está muy bien, pero que las necesidades y aspiraciones de la mujer son diferentes, porque ella es inferior. Esto solo prueba la limitación del hombre, su orgullo y su arrogancia. Debería saber que lo que diferencia a ambos sexos tiende a enriquecer la vida, tanto social como individualmente.

Por otra parte, las extraordinarias realizaciones de la mujer a través de la Historia anulan la leyenda de la inferioridad. Los que insisten en ella es porque no pueden tolerar que su autoridad sea discutida. Ello es característico de todo sentido autoritario, sea el del amo sobre sus esclavos, sea el del hombre sobre la mujer. No obstante, la mujer procura en todas partes liberarse; camina hacia delante, libremente; ocupa su puesto en la lucha por la transformación económica, social y ética. Y la mujer española no tardará mucho en emprender el rumbo de su emancipación. El problema de la emancipación femenina es algo análogo al de la emancipación proletaria; los que quieran ser libres deben dar el primer paso.

Los obreros de Cataluña y de toda España lo han dado ya, se han liberado a sí mismos y están derramando su sangre por asegurar esta libertad. Ahora os toca a vosotras, mujeres españolas. Romped vuestras cadenas. Os ha llegado el turno de elevar vuestra dignidad y vuestra personalidad, de exigir con firmeza vuestros derechos de mujer, como individualidades libres, como miembros de la sociedad, como camaradas en la lucha contra el fascismo y por la Revolución Social.

Únicamente cuando os hayáis liberado de la superstición religiosa, de los prejuicios, de la moral corriente y de la esclavizante obediencia a un pasado muerto, llegaréis a ser una fuerza invencible en la lucha antifascista y una garantía de la Revolución Social. Únicamente entonces seréis dignas de colaborar en la creación de la nueva sociedad en la que todos los seres serán verdaderamente libres.

Celos: causa y posible cura[1]

ES ABSOLUTAMENTE NECESARIO que nos demos cuenta de esto, porque la gente que no deja escapar la noción de que su desventura se debe a la debilidad de sus compañeros, nunca puede superar el odio y la maldad mezquina que constantemente culpa, condena y acosa a aquellos por algo que es inevitable, como parte de sí mismos. Esa gente no llegará a las alturas de una verdadera humanidad, a que el bien y el mal, la moral y la inmoralidad, no son sino términos limitados a las emociones humanas en el mar de la vida.

Al filósofo de *Más allá del bien y del mal*, Nietzsche, en este momento se le ve como el perpetrador del odio nacional y la destrucción de ametralladoras; pero solo los malos lectores y malos alumnos lo interpretan así. *Más allá del bien y del mal* significa más allá de la persecución, más allá de juicios, más allá de matar, etc. *Más allá del bien y del mal* abre nuestros ojos a lo más profundo de la afirmación individual combinada con el entendimiento de otros que no son como nosotros, que son diferentes.

Con eso no me refiero al torpe intento de la democracia de regular las complejidades del ser humano a través de la igualdad externa. La visión de *Más allá del bien y del mal* apunta a la derecha de uno mismo, a la personalidad de uno. Tales posibilidades no excluyen el dolor del caos de la vida, pero exclu-

[1] Manuscritos y Archivos de la División de La Biblioteca Pública de Nueva York, Astor, Lenox y Tilden Fundaciones. Tomado de La Biblioteca Anarquista, que lo recuperó de argentina.indymedia.org

yen la rectitud puritana que sienta juicio sobre todos, excepto uno mismo.

Resulta evidente que el más completo radical (y es que hay muchos que no poseen sentido común) debe aplicar este profundo reconocimiento humano de la relación entre el amor y el sexo. Las emociones sexuales y el amor están entre las más íntimas, las más sensibles e intensas expresiones de nuestro ser. Están tan relacionadas con los rasgos físicos y psíquicos individuales que cada romance acabaría en un romance independiente como ningún otro. En otras palabras, cada amor es el resultado de las impresiones y características que las dos personas involucradas le dan. Cada relación amorosa debe, por su misma naturaleza, permanecer como un romance privado. Ni el Estado, ni la Iglesia, ni la moral, ni la gente deben meterse con eso.

Desafortunadamente este no es el caso. La relación más íntima es objeto de prohibiciones, regulaciones y coerciones, sin embargo estos factores externos son absolutamente ajenos al amor, y por lo tanto llevan a eternas contradicciones y conflictos entre el amor y la ley.

El resultado de esto, es que nuestra vida amorosa se mezcla con la corrupción y la degradación. El «Amor Puro» tan aclamado por los poetas, es hoy en día matrimonio, divorcio y disputas, de seguro un raro espécimen. Con el dinero, estatus social y posiciones como criterios para el amor, la prostitución es inevitable, incluso si se cubre con un manto de legitimidad y moralidad.

El mal más prevaleciente de nuestra mutilada vida amorosa son los celos, a veces descritos como «El Monstruo de Ojos Verdes» que miente, engaña, traiciona y mata. La noción popular es que los celos son innatos y por lo tanto no se pueden erradicar del corazón humano. Esta idea es conveniente para aquellos que carecen de la habilidad y la astucia para profundizar en la causa y el efecto.

Angustia por un amor perdido, por el hilo roto que le daba continuidad del amor. El dolor emocional ha inspirado las más sublimes palabras, profundos puntos de vista y la exaltación poética de un Byron, Shelley, Heine y otros de su tipo. ¿Pero alguien podrá comparar este dolor con lo que comúnmente se llama celos? Son tan diferentes como la sabiduría y la estupidez. Como el refinamiento y la tosquedad. Como la dignidad y la coerción brutal. Los celos son lo opuesto al entendimiento, a la simpatía, a un sentimiento de generosidad. Los celos no le aportan nada al individuo, no lo hace grande y fino. Lo que hace es cegarlo con ira, atormentarlo con sospechas y herirlo con envidia.

Celos, las contorsiones de lo que vemos en las comedias y tragedias matrimoniales, son invariablemente de un solo bando, intolerantes acusadores, convencidos de su propia rectitud y de la maldad, crueldad y culpa de sus víctimas. Los celos no intentan entender, su deseo es castigar, tan severamente como les sea posible. Esta noción está incorporada en el código de honor, representada como un duelo o una ley no escrita. Un código que sostiene que la seducción de una mujer debe ser expiada con la muerte del seductor, incluso donde la seducción no tuvo lugar. Donde ambos han cedido voluntariamente a la tentación más profunda, el honor solo se restaura cuando hay sangre derramada, sea la de él o la de ella.

Los celos están obsesionados con la posesión y la venganza. Están acorde con todas las leyes punitivas sobre los estatutos que se adhieren a la barbárica noción de que una ofensa, que es a menudo simplemente el resultado de los males sociales, debe ser adecuadamente castigada o vengada.

Se puede encontrar una fuerte discusión contra los celos en los escritos de historiadores como Reclus, Morgan y otros, como en las relaciones sexuales entre la gente primitiva. Cualquiera que esté familiarizado con sus trabajos sabe que la monogamia es una versión tardía del sexo que tuvo lugar gracias a

la domesticación y apropiación de la mujer, lo que ha creado un monopolio sexual y la inevitable sensación de celos.

En el pasado, cuando los hombres y mujeres se entremezclaban unos con otros sin la intervención de leyes ni moral, no podía haber celos, porque el principio se basa en la presunción de que el hombre tiene un monopolio sexual sobre cierta mujer y viceversa. En el momento en que alguien se atreve a ir más allá de este recinto sagrado, los celos estarán al alza. Bajo estas circunstancias es ridículo decir que los celos son perfectamente naturales. De hecho, es el resultado artificial de una causa artificial, nada más.

Desafortunadamente, no son solo los matrimonios conservadores los que están saturados con esta noción del sexo monopolizado; las llamadas uniones libres también son víctimas. Podría decirse que esta es otra prueba más de que los celos son un rasgo innato. Pero debe tenerse en cuenta que el sexo monopolizado ha sido transmitido de generación en generación y se ha plasmado como la base de la pureza de la familia y del hogar. Y justo cuando la Iglesia y el Estado vieron el sexo monopolizado como la única forma de asegurar los lazos maritales, ambos han justificado los celos como el arma de legítima defensa para la protección del derecho de propiedad.

Ahora, mientras la mayoría de la gente ha superado la legalidad del sexo monopolizado, no ha superado sus hábitos y tradiciones. Por eso, han sido tan cegados por el «Monstruo de Ojos Verdes», como sus vecinos conservadores en el momento en que sus posesiones están en juego.

Un hombre o mujer lo suficientemente libre y maduro para no interferir ni armar un alboroto por las atracciones externas de la pareja, seguro será despreciado por sus amigos conservadores y ridiculizado por los más radicales. Será llamado degenerado o cobarde; con mucha frecuencia se le imputaran motivos materiales menores. Estos hombres y mujeres serán objeto de chismes y chistes de mal gusto por el solo hecho de que le

conceden a sus esposas, esposos o amantes, derechos sobre sus propios cuerpos y expresiones emocionales sin montar escenas celosas ni amenazas de muerte al intruso.

Hay otros factores que influyen en los celos: la vanidad del hombre y la envidia de la mujer. El hombre, en materia de sexo, es un impostor, un fanfarrón, que siempre se jacta de sus hazañas y éxitos con las mujeres. Insiste en adoptar el papel de conquistador, ya que se le ha dicho que la mujer quiere ser conquistada, que les gusta ser seducida. Haciéndole sentir como el único huevo en el granero, o el toro que debe chocar los cuernos con otro para ganar a la vaca, su vanidad y arrogancia se sienten heridos de muerte en el momento en que un rival aparece en escena, que aun entre los llamados hombres refinados, continua siendo el amor sexual de la mujer, que debe pertenecer solo a un amo.

En otras palabras, el casi extinto monopolio sexual junto con la irreverente vanidad del hombre, en 99 casos de 100, son los antecedentes de los celos.

En el caso de la mujer, el miedo económico por ellas y sus niños y la penosa envidia hacia otras mujeres que obtienen gracia en los ojos de su acompañante, invariablemente crea celos. En justicia a las mujeres, desde hace siglos, la atracción física era su única carta sobre la mesa, por eso, necesita envidiar el encanto y valor de otras mujeres que amenazan quedarse con su propiedad preciada.

Lo más grotesco de todo es que hombres y mujeres pueden llegar a estar violentamente celosos de aquellos a quienes no les importan. No es el amor ultrajado, sino la envidia y la vanidad los que se pronuncian contra este «terrible mal». Y es probable que la mujer nunca haya amado al hombre del que ahora sospecha y espía. Probablemente ella nunca ha hecho un esfuerzo por mantener ese amor. Pero en el momento en que una competidora aparece, ella empieza a valorar su propiedad sexual para defender lo que de otra forma seria vil y cruel.

Obviamente, los celos no son resultado del amor. De hecho, si fuese posible investigar muchos casos de celos, sería muy probable encontrar que cuanta menos gente está imbuida de un gran amor, más violentos y competitivos serán los celos. Dos personas unidas por una armonía interna no tienen miedo ni pretenden perjudicar la confianza mutua y la seguridad que se tienen si uno u otro tiene atracciones externas, y sus relaciones no terminan en una vil enemistad, como pasa con mucha gente. No serán capaces, ni se esperará, que acepten la elección de su pareja en la intimidad de sus vidas, pero eso no les da a ninguno el derecho de negar la necesidad de la atracción.

Como discutiré la variedad y la monogamia en dos semanas, no hablaré sobre eso aquí, solo diré que ver a personas que aman a más de una persona como perversos y anormales, es ser muy ignorante. Ya he discutido varias causas de los celos a las que debo agregar la institución del matrimonio, que la Iglesia y el Estado proclaman como «lo que los une hasta que la muerte los separe». Esto es aceptado como el modo más ético de vivir y de hacer las cosas.

Con el amor, en todas sus variantes y cambios, encadenado y estrecho, no es de extrañar que los celos surjan. Qué más sino maldad, sospechas y rencor pueden surgir cuando un hombre y una mujer son oficialmente unidos con «de ahora en adelante son uno en cuerpo y alma». Solo vean a cualquier pareja unida de esa manera. Dependiendo uno del otro para cada pensamiento y sensación, sin intereses ni deseos individuales, y pregúntate a ti mismo si esa relación no se tornará odiosa e insoportable con el tiempo.

De una manera u otra las cadenas se cortan, y como las circunstancias que llevaron a esto son bajas y denigrantes, no sorprende que se saque a relucir las características y motivaciones más mezquinas y perversas del ser humano.

En otras palabras, la intervención legal, religiosa y moral son los padres de nuestra innatural vida sexual y amorosa, y de

eso es que los celos se han ido alimentando. Es el látigo que castiga y tortura a los pobres mortales por su estupidez, ignorancia y prejuicios.

Pero nadie necesita justificarse a sí mismo por ser una víctima de estas condiciones. Es muy cierto que todos caemos bajo el peso de inicuos acuerdos sociales bajo coerción y ceguera moral. Pero no somos individuos conscientes, ¿De quién es el deber de llevar verdad y justicia a los asuntos humanos? La teoría de que el hombre es un producto de estas condiciones ha llevado solo a la indiferencia y a una lenta aceptación de estas condiciones. Aun así, todo el mundo sabe que la adaptación a un modo de vida injusto y no saludable solo fortalece ambas cosas, mientras el hombre, el así llamado «Corona de la Creación», equipado con la habilidad de pensar y ver por encima de todo para emplear sus poderes de iniciativa, se debilita, se vuelve más pasivo, más fatalista.

No hay nada más terrible y fatal que profundizar en las entrañas de nuestros seres queridos y de uno mismo. Solo ayudará a romper los delgados hilos del afecto que aún hay en la relación y finalmente nos llevará hasta la última zanja, que es lo que los celos intentan prevenir, la aniquilación del amor, la amistad y el respeto.

Los celos son un medio inútil para preservar el amor, pero es un medio bastante útil para destruir el respeto hacia nosotros mismos. Para la gente celosa, como los adictos, es llegar a lo más bajo y al final solo inspiran asco y desgracia.

La angustia por la pérdida de un amor o un amor no correspondido entre la gente que es capaz de tener finos pensamientos, no volverá tosca a esa persona. Aquellos que son sensibles y delicados solo tienen que preguntarse a sí mismos si pueden tolerar una relación obligatoria y un enfático *no* se obtendría como respuesta. Pero mucha gente sigue viviendo cerca del otro, aunque hace tiempo dejaron de vivir juntos —una vida lo suficientemente fértil para las operaciones de los celos, cuyos

métodos van desde abrir la correspondencia privada hasta el asesinato—. Comparado con estos horrores, el adulterio abierto parece un acto de coraje y liberación.

Un fuerte escudo contra las vulgaridades de los celos es que el hombre y la mujer no son uno en cuerpo y espíritu. Son dos seres humanos con diferentes temperamentos, sentimientos y emociones. Cada uno es un pequeño cosmos de sí mismo, envuelto en sus propios pensamientos e ideas. Sería glorioso y poético si estos dos mundos se fusionaran en libertad e igualdad. Incluso si esto dura poco tiempo valdría la pena. Pero el momento en que estos dos mundos son forzados a estar juntos, toda la belleza y fragancias no dejan más que hojas muertas. Quien entienda esto tendrá en cuenta que los celos son indignos y no permitirá que cuelgue una espada de Damocles sobre él.

Todos los amantes hacen bien en dejar las puertas de su amor bien abiertas. Cuando el amor pueda ir y venir, sin miedo a encontrarse con un perro guardián, los celos rara vez crecerán porque aprenderá que donde no hay llaves ni candados no hay lugar para sospechas y desconfianza. Dos elementos que hacen que los celos prosperen.

Los aspectos sociales del control de natalidad[1]

SE HA SUGERIDO que para crear un genio, la naturaleza emplea todos sus recursos y necesita cien años para tan difícil tarea. Si eso es cierto, la naturaleza emplea incluso más tiempo para forjar una gran idea. Después de todo, en crear un genio la naturaleza se concentra en una sola persona, mientras que una idea debe convertirse en una herencia para la especie[2] y, por tanto, debe ser más difícil de moldear.

Hace justamente ciento cincuenta años desde que un gran hombre concibió una gran idea, Robert Thomas Malthus, el padre del control de natalidad. El que la especie humana haya necesitado tanto tiempo para comprender la importancia de esta idea es una prueba más de la lentitud de la mente humana. No es posible realizar un examen detallado de los méritos de los planteamientos de Malthus, esto es, que la tierra no es tan fértil o tan rica como para cubrir las necesidades de una excesiva población. Ciertamente, si echáramos un vistazo a las trincheras y campos de batalla de Europa encontraríamos que

[1] Publicado en *Mother Earth*, Vol. XI, abril 1916. Traducción original de Alexis Rodríguez Mendoza con adaptaciones. Corrección: Eduardo Bisso. Texto perteneciente a la colección «Utopía libertaria» de Libros de Anarres. Extraído de La Biblioteca Anarquista, que lo recuperó desde epublibre.org

[2] Emma Goldman emplea el término inglés *race* cuya traducción al castellano es el de *raza*; sin embargo, teniendo en cuenta el sentido en que empleaba la propia Goldman el término y para evitar interpretaciones racistas que con el tiempo ha adquirido este término, hemos preferido traducirlo por especie humana o población. (N. del T.).

en parte sus premisas son correctas. Pero yo estoy segura de que si Malthus hubiera vivido en la actualidad, estaría de acuerdo con todos los estudiosos de la sociedad y revolucionarios que afirman que si las masas de personas continúan siendo pobres, mientras los ricos cada vez son más ricos, no es porque la tierra carezca de fertilidad y riquezas como para cubrir las necesidades de una excesiva población, sino porque la tierra está monopolizada en unas pocas manos, excluyendo a los demás.

El capitalismo, que estaba en pañales en tiempos de Malthus, desde entonces ha crecido convirtiéndose en un enorme monstruo insaciable. Brama a través de sus silbatos y sus máquinas. «Denme sus hijos, retorceré sus huesos, extraeré la savia de su sangre, les robaré su rubor», ya que el capitalismo tiene un apetito insaciable.

Y por medio de su maquinaria destructiva, el militarismo, el capitalismo proclama: «Denme sus hijos, los uniformaré y disciplinaré hasta que toda humanidad desaparezca de ellos; hasta que se conviertan en autómatas dispuestos para disparar y asesinar al mandato de sus amos». El capitalismo no puede actuar sin el militarismo, y en tanto las masas de personas surtan el material para ser destruido en las trincheras y en los campos de batalla, el capitalismo tendrá una gran vigencia.

En los denominados buenos tiempos, el capitalismo engullirá a las masas de personas para regurgitarlas en los tiempos de «depresión industrial». Esta masa humana superflua, la cual incrementa el número de desempleados y que representa una gran amenaza en los tiempos modernos, es denominada por nuestros economistas políticos burgueses, el margen obrero. Mantienen que bajo ninguna circunstancia el margen obrero debe disminuir, ya que la sagrada institución conocida como civilización capitalista se socavaría. Y por tanto, los economistas políticos, junto con todos los padrinos del régimen capita-

lista, están a favor de una amplia y excesiva población y, por ende, se oponen al control de natalidad.

A pesar de todo, la teoría de Malthus contiene mucho más de veracidad que de ficción. En su forma moderna, no se basa en la especulación sino en otros factores que se relacionan y se vinculan con los tremendos cambios sociales que están teniendo lugar en todos lados.

Primero, está el aspecto científico; la opinión de una parte de los más eminentes científicos quienes nos dicen que una vitalidad agotada por el trabajo excesivo y la inanición no puede engendrar una descendencia saludable. Junto con los argumentos científicos, nos encontramos con el terrible hecho, el cual es incluso reconocido por las personas más retrógradas, de que una reproducción indiscriminada y constante de una parte de las masas agotadas por el trabajo y exánimes ha dado lugar a un incremento de niños deficientes, lisiados y desafortunados. Es tan alarmante este hecho, que ha llevado a los reformadores sociales a plantear la necesidad de crear un banco de datos en donde las causas y efectos del incremento de niños lisiados, sordos, mudos y ciegos puedan determinarse. Sabiendo como sabemos que los reformadores aceptan la verdad cuando ya es clara hasta para el más tonto de la sociedad, no será necesario discutir mucho más sobre los resultados de la reproducción indiscriminada.

Segundo, se encuentra el despertar mental de las mujeres, que juegan un gran papel en el control de natalidad. Durante siglos, han soportado su carga. Han llevado a cabo su obligación de manera más concienzuda que la de un soldado en el campo de batalla. Después de todo, la preocupación del soldado es preservar su vida. Para eso son pagados por el Estado, elogiados por los charlatanes y defendidos por la histeria pública. Sin embargo, aunque la función de la mujer es dar la vida, ni el Estado, ni los políticos, ni la opinión pública han hecho nunca la más mínima prestación a cambio de la vida que la mujer ha dado.

Durante siglos, ha permanecido de rodillas ante el altar del deber impuesto por Dios, el capitalismo, el Estado y la moralidad. Actualmente, está despertando de su multisecular sueño. Se ha liberado de las pesadillas del pasado; ha mirado hacia la luz y ha proclamado con clara voz que ya no será parte del crimen de traer desgraciados niños al mundo solo para ser convertidos en polvo por la rueda del capitalismo y para ser hechos trizas en las trincheras y campos de batalla. ¿Y quién puede decirles que no? Después de todo, es la mujer quien arriesga su salud y sacrifica su juventud en la reproducción de la especie. Ciertamente, debe tener la capacidad de decidir cuántos niños debe traer al mundo, si los tiene con el hombre que ama y porque quiere al hijo, o si debe nacer del odio y el desprecio.

Además, los médicos serios reconocen que la constante reproducción de la mujer trae como consecuencia lo que los legos llaman «problemas femeninos»: unas condiciones lucrativas para los médicos inescrupulosos. Pero ¿qué posible razón tiene la mujer para agotar su organismo en un infinito engendrar hijos?

Precisamente, es por este motivo que la mujer debe tener los conocimientos que le permitan recuperarse durante un período de tres a cinco años entre cada embarazo, que solo le proporcionaría un bienestar físico y mental, y la oportunidad de dar los mejores cuidados a los niños que ya tuviera.

Pero no solo las mujeres han sido quienes han empezado a comprender la importancia del control de natalidad. Los hombres, igualmente, especialmente los trabajadores, han aprendido a ver en las grandes familias una cruz que llevarán a cuestas, impuesta deliberadamente por las fuerzas reaccionarias de la sociedad, ya que una gran familia paraliza el cerebro y entumece los músculos de las masas de trabajadores. Nada ata más a los obreros al lugar de trabajo que una prole de mocosos, y esto es exactamente lo que los opositores al control de natalidad quieren. Lamentablemente, como el salario de un

hombre con una gran familia es muy escaso, no puede arriesgarse lo más mínimo, continuando en su trabajo, transigiendo y acobardándose ante su amo, solo para obtener apenas lo suficiente para alimentar sus numerosas pequeñas bocas. Sin atreverse a afiliarse a una organización revolucionaria; sin atreverse a ponerse en huelga; sin atreverse a dar su opinión. Las masas obreras han despertado a la necesidad del control de natalidad como un medio para liberarse del terrible yugo e incluso, como un medio más para poder hacer algo por aquellos que ya existen, evitando traer más niños al mundo.

Por último, pero no menos importante, un cambio en la relación de los sexos, aunque no adoptada por muchas personas, se está dejando sentir entre una minoría considerable. En el pasado, y todavía en la actualidad de manera generalizada entre los hombres, la mujer continúa siendo un mero objeto, un medio para un fin; en gran parte un medio físico para un fin. Pero existen hombres quienes quieren más que eso de las mujeres: han comenzado a percatarse que si cada varón se emancipara de las supersticiones del pasado nada se cambiaría en la estructura social en tanto la mujer no ocupe su lugar junto a él en la gran lucha social. Lento pero seguro, estos hombres han aprendido que si la mujer consume su organismo en embarazos eternos, en los partos y en lavar pañales, poco tiempo tendrá para nada más. Pocas tienen el tiempo para las cuestiones que absorben y excitan a los padres de sus hijos. Producto del agotamiento físico y del estrés nervioso, ellas se convierten en un obstáculo en el devenir del hombre y, en ocasiones, en su más profundo enemigo. Es, por tanto, por su propia protección y también por su necesidad de compañía y amistad de la mujer que ama, que numerosos hombres quieren que esta se libere de la terrible imposición de la constante reproducción y, en consecuencia, están a favor del control de natalidad.

Desde cualquier ángulo que se considere, entonces, la cuestión del control de natalidad es el problema principal de los tiempos

modernos y, como tal, no puede hacerse retroceder mediante la persecución, el encarcelamiento o la conspiración del silencio.

Aquellos que se oponen al Movimiento de Control de Natalidad aseguran que lo hacen en nombre de la maternidad. Todos los charlatanes políticos hablan sin medida de las maravillas de la maternidad, aunque tras un examen minucioso hallamos que la maternidad ha dedicado durante siglos, ciega y estúpidamente su descendencia a Moloch. Además, en tanto las madres estén obligadas a trabajar durante muchas horas con el objeto de ayudar a mantener a las criaturas que a regañadientes han traído al mundo, hablar de la maternidad no es más que una hipocresía. El diez por ciento de las mujeres casadas en la ciudad de New York tienen que ayudar a ganarse la vida. La mayoría, reciben el muy lucrativo salario de $280 al año. ¿Cómo se atreve nadie a hablar de las bellezas de la maternidad ante tal crimen?

Pero incluso las madres mejor pagadas, ¿qué pasa con ellas? No hace mucho, nuestro viejo y manido Consejo de Educación afirmó que las profesoras que fueran madres no debían continuar enseñando. Aunque estos anticuados señores fueron obligados por la opinión pública a que reconsideraran su decisión, es completamente cierto que si la profesora típica se convirtiera en madre cada año, pronto perdería su puesto. Esto es lo que pasa con las madres casadas; ¿qué ocurre con las madres solteras? ¿O es que alguien duda de que haya miles de madres solteras? Ellas abarrotan nuestros talleres, fábricas e industrias en todos los lugares, no por elección propia sino por la necesidad económica. En su gris y monótona existencia, el único atractivo es probablemente la atracción sexual, la cual, sin los métodos de prevención, invariablemente lleva al aborto. Miles de mujeres son sacrificadas como consecuencia de los abortos, ya que son realizados por matasanos y parteras ignorantes, en secreto y con prisas. Aun así, los poetas y los políticos cantan a la maternidad. El mayor delito perpetrado jamás contra la mujer.

Nuestros moralistas lo saben, aunque persisten en defender la indiscriminada crianza de hijos. Nos cuentan que limitar la descendencia es completamente una tendencia moderna, ya que la mujer moderna ha dejado de lado su moralidad y deseos para esquivar sus responsabilidades. En respuesta a esto, es necesario puntualizar que la tendencia a limitar la descendencia es tan vieja como la propia especie humana. Contamos con la autoridad, para esta cuestión, del eminente médico alemán doctor Theilhaber, quien ha recopilado datos históricos que prueban que esta tendencia estaba extendida entre los hebreos, los egipcios, los persas y muchas tribus de los indios norteamericanos. El temor a la descendencia era tan grande que las mujeres emplearon los métodos más horripilantes para evitar traer un hijo no deseado al mundo. El doctor Theilhaber ha enumerado cincuenta y siete métodos. Este dato es de gran importancia, ya que disipa la superstición de que la mujer quiere ser madre de una gran familia.

No, no es porque la mujer se haya escabullido de su responsabilidad, sino porque sabe mucho sobre esto último como para exigir saber cómo prevenir la concepción. Nunca en la historia del mundo la mujer ha tenido una conciencia de especie como la tiene en la actualidad. Nunca hasta ahora ha podido ver al hijo, no solo su hijo, sino todos los hijos, como la unidad de la sociedad, el canal a través del cual el hombre y la mujer pervivirán; el mayor factor en la construcción de un nuevo mundo. Es por este motivo que el control de natalidad reposa sobre unas bases sólidas.

Nos dicen que, en tanto la ley en el código legal convierte el debate de los medios preservativos en un crimen, estos medios preventivos no pueden ser debatidos. Como respuesta, me gustaría decir que no es el Movimiento de Control de Natalidad sino la ley, la cual tendrá que desaparecer. Después de todo, para eso son las leyes, para ser hechas y deshechas. ¿Cómo pueden exigir que la vida se someta a ellas? ¿Solo porque algún fanático ignorante en su propia limitación mental y de corazón tuvo éxito

en pasar una ley en los tiempos en que los hombres y mujeres eran esclavos de las supersticiones religiosas y morales, debemos estar atados a ella por el resto de nuestras vidas? Comprendo por qué los jueces y carceleros están vinculados con ella. Es su medio de vida; su función en la sociedad. Pero incluso los jueces en ocasiones progresan. Llamo la atención sobre la decisión tomada en medio del problema del control de la natalidad por el juez Gatens, de Portland, Oregón. «Me parece que el problema para nuestra gente en la actualidad es que existe demasiada mojigatería. La ignorancia y la mojigatería siempre han sido una soga al cuello para el progreso. Todos sabemos que hay cosas erróneas en la sociedad; que estamos sufriendo muchos males pero no tenemos el valor para alzarnos y admitirlo, y cuando alguna persona nos llama la atención sobre algo que ya conocemos, fingimos modestia y nos sentimos ultrajados». Este es, en concreto, el problema que tienen la mayoría de nuestros legisladores y la mayoría de los que se oponen al control de natalidad.

Voy a ser juzgada en una Sesión Especial el 5 de abril. No sé cuál será su resultado, y es más, no me preocupa. El temor a la cárcel por una de las ideas más extendidas entre los radicales norteamericanos es lo que ha hecho al movimiento tan tenue y débil. Yo no tengo tal miedo. Mi tradición revolucionaria es que aquellos que no están dispuestos a ir a la prisión por sus ideas nunca han tenido en demasiada estima sus planteamientos. Además, hay lugares peores que la cárcel. Pero, ya sea si tengo que pagar por mis actividades sobre el control de natalidad o quedo libre, una cosa es cierta, el Movimiento de Control de Natalidad no podrá detenerse ni yo cejaré de llevar a cabo la difusión del control de natalidad. Si me he abstenido de debatir sobre los métodos, no es porque tema un segundo arresto, sino porque por primera vez en la historia de Norteamérica, la cuestión del control de natalidad, a través del juicio oral, será bien definida, y como deseo resolverlo según sus propios méri-

tos, no deseo dar a las autoridades una oportunidad para disimularlo con otras cuestiones. Sin embargo, me gustaría puntualizar la absoluta estupidez de la ley. Tengo en mis manos el testimonio de los detectives, el cual, de acuerdo con su declaración, es una trascripción exacta de lo que hablé desde la palestra. Es tal la ignorancia de estos hombres que no han trascrito ni un simple concepto correctamente. Está perfectamente dentro de la ley que los detectives den su testimonio, pero no está dentro de la ley que yo pueda leer el documento por el cual se me juzga. ¿Pueden culparme si yo soy anarquista y no respeto las leyes? Igualmente, desearía señalar la profunda estupidez de los tribunales norteamericanos. Supuestamente, la justicia emana de ahí. Supuestamente, no existe ningún procedimiento secreto y arbitrario bajo una democracia, aunque el otro día, cuando los detectives hicieron su declaración, la realizaron susurrando, cerca del juez, como si estuvieran en un confesionario en una iglesia católica, y bajo ninguna circunstancia a las mujeres presentes se les permitió oír algo de lo que se decía. ¡Toda una farsa! Y todavía pretenden que los respetemos, que los obedezcamos, que nos sometamos.

No sé cuántos de ustedes están dispuestos a hacerlo, pero yo no lo estoy. Estoy de pie como una de las defensoras de un movimiento mundial, un movimiento que busca liberar a la mujer del terrible yugo y esclavitud del embarazo forzoso; un movimiento que reclama el derecho de cada niño a un buen nacimiento; un movimiento que ayudará al obrero a liberarse de su eterna dependencia; un movimiento que introducirá en el mundo un nuevo tipo de maternidad. Considero este movimiento tan importante y vital como para desafiar cualquier ley de los códigos legales. Creo que no aclarará solo el libre debate sobre los contraceptivos, sino la libertad de expresión en la Vida, el Arte y el Trabajo, en el derecho de la ciencia médica a experimentar con los contraceptivos como lo hace con los tratamientos de la tuberculosis y cualquier otra enfermedad.

Puede que me arresten, me procesen y me metan en la cárcel, pero nunca me callaré; nunca asentiré o me someteré a la autoridad, nunca haré las paces con un sistema que degrada a la mujer a una mera incubadora y que se ceba con sus inocentes víctimas. Aquí y ahora declaro la guerra a este sistema y no descansaré hasta que sea liberado el camino para una libre maternidad y una saludable, alegre y feliz niñez.

Mary Wollstonecraft, su trágica vida y su apasionada lucha por la libertad[1]

LOS PIONEROS DEL PROGRESO humano son como las gaviotas, contemplan nuevas costas, nuevas esferas de pensamiento audaz, mientras que sus compañeros de viaje sólo ven la infinita extensión de agua. Envían jubilosos saludos a las tierras lejanas. Una intensa, anhelante, ardiente fe atraviesa las nubes de la duda, porque los agudos oídos de los precursores de la vida reconocen, entre el enloquecedor rugido de las olas, el nuevo mensaje, el nuevo símbolo de la humanidad.

El embotado y apático no entiende lo nuevo, ve al pionero de la verdad con recelo y resentimiento, como el perturbador de su paz, como el aniquilador de todos los hábitos y tradiciones estables.

Así, los pioneros son escuchados sólo por unos pocos, porque no pisan los caminos trillados, y la masa carece de fuerza para seguir sus pasos hacia lo desconocido.

Al estar en conflicto con las instituciones de su tiempo, ya que no se comprometen con ellas, es inevitable que los de vanguardia se conviertan en extraños para aquellos a quienes desean ayudar; que sean aislados, rechazados y repudiados por los fa-

[1] Escrito en 1911. Extraído de The Anarchist Library, que lo recuperó desde robertgraham.wordpress.com. Traducido por Concetta, de **Anarquismo en PDF**.

miliares más cercanos y queridos. Sin embargo, la tragedia que debe experimentar cada pionero no es la falta de comprensión —que surge porque ha visto nuevas posibilidades para el progreso humano—, sino el hecho de que los pioneros, al no poder enraizar en lo viejo, ni en lo nuevo, aún lejano, se convierten en vagabundos de la tierra, inquietos buscadores de las cosas que nunca encontrarán.

Se consumen por el fuego de la compasión y la simpatía por todo el sufrimiento y por todos sus compañeros; sin embargo, están obligados a estar separados de su entorno. Tampoco necesitan esperar a recibir el amor que sus grandes almas anhelan, porque tal es la pena de un gran espíritu, que lo que recibe no es nada comparado con lo que da.

Tal fue el destino y la tragedia de Mary Wollstonecraft. Lo que le dio al mundo, a los que amaba, se elevaba por encima de la mediocre posibilidad de recibir, y su alma ardiente y anhelante no podía contener las migajas miserables que caían de la estéril mesa de la vida media.

Mary Wollstonecraft llegó al mundo en un momento en que su sexo era esclavo: propiedad del padre mientras estaba en casa, y cuando se casaba, pasaba como una mercancía a su marido. Era un mundo extraño al que Mary entró el veintisiete de abril de 1759, pero no mucho más extraño que el nuestro. Pues mientras que la humanidad ha progresado sin duda desde ese momento memorable, Mary Wollstonecraft sigue siendo una pionera absoluta, muy por delante de nuestro propio tiempo.

Ella era una de muchos niños de una familia de clase media, y el cabeza de familia ejerció sus derechos como amo, tiranizando a su esposa y a los niños, y derrochando su capital en la vida ociosa y las fiestas. ¿Quién podría permanecer con él, el creador del universo? Como en muchas otras cosas, sus derechos han cambiado poco, desde los tiempos de su padre. La familia pronto se encontró en una necesidad extrema, pero ¿cómo unas niñas de clase media iban a ganarse la vida teniendo todos los caminos

cerrados? Sólo tenían una salida: el matrimonio. Probablemente, así lo entendió la hermana de Mary. Se casó con un hombre al que no amaba para escapar de la miseria de la casa de sus padres. Pero Mary estaba hecha de material diferente, un material tan finamente tejido que no podía encajar en un entorno tosco. Su intelecto vio la degradación de su sexo, y su alma —siempre al paso contra cada injusticia— se rebeló contra la esclavitud de la mitad de la especie humana. Decidió ponerse en pie. Su determinación se reforzó por su amistad con Fanny Blood, quien ya había dado el primer paso hacia la emancipación trabajando por su sustento. Pero incluso si no hubiera tenido a Fanny Blood como gran fuerza espiritual en su vida, y ni siquiera a causa del factor económico, Mary estaba destinada, por su propia naturaleza, a convertirse en iconoclasta de los falsos dioses, cuyos estándares el mundo le exigía obedecer. Era una rebelde innata, alguien que se hace a sí misma y no se somete a las formas establecidas.

Se ha dicho que la naturaleza utiliza una gran cantidad de material humano para crear un genio. Lo mismo vale para el verdadero rebelde, el verdadero pionero. Mary nació y no se formó a través de este o aquel incidente individual de su entorno. El tesoro de su alma, la sabiduría de la filosofía de su vida, la profundidad de su mundo de pensamiento, la intensidad de su lucha por la emancipación humana y, sobre todo, su indomable lucha por la liberación de su propio sexo, están, aún hoy, tan por delante de la comprensión media, que podemos considerarla como una rara excepción que la naturaleza crea una vez en un siglo. Como el halcón que remontó el cielo para contemplar al Sol y luego pagarlo con su vida, Mary drenó la copa de la tragedia, porque tal es el precio de la sabiduría.

Mucho se ha escrito y dicho acerca de esta maravillosa heroína del siglo XVIII, pero el tema es demasiado vasto y todavía está muy lejos de agotarse. El movimiento de la mujer de hoy, y especialmente el movimiento sufragista, encontrarían mucho

en la vida y la lucha de Mary Wollstonecraft que les mostraría que tener recursos propios es insuficiente como medio de liberar su sexo. Sin duda se ha logrado mucho desde que Mary estalló contra la esclavitud económica y política de las mujeres, pero ¿eso las ha hecho libres? ¿Ha agregado algo a la profundidad de su ser? ¿Ha traído alegría y gozo a su vida? La propia vida trágica de María demuestra que los derechos económicos y sociales para las mujeres no son suficientes, por sí solos, para llenar ni sus vidas, ni una vida profunda, ya se trate de un hombre o una mujer. No es cierto que el hombre profundo y bueno —y no me refiero al mero varón— difiera en gran medida de la mujer profunda y buena. Él también busca la belleza y el amor, la armonía y la comprensión. Mary se dio cuenta de que no debía limitarse a su propio sexo, sino exigir libertad para toda la humanidad.

Para hacerse económicamente independiente, Mary primero enseñó en una escuela y después aceptó un puesto como institutriz de los hijos mimados de una señora mimada, pero pronto se dio cuenta de que era incapaz de ser una sirvienta y de que debía cambiar a algo que le permitiera vivir, pero que al mismo tiempo no la arrastrara hacia abajo. Aprendió la amargura y la humillación de la lucha económica. Lo que le hacía lamentarse no era tanto la falta de comodidades externas, que mortificaban el alma de Mary, sino la falta de libertad interior que resulta de la pobreza y la dependencia: «Cómo se puede pretender ser amigo de la libertad sin ver que la pobreza es el mal más grande».

Afortunadamente para Mary y para las futuras generaciones, existía un raro espécimen humano, del que carecemos en el siglo XX: el atrevido y liberal editor Johnson. Fue el primero en publicar las obras de Blake, de Thomas Paine, de Godwin y de todos los rebeldes de su tiempo, sin tener en cuenta la ganancia material. También vio las grandes posibilidades de Mary y la contrató como revisora, traductora y colaboradora de su

periódico, *Analytical Review*. Pero hizo algo más. Se convirtió en su amigo y consejero más devoto. De hecho, ningún otro hombre en la vida de Mary fue tan leal, e intuitivo con su naturaleza difícil, como lo fue ese hombre poco común. Tampoco ella abrió nunca a nadie su alma tan incondicionalmente como lo hizo con él. Así escribe en uno de sus momentos analíticos:

> La vida no es más que una burla. Soy un extraño compuesto de debilidad y resolución. Ciertamente hay un gran defecto en mi mente, mi corazón rebelde crea su propia miseria. Por qué me he hecho así, no lo sé, y hasta que pueda formarme alguna idea sobre toda mi existencia, debo contentarme con llorar y saltar como un niño, anhelar un juguete y cansarme de él tan pronto como lo consigo. Cada uno de nosotros debe ponerse un gorro de bufón, pero el mío ha perdido los cascabeles y se ha vuelto tan pesado, que me parece intolerablemente molesto.

Que Mary escribiera a Johnson hablando de ese modo de sí misma, demuestra que tuvieron una hermosa camaradería. En cualquier caso, gracias a su amigo, encontró alivio de la terrible lucha. También encontró alimento intelectual. Las habitaciones de Johnson eran el punto de encuentro de la élite intelectual de Londres. Thomas Paine, Godwin, el doctor Fordyce, el pintor Fuseli, y muchos otros se reunían allí para discutir todos los grandes temas de su tiempo.

Mary entró en su esfera y se convirtió en el centro mismo de ese alboroto intelectual. Godwin relata que se organizó una velada para Thomas Paine, y que asistió para oírle, pero que en cambio tuvo que escuchar a Mary Wollstonecraft, pues debido a su capacidad para la conversación y todo lo demás en ella, se encontraba, inevitablemente, en el centro del escenario.

Así, Mary pudo elevarse a través del espacio, su espíritu alcanzaba grandes alturas. La oportunidad se presentó pronto. El antiguo líder del liberalismo inglés, el gran Edmund Burke, se entregó a sí mismo a un sermón sentimental contra la Revo-

lución Francesa. Había conocido a la bella María Antonieta y lloró su suerte a manos de los enfurecidos de París. Su sentimentalismo de clase media sólo vio la superficie en la más grande de todas las revueltas, y no los terribles agravios que el pueblo francés soportó antes de verse conducidos a sus actos. Pero Mary Wollstonecraft comprendió, y su respuesta al poderoso Burke, *Vindicación de los Derechos del Hombre*, es uno de los más poderosos alegatos a favor de los oprimidos y desheredados jamás hecho.

Estaba escrito con ardor, porque Mary había seguido intensamente la revolución. Su fuerza, su entusiasmo y, sobre todo, su lógica y su claridad de visión, demostraron que esta antigua maestra poseía un cerebro tremendo y un corazón profundo y apasionadamente palpitante. Que tal escrito emanara de una mujer era como la explosión de una bomba, inaudita hasta entonces. Conmocionó al mundo en general, pero Mary se ganó el respeto y afecto de sus contemporáneos masculinos. No tenían ninguna duda de que ella no sólo era su igual, sino que en muchos aspectos, era superior a la mayoría de ellos.

> Cuando te llames amigo de la libertad, pregúntale a tu propio corazón si no sería más coherente nombrarte defensor de la Propiedad, el adorador de la imagen de oro que el poder ha creado.
>
> ¡La seguridad de la propiedad! He aquí, en pocas palabras, la definición de la libertad inglesa. Pero sin esfuerzo, es sólo la propiedad de los ricos la que está segura, el hombre que vive gracias al sudor de su frente no tiene amparo de la opresión.

Pensemos en la maravillosa lucidez de una mujer de hace más de cien años. Incluso hoy en día, hay pocos entre nuestros llamados reformadores, ciertamente muy pocas entre las mujeres reformadoras, que vean con tanta claridad como este gigante del siglo XVIII. Comprendía muy bien que los meros cambios políticos no son suficientes y no golpean profundamente los males de la sociedad.

Mary Wollstonecraft sobre la pasión:

> Controlar la pasión no siempre es sabio. Por el contrario, parece que una de las razones por las que los hombres tienen un juicio superior y más fortaleza que las mujeres es indudablemente esto, que dan una mayor libertad a la gran pasión, y al perderse con más frecuencia, agrandan sus mentes.
>
> La embriaguez se debe a la falta de una mejor diversión en lugar de a la viciosidad innata, el crimen es a menudo el resultado de una vida de superabundancia.
>
> La misma energía que hace a un hombre un villano osado, le habría sido útil a la sociedad si la sociedad estuviera bien organizada.

Mary no sólo era una intelectual, sino que, como dice ella misma, poseía un corazón rebelde. Es porque anhelaba amor y afecto. Por lo tanto, era natural que se dejara llevar por la belleza y la pasión del pintor Fuseli, pero si fue porque él no le correspondió con su amor, o porque le faltó valor en el momento crítico, Mary se vio obligada a pasar por su primera experiencia de amor y dolor. Ciertamente no era la clase de mujer que se arrojaba al cuello de un hombre. Fuseli era un buen partido y fácilmente se dejó llevar por la belleza de ella. Pero tenía una esposa, y la presión de la opinión pública fue demasiado para él. Sea como fuere, Mary sufrió intensamente y huyó a Francia para escapar de los encantos del artista.

Los biógrafos son los últimos en entender su caso, o de lo contrario no habrían hecho tanta alharaca del *episodio* de Fuseli, porque no fue nada más. Si el bocazas de Fuseli hubiera sido tan libre como Mary para satisfacer su atracción sexual, ella probablemente se habría establecido en su vida normal. Pero carecía de valor y Mary, hambrienta de sexo, no pudo saciar fácilmente los sentidos despertados.

Sin embargo, sólo se requería un fuerte interés intelectual para llevarla de nuevo a sí misma. Y ese interés lo encontró en los agitados acontecimientos de la Revolución Francesa.

No obstante, ya antes del incidente con Fuseli, Mary había ampliado su *Vindicación de los Derechos del Hombre* con la *Vindicación de los Derechos de la Mujer*, un alegato para la emancipación de su sexo. Ella no hacía al hombre responsable de la esclavitud de la mujer. Mary era demasiado grande y demasiado universal para culpar a un solo sexo. Hizo hincapié en el hecho de que la mujer misma es un obstáculo para el progreso humano porque persiste en ser un objeto sexual en lugar de una personalidad, una fuerza creativa en la vida. Naturalmente, sostenía que el hombre ha sido tanto tiempo el tirano que se resiente de cualquier invasión en su dominio, y alegó que era tanto por él como por el bien de la mujer por lo que exigía libertad económica, política y sexual para las mujeres como única solución al problema de la emancipación humana.

> Las leyes relativas a las mujeres constituyen una unidad absurda de un hombre y su esposa, y luego, por el simple paso de considerarlo a él el único responsable, se reduce a una mera cifra.

Es indudable que la naturaleza fue muy pródiga cuando forjó a Mary Wollstonecraft. No sólo la dotó de un enorme cerebro, sino que le dio gran belleza y encanto. También le dio un alma profunda, tanto en la alegría como en el dolor. Estaba condenada a ser presa de más de un enamoramiento. Su amor por Fuseli pronto dio paso a un amor más terrible, más intenso, la mayor fuerza en su vida, que la arrojó como un desesperado, indefenso juguete, en las manos del destino.

La vida sin amor era inconcebible para un carácter como el suyo, y fue su búsqueda y anhelo de amor la que la arrojó contra la roca de la inconsistencia y la desesperación.

Mientras estaba en París, se encontró en la casa de Thomas Paine, donde había sido acogida como amiga, al vivaz, guapo y

elemental americano, Gilbert Imlay. Si no fuera por el amor de Mary por él, el mundo nunca hubiera sabido de este caballero. No es que él fuera ordinario, de lo contrario no podría haberlo amado con esa loca pasión que casi destrozó su vida. Se había distinguido en la guerra americana y había escrito una cosa o dos, pero en general, nunca había incendiado el mundo. Pero incendió a Mary y la mantuvo en trance por un tiempo considerable.

La misma fuerza de su amor ciego hacia él excluía la armonía, pero ¿es una cuestión de culpa en lo que respecta a Imlay? Él hizo todo lo que pudo, pero el hambre insaciable de amor de Mary nunca podría contentarse con un poco, de ahí la tragedia. Él era un vagabundo, un aventurero, un explorador en el territorio de los corazones femeninos. Estaba poseído por la pasión de viajar, no podía descansar en paz por mucho tiempo en ningún lugar. Mary necesitaba paz, también necesitaba lo que nunca había tenido en su familia, la tranquilidad y la calidez de una casa. Pero más que nada necesitaba amor, amor sin reservas y apasionado. Imlay no podía darle nada y el conflicto comenzó poco después de que el sueño loco hubiera pasado.

Al principio, Imlay se alejó de Mary bajo el pretexto de los negocios. No sería un estadounidense si descuidara su amor por el trabajo. Sus viajes lo llevaron, como dicen los alemanes, a otras ciudades y otros amores. Como hombre que ejercía su derecho, también tenía derecho a engañar a Mary. Lo que ella tuvo que soportar, sólo lo pueden apreciar aquellos que han conocido la tempestad.

A lo largo de su embarazo de la hija de Imlay [Fanny], Mary lloró por el hombre, le rogó y lo llamó, pero estaba ocupado. El pobre muchacho no sabía que toda la riqueza del mundo no podía compensar la fortuna del amor de ella. El único consuelo que encontró fue en su trabajo. Escribió *La revolución francesa* bajo la influencia misma de ese tremendo drama. Aguda como era en sus observaciones, vio más profundo que Burke

que bajo la terrible pérdida de vidas estaba el contraste aún más terrible entre la pobreza y la riqueza, y que todo el derramamiento de sangre sería en vano mientras esa desigualdad continuara. Así escribió:

> Si la aristocracia de nacimiento se nivelara con el suelo, sólo para dar cabida a la de las riquezas, me temo que la moral del pueblo no mejoraría con el cambio. Todo me susurra que se han cambiado los nombres, no los principios.

Cuando estuvo en París comprendió lo que había predicho en su ataque a Burke, que el demonio de la propiedad siempre ha estado atento para usurpar los derechos sagrados del hombre.

Incluso con todo su trabajo, Mary no podía olvidar su amor. Después de una lucha vana y amarga para traer a Imlay, intentó suicidarse. No lo consiguió, y para recuperar su fuerza se fue a Noruega en una misión para Imlay. Se recuperó físicamente, pero su alma estaba magullada y tenía cicatrices. Mary e Imlay se reconciliaron varias veces, pero sólo alargaron lo inevitable. Luego vino el golpe final. Mary supo que Imlay tenía otras aventuras y que la había estado engañando, no tanto por maldad como por cobardía.

Entonces dio el paso más terrible y desesperado: tras caminar durante horas se lanzó al Támesis para que se mojaran sus ropas y, así, ahogarse. Ah, las incoherencias, exclaman los críticos superficiales. ¿Pero lo fue?

En la batalla entre su intelecto y su pasión, Mary sufrió una derrota. Era demasiado orgullosa y demasiado fuerte para sobrevivir a un golpe tan terrible. ¿Qué más había para ella excepto morir?

El destino, que tantas bromas había jugado a Mary Wollstonecraft, lo quiso de otra manera. La devolvió a la vida y la esperanza, sólo para matarla a sus mismas puertas.

Encontró en Godwin, el primer representante del anarcocomunismo, una dulce y tierna camaradería, no del tipo salvaje,

primitivo, sino del tipo tranquilo, maduro, cálido, que calma, como una mano fría sobre una frente ardiente. Con él vivió de manera consecuente con sus ideas de libertad, separados pero compartiendo lo que podían el uno del otro.

Estaba a punto de ser madre otra vez, pero no con el estrés y el dolor de la primera vez, sino en paz y rodeada de bondad. Sin embargo, tan extraño es el destino, que tuvo que pagar con su vida el nacimiento de su hija, Mary Godwin. Murió el 10 de septiembre de 1797, con apenas treinta y ocho años. El confinamiento con su primera hija [Fanny], aunque las circunstancias eran más difíciles, fue un simple juego, o, como le escribió a su hermana, «una excusa para quedarme en la cama». Sin embargo, ese trágico tiempo reclamó a su víctima. Fanny Imlay murió de la muerte que su madre no pudo conseguir. Se suicidó ahogándose, mientras que Mary Wollstonecraft Godwin se convirtió en la esposa de la más dulce alondra de la libertad, Shelley.

Mary Wollstonecraft, el genio intelectual, la osada luchadora de los siglos XVIII, XIX y XX, Mary Wollstonecraft, la mujer y amante, estaba condenada al dolor a causa de la riqueza misma de su ser. A pesar de todos sus amores, estaba bastante sola, como toda gran alma debe estar —sin duda—, pues es el castigo de la grandeza.

Su coraje indomable en favor de los desheredados de la tierra la alejó de su propio tiempo, y creó en su ser la discordia que por sí sola explica su terrible tragedia con Imlay. Mary Wollstonecraft apuntaba a la cumbre más alta de las posibilidades humanas. Era demasiado sabia y demasiado mundana para no ver las discrepancias entre su mundo de ideales y su mundo de amor, causantes de que se quebrara la cuerda de su alma delicada y complicada.

Tal vez fue mejor para ella morir en ese momento concreto. Porque, quien ha saboreado alguna vez la locura de la vida nunca más podrá volver a adaptarse a la deriva uniforme. Hemos perdido mucho y sólo podemos reconciliarnos con lo que

nos dejó, y eso es mucho. Si Mary Wollstonecraft no hubiese escrito una línea, su vida habría servido para pensar. Pero nos dio ambas cosas, por lo tanto, se encuentra entre las más grandes del mundo, una vida tan profunda, tan rica, tan exquisitamente hermosa en su humanidad completa.

Voltairine De Cleyre[1]

Escrito en rojo[2]

Mantente en lo alto, ¡oh llama rugiente!
En lo alto hacia el cielo, donde todos puedan ver.
¡Esclavos del mundo! Nuestra causa es la misma;
Una es la inmemorial vergüenza;
Otra, la lucha, y en una palabra
—Humanidad— batallamos para liberarla.

Voltairine de Cleyre

LA PRIMERA VEZ QUE LA VI —la mujer anarquista más talentosa y brillante que Norteamérica había parido jamás— fue en Filadelfia, en agosto de 1893. Había ido a esa ciudad para dirigirme a los desempleados durante la gran crisis de ese año y estaba ansiosa por visitar a Voltairine, de cuya capacidad excepcional como conferenciante había oído hablar mientras me encontraba en Nueva York. La hallé enferma en la cama, con hielo en la

[1]. Publicado de forma privada por The Oriole Press, Berkeley Heights, New Jersey, 1932. Extraído de The Anarchist Library, que lo recuperó desde sunsite.berkeley.edu. Traducido por Concetta, de **Anarquismo en PDF**.

[2] El último poema de Voltairine de Cleyre.

cabeza, la cara llena de dolor. Supe que esto le sucedía después de cada aparición pública: tendría que acostarse durante días, en constante agonía por alguna enfermedad del sistema nervioso que había desarrollado en la primera infancia y que siguió empeorando con los años. No me quedé mucho tiempo en esta primera visita, debido al evidente sufrimiento de mi anfitriona, aunque trataba valientemente de esconder ante mí su dolor. Pero el destino juega extrañas bromas. En la tarde de ese mismo día, Voltairine de Cleyre, arrastrando su cuerpo frágil y sufriente a una sala abarrotada, sofocante, fue convocada para hablar en mi lugar. A petición de las autoridades de Nueva York, los protectores de la ley y el desorden en Filadelfia me capturaron cuando estaba a punto de entrar en el salón y me llevaron a la Estación de Policía de la Ciudad del Amor Fraterno.

La siguiente vez que la vi, yo estaba en la Penitenciaría de la Isla de Blackwell. Había venido a Nueva York para pronunciar su magistral discurso, *En defensa de Emma Goldman*[3] y sobre la libertad de expresión, y me visitó en la cárcel. Desde entonces y hasta el final, nuestras vidas y nuestro trabajo se encontraron, a veces armoniosamente, y a veces distanciados, pero ante mis ojos, Voltairine siempre se destacó como una personalidad contundente, una mente brillante, una ferviente idealista, una luchadora inquebrantable, devota y leal camarada. Pero su característica más fuerte era su extraordinaria capacidad para vencer la discapacidad física, un rasgo que le ganó el respeto incluso de sus enemigos y el amor y la admiración de sus amigos. Una clave de este poder en un cuerpo tan frágil se encuentra en su iluminador ensayo, *La Idea Dominante*[4]:

> Todo lo que vive, si se mira con atención, se limita a la línea de sombra de una idea —una idea, muerta o viva—, a veces es más fuerte cuando está muerta, con líneas rígidas e inquebrantables

[3] In *Defense of Emma Goldman* (1894).
[4] *The Dominant Idea* (*Mother Earth*, 1910).

que marcan la encarnación viva de la austera e inmóvil casta de los no-vivos. Diariamente nos movemos entre estas sombras inflexibles, menos permeables, más duraderas que el granito, marcadas con la oscuridad de las edades, dominando cuerpos vivos y cambiantes, con almas muertas e inmutables. Y también encontramos las almas vivientes que dominan los cuerpos moribundos —las ideas vivas que reinan sobre la decadencia y la muerte—. No imaginéis que solo hablo de la vida humana. El sello de la Voluntad persistente o cambiante es visible en la hoja de hierba arraigada en su terrón de tierra, como en la telaraña de un ser que flota y nada sobre nuestras cabezas en el mundo libre del aire.

Como una ilustración de la Voluntad persistente, Voltairine relata la historia de la enredadera *gloria de la mañana* que trepa por la ventana de su habitación:

...cada día vuelan y se encrespan con el viento, sus caras blancas, con rayas púrpura, haciendo guiños al sol, radiante vida trepadora. Entonces, de repente, sucedió una desgracia: alguna lombriz o algún niño travieso arrancaron una cepa de abajo, la más hermosa y prometedora, por supuesto. En pocas horas, las hojas colgaban flojas, el tallo flácido se marchitaba y empezaba a agostarse, y en un día todo estaba muerto, excepto la parte superior, que aún se aferraba con nostalgia a su soporte, con la brillante copa levantada. Lloré un poco por los capullos que ya no se abrirían, y compadecí a esa planta orgullosa cuyo trabajo en el mundo se había perdido. Pero a la noche siguiente hubo una tormenta, una fuerte tormenta, con lluvia torrencial y relámpagos cegadores. Me levanté para observar los destellos, ¡y he aquí, la maravilla del mundo! En la oscuridad de la medianoche, en la furia del viento y la lluvia, la enredadera muerta había florecido. Cinco flores blancas, de cara de luna, temblaban alegremente alrededor del esqueleto vegetal, brillando triunfantes ante el relámpago rojo... Y cada día, durante tres días, la vid muerta floreció; e incluso una semana después, cuando cada hoja estaba seca y marrón... un último capullo, enano, débil, una pequeña flor, pero aún blanca y delicada, con cinco manchas púrpuras, como las

de la parra viva de al lado, se abrió y se agitó hacia las estrellas, y esperó al sol temprano. Sobre la muerte y la decadencia, la Idea Dominante sonrió; la vid estaba en el mundo para florecer, para sostener las blancas flores-trompeta, manchadas de púrpura; y mantuvo su voluntad más allá de la muerte.

La Idea Dominante fue el *leitmotiv* de Voltairine de Cleyre a lo largo de su notable vida. A pesar de estar constantemente acosada por la mala salud, que mantenía su cuerpo cautivo y que al final la mató, la Idea Dominante la estimuló a realizar esfuerzos intelectuales cada vez mayores, elevándola a las alturas supremas de un ideal inspirado, y forzó su Voluntad para conquistar cada desventaja y obstáculo en su vida torturada. Una y otra vez, en días atroces de tormentos físicos, en períodos de desesperación y de duda espiritual, la Idea Dominante daba alas al espíritu de esta mujer, alas para elevarse sobre lo inmediato, contemplar una radiante visión de la humanidad y dedicarse a ello con todo el fervor de su alma intensa. Podemos vislumbrar en sus escritos el sufrimiento y la desdicha que fueron suyos durante toda su vida, particularmente en su inquietante historia, *Los dolores del cuerpo*[5]:

Nunca he querido nada más que lo que tienen las criaturas salvajes, una amplia ráfaga de aire limpio, un día para tumbarse en la hierba, sin nada que hacer sino deslizar las hojas a través de mis dedos, y mirar siempre que me apetezca toda la bóveda azul, y entre medias, la trama de verde y blanco; dejarme flotar y flotar durante un mes a lo largo de las crestas de sal y entre la espuma, o rodar con mi piel desnuda sobre una limpia, larga y soleada extensión de arena; comer lo que me gusta, directamente de la tierra fresca, y tiempo para probar su dulzura, y para descansar después; dormir cuando llegue el sueño y la quietud, que el sueño me abandone cuando deba, no antes... Esto es lo que quería, —esto, y el libre contacto con mis compañeros— ...no amar y mentir, y

[5] *The Sorrows of the Body*.

sentir vergüenza , sino amar y decir que amo, y alegrarme de ello; para sentir que me inundan las corrientes de diez mil años de pasión, cuerpo a cuerpo, como lo hacen las cosas salvajes. No he pedido más.

Pero no he aceptado. Sentada sobre mí está esa despiadada tirana, el Alma; y yo no soy nada. Me llevó a la ciudad, donde el aire es fiebre y fuego, y me dijo: «respira esto»; y aprendí. No puedo aprender en los campos vacíos; los templos están aquí, «quédate». Y cuando mis pobres y ahogados pulmones jadeaban hasta que parecía que mi pecho iba a estallar, el alma ha dicho, «entonces te concederé una hora o dos; pasearemos, tomaré mi libro y leeré mientras tanto».

Y cuando mis ojos hubieron llorado lágrimas de dolor por la breve visión de la libertad que se aleja, sólo para salir a buscar el gran verde y azul por una hora, después del prolongado y aburrido rojo pálido de las paredes, el alma ha dicho: «No puedo perder el tiempo; ¡Debo saber! Lee». Y cuando mis oídos imploraron por el canto de los grillos y la música de la noche, el alma ha respondido: «No, si prestas atención, los tintineos y silbidos y gritos son molestos; pero edúcate en escuchar a la voz espiritual, y nada importará...».

Cuando he mirado a mi especie, y he deseado abrazarla, salvajemente hambrienta de apresarla con mis brazos y labios, el alma me ordenó severamente, «¡para, vil criatura de deseos carnales! ¡Eterno reproche! ¿Me avergonzarás con tu bestialidad?»

Y siempre he cedido, muda, sin alegría, encadenada, he hollado el mundo de la elección del alma... Ahora estoy rota antes de mi hora, exangüe, insomne, jadeante, medio ciega, atormentada en cada articulación, temblando con cada hoja».

Sin embargo, aunque atormentada y deshecha, su vida vacía de la música, de la gloria del cielo y el sol, y rebelándose su cuerpo cada día contra la dueña tiránica, fue el alma de Voltairine quien venció: la Idea Dominante le dio fuerzas para seguir hasta el final.

Voltairine de Cleyre nació el 17 de noviembre de 1866 en la ciudad de Leslie, Michigan. Por parte de padre sus ancestros eran

franco-americanos, y puritanos por parte de madre. Llegó a sus tendencias revolucionarias por herencia; tanto su abuelo como su padre habían sido imbuidos de las ideas de la Revolución de 1848. Pero mientras su abuelo seguía siendo fiel a las influencias tempranas, ayudando, incluso en sus últimos días, a los esclavos fugitivos en su huida por los túneles subterráneos, su padre, Augusto de Cleyre, que había comenzado como librepensador y comunista, posteriormente volvió al redil de la Iglesia Católica y se convirtió en un ferviente devoto, como lo había sido en los días de su juventud. Tan grande había sido su entusiasmo por el libre pensamiento que, cuando nació su hija, la llamó Voltairine, en honor al reverenciado Voltaire. Pero cuando se retractó, se obsesionó con la idea de que su hija debía ser monja. Un factor que también pudo contribuir fue la pobreza de los Cleyre, por lo que los primeros años de la pequeña Voltairine no fueron nada felices. Pero incluso en su niñez mostraba poca preocupación por las cosas externas, absorta casi por completo en sus propias fantasías. Le fascinaba la escuela y cuando le negaron la admisión debido a su extrema juventud, lloró lágrimas amargas.

Sin embargo, pronto tomó su camino, y a los doce años se graduó en la escuela secundaria con honores y muy probablemente habría superado a la mayoría de las mujeres de su tiempo en erudición y aprendizaje, si no hubiera llegado la primera gran tragedia de su vida, una tragedia que rompió su cuerpo y dejó una cicatriz duradera en su alma. La metieron en un convento, muy en contra de la voluntad de su madre que, como miembro de la Iglesia Presbiteriana, luchó —en vano— contra la decisión de su marido. En el Convento de Nuestra Señora del Lago Huron, en Sarnia, Ontario, Canadá, comenzó el calvario de cuatro años que le harían rebelarse en el futuro contra la superstición religiosa. En su ensayo *The Making of an Anarchist* (1903) ella describe vívidamente el terrible calvario de esos años:

> ¡Cómo me compadezco de mí misma ahora, cuando lo recuerdo, pobre alma solitaria, luchando a solas en la oscuridad de la superstición religiosa, incapaz de creer, y sin embargo, temiendo a cada instante la condenación caliente, salvaje y eterna, si no profesaba y me confesaba al instante; qué bien recuerdo la amarga energía con la que rechacé a mi repelente profesora cuando me echó la culpa por algo y le dije que no quería disculparme porque no veía en qué me había equivocado y no sentiría mis palabras. «No es necesario —dijo— que debamos sentir lo que decimos, pero siempre es necesario obedecer a nuestros superiores». «No voy a mentir», respondí acaloradamente y temblando al mismo tiempo, por lo que mi desobediencia me condenó finalmente al tormento... fue como el Valle de las Sombras de la Muerte, y hay cicatrices blancas en mi alma, donde la ignorancia y la superstición me quemaron con su fuego del infierno en esos días sofocantes. ¿Soy blasfema? Son sus palabras, no mías. Al lado de esa batalla de mis días de juventud, todos los demás han sido fáciles, porque independientemente de lo externo, en mi interior mi Voluntad era suprema. Nunca debió lealtad, y nunca lo hará; ha avanzado constantemente en una dirección, el conocimiento y la afirmación de su propia libertad, recayendo toda la responsabilidad sobre ella.

Se resistió hasta el final e intentó escapar del odioso lugar. Cruzó el río hasta Port Huron y caminó diecisiete kilómetros, pero su casa estaba aún muy lejos. Hambrienta y agotada, tuvo que regresar a buscar refugio en la casa de unos conocidos de la familia. Éstos llamaron a su padre, que llevó a la muchacha de nuevo al convento.

Voltairine nunca habló de la penitencia que se le impuso, pero debió de ser desgarradora porque, como resultado de su vida monástica, su salud se desmoronó completamente cuando apenas había cumplido dieciséis años. Permaneció en la escuela del Convento hasta terminar sus estudios: la rígida autodisciplina y la perseverancia, que con tanta fuerza caracterizaban

su personalidad, ya destacaban en su niñez. Pero cuando finalmente se graduó de su espantosa prisión, estaba cambiada no sólo físicamente, sino también espiritualmente. «Luché por salir al fin», escribe, «y era una librepensadora cuando dejé la institución, aunque nunca había visto un libro ni oído una palabra que me ayudara en mi soledad».

Una vez fuera de su tumba en vida, enterró a su falso dios. En su hermoso poema, *El entierro de mi vida pasada*[6], canta:

> Y ahora, Humanidad, vuelvo a ti;
> ¡Consagro mi entrega al mundo!
> Perece el viejo amor, bienvenido el nuevo.
> ¡Amplio como los pasajes espaciales donde giran las estrellas!

Ávidamente se dedicó al estudio de la literatura de pensamiento libre, su mente alerta lo absorbía todo con facilidad. Pronto se unió al movimiento laico y se convirtió en una de sus figuras destacadas. Sus conferencias, siempre cuidadosamente preparadas (Voltairine despreciaba el discurso improvisado), estaban ricamente adornadas con un pensamiento original y eran brillantes en forma y presentación. Su discurso sobre Thomas Paine, por ejemplo, superó el intento similar de Robert Ingersoll con toda su oratoria florida.

Durante una convención conmemorativa de Paine, en alguna ciudad de Pennsylvania, Voltairine de Cleyre tuvo ocasión de oír a Clarence Darrow hablar sobre el socialismo. Era la primera vez que se le mostraba el aspecto económico de la vida y el sistema socialista de una sociedad futura. Por supuesto, sabía por propia experiencia que hay injusticia en el mundo. Pero aquí estaba alguien que podía analizar de manera magistral las causas de la esclavitud económica, con todos sus efectos degradantes sobre las masas; es más, era alguien que también podía delinear claramente un plan preciso de reconstrucción. La con-

[6] *The Burial of my Past self* (1885).

ferencia de Darrow fue como maná para la joven espiritualmente famélica. «Corrí a la conferencia —escribió más tarde— como quien ha estado girando en la oscuridad y corre hacia la luz; sonrío ahora por la rapidez con que adopté la etiqueta del "socialismo" y lo rápido que la deseché».

La desechó porque se dio cuenta de lo poco que conocía del fondo histórico y económico del socialismo. Su integridad intelectual la llevó a dejar de dar conferencias sobre el tema y comenzó a profundizar en los misterios de la sociología y la economía política. Pero, como el estudio serio del socialismo lleva inevitablemente a las ideas más avanzadas del anarquismo, su amor innato a la libertad no podía reconciliarse con las nociones del socialismo de Estado. En ese tiempo, escribió que había descubierto que «la libertad no es la hija, sino la madre del orden».

Durante varios años creyó haber encontrado una respuesta a su búsqueda de la libertad en la escuela anarcoindividualista representada por la publicación *Liberty*, de Benjamin R. Tucker, y en las obras de Proudhon, Herbert Spencer y otros pensadores sociales. Pero después abandonó todas las etiquetas económicas, llamándose simplemente anarquista, porque sentía que «únicamente la libertad y la experiencia pueden determinar las mejores formas económicas para la sociedad».

Su primer impulso hacia el anarquismo se despertó por el trágico suceso de Chicago, el 11 de noviembre de 1887. Al enviar a los anarquistas a la horca, el Estado de Illinois se jactó estúpidamente de haber matado también el ideal por el cual murieron esos hombres. ¡Qué error insensato, repetido constantemente por los que se sientan en los tronos de los poderosos! Los cuerpos de Parsons, Spies, Fisher, Engel y Lingg apenas se habían enfriado cuando ya había nacido una nueva vida para proclamar sus ideales.

Voltairine, como la mayoría de los norteamericanos, envenenada por la perversión de los hechos en la prensa de la época, al principio se unió al grito de: «¡Deberían colgarlos!». Pero

la suya era una mente inquisitiva, no del tipo que puede contentarse con las meras apariencias superficiales. Pronto llegó a lamentar su precipitación. En su primer discurso, con ocasión del aniversario del 11 de noviembre de 1887, Voltairine, siempre escrupulosamente honesta con ella misma, declaró públicamente cuán profundamente lamentaba haberse unido al grito de «¡Deberían colgarlos!». Cosa que, viniendo de alguien que ya no creía en la pena de muerte, parecía doblemente cruel.

> Nunca me perdonaré por esa sentencia ignorante, indignante y sedienta de sangre, —dijo—, aunque sé que los muertos me habrán perdonado. Pero mi propia voz, tal como sonaba aquella noche, resonará en mis oídos hasta que muera, con amargo reproche y vergüenza.

De la muerte heroica en Chicago, surgió una vida heroica, una vida consagrada a las ideas por las que esos hombres fueron condenados a muerte. Desde ese día hasta su fin, Voltairine utilizó su poderosa pluma y su gran dominio de la palabra en favor del ideal que había llegado a significar para ella la única razón de ser de su vida.

Estaba inusualmente dotada: como poeta, escritora, conferenciante y lingüista podría haber ganado fácilmente una alta posición en su país y el renombre que implica. Pero no era de las que comercian con su talento a cambio de una vida de lujo. Ni siquiera aceptaba las más simples comodidades para sus actividades en los diversos movimientos sociales a los que se dedicó. Insistió en organizar su vida de manera consecuente con sus ideas, en vivir entre la gente a la que trataba de enseñar e inspirar con valor humano, con un anhelo apasionado de libertad, y fuerza para luchar por ella. Esta vestal revolucionaria vivía como la más pobre entre los pobres, en un ambiente triste y miserable, agotando su cuerpo hasta el extremo, ignorando lo externo, sostenida sólo por la Idea Dominante que la conducía.

Como profesora de idiomas en los guetos de Filadelfia, Nueva York y Chicago, Voltairine tuvo una existencia miserable, y, a pesar de sus magros ingresos, mantuvo a su madre, consiguió comprar un piano a plazos (amaba la música con pasión y era una ejecutante hábil), y ayudó a otros más capaces que ella. Cómo lo hizo, ni siquiera sus amigos más cercanos lo sabían explicar. Nadie pudo desentrañar el milagro de la energía que le permitía, a pesar de su estado de debilidad y de una constante tortura física, dar lecciones durante catorce horas, siete días a la semana, contribuir a numerosas revistas y periódicos, escribir poesía y borradores, preparar y entregar conferencias que por su lucidez y belleza eran obras maestras. Un breve viaje por Inglaterra y Escocia en 1897, fue el único alivio a su trabajo cotidiano. Es cierto que no podría haber sobrevivido a semejante calvario durante tantos años, si no hubiera sido por la Idea Dominante que mantuvo firme su persistente Voluntad.

En 1902, un joven demente que había sido alumno de Voltairine, y que de algún modo elaboró la peculiar y aberrante idea de que ella era antisemita (¡ella que había dedicado la mayor parte de su vida a la educación de los judíos!), la acechó mientras regresaba de una lección de música. Al acercarse, sin darse cuenta del peligro inminente, él le disparó varias balas al cuerpo. Voltairine salvó la vida, pero los efectos de la conmoción y las heridas marcaron el comienzo de un espantoso purgatorio físico. Se vio afectada por un estruendo enloquecedor y constante en sus oídos. Solía decir que los ruidos más horribles de Nueva York eran armonía en comparación con el atronador golpeteo en sus oídos. Aconsejada por sus médicos de que un cambio de clima podría ayudarla, se fue a Noruega. Regresó aparentemente mejorada, pero no por mucho tiempo. La enfermedad la llevó de hospital en hospital, sometiéndose a varias operaciones, sin obtener alivio. Debió haber sido en uno de estos momentos de desesperación que Voltairine contempló el suicidio. Entre sus cartas, una joven amiga de Chicago en-

contró, mucho después de su muerte, una breve nota en los papeles de Voltairine, dirigida a nadie en particular, que contenía la desesperada resolución:

> Esta noche voy a hacer lo que siempre he querido hacer en el caso de que surgieran circunstancias que ahora han surgido en mi vida. Sólo me aflige que, por mi debilidad espiritual, no haya actuado según mis convicciones personales desde hace más tiempo, y permitir que me aconsejaran unos y me desaconsejaran otros. Me habría ahorrado un año de sufrimiento ininterrumpido y a mis amigos una carga que, por muy amablemente que la hayan soportado, ha sido inútil.
>
> De acuerdo con mis creencias acerca de la vida y sus propósitos, considero que el simple deber de cualquier persona afligida por una enfermedad incurable es cortar sus agonías. Si alguno de mis médicos me hubiera dicho la verdad cuando les pregunté, se podría haber evitado una larga y desesperada tragedia. Pero, obedeciendo lo que ellos llaman «ética médica», decidieron prometer lo imposible (la recuperación), a fin de mantenerme en el marco de la vida. Tal acción les permite justificarse ante sí mismos, por lo que considero que mentir es uno de los principales crímenes de la profesión médica.
>
> Que nadie sea injustamente acusado, deseo que se entienda que mi enfermedad es un catarro crónico de la cabeza, que ha mortificado mis oídos con un sonido incesante durante el pasado año. No tiene nada que ver con el tiroteo de hace dos años, y nadie es en modo alguno culpable.
>
> Deseo que mi cuerpo sea entregado al Colegio Hahnemann para ser usado para la disección; espero que el Dr. H. L. Northrop se encargue de ello. No quiero ceremonias, ni discursos. Yo muero como he vivido, un espíritu libre, una anarquista, que no debe ninguna lealtad a los gobernantes, celestiales o terrenales. Aunque me entristezca por el trabajo que quería hacer, que el tiempo y la pérdida de salud me impidió, me alegro de no haber vivido una vida inútil (salvo ésta del año pasado) y espero que el trabajo que hice viva y crezca con la vida de mis alumnos Y que ellos lo pasen a otros, al igual que yo transmití lo que recibí. Si mis com-

pañeros desean hacer algo por mi memoria, dejen que impriman mis poemas, los manuscritos, que están en posesión de N. N.[7], a quien dejo este último cometido de realizar mis pocos deseos.

Mis pensamientos moribundos están puestos en la visión de un mundo libre, sin la pobreza y su dolor, elevándose siempre hacia el conocimiento sublime.

Voltairine De Cleyre

No hay ninguna indicación en ninguna parte, de por qué, por lo general tan determinada, no llevó a cabo su intención. Sin duda fue otra vez la Idea Dominante; su Voluntad de vivir era demasiado fuerte.

En la nota que revela su decisión de acabar con su vida, afirma que su enfermedad no tuvo nada que ver con el tiroteo que ocurrió dos años antes. Su ilimitada compasión humana la movió a exonerar a su agresor, a pedir a sus camaradas que reunieran fondos para ayudar al joven, a rechazar hacerle procesar por el «debido proceso legal». Ella sabía, mejor que los jueces, la causa y efecto del crimen y el castigo. Y sabía que, en cualquier caso, el chico no era responsable. Pero el carro de la ley siguió adelante. El agresor fue condenado a siete años de prisión, donde pronto perdió la cabeza por completo, muriendo en un manicomio dos años después. La actitud de Voltairine hacia los delincuentes y su visión de la bárbara futilidad del castigo, se incluye en su brillante tratado *Crimen y Castigo*[8]. Después de un penetrante análisis de las causas del crimen, ella pregunta:

¿Alguna vez has visto la llegada del mar? ¿Cuando el viento sale rugiendo de la niebla y un gran trueno brama desde el agua?

[7] Natasha Notkin, emigrada rusa, activista, farmacéutica y amiga cercana de Voltairine, quien organizó, junto con otros, el grupo «Amigos de Voltairine de Cleyre» para ayudarle a pagar los gastos médicos. [N. de la T.].

[8] *Crime and Punishment* (1903).

¿Has visto cómo los leones blancos[9] se persiguen contra los muros, saltando con furia espumosa, mientras llenos de rabia golpean y se cazan entre las barras negras de su jaula para devorarse el uno al otro? ¿Y los desgarros? ¿Y saltar otra vez? ¿Alguna vez te has preguntado en medio de todo esto, qué gotas de agua golpearán la pared? Si uno pudiera conocer todos los hechos, se podría calcular incluso eso. Pero, ¿quién los puede conocer todos? Sólo estamos seguros de una cosa: algunas deben golpearla.

Esas gotas de agua que se arrojan y se rompen contra ese ridículo muro, son los criminales. Por qué esos en particular, no lo podemos saber; pero alguno tenía que ser. No los condenéis; ya lo habéis hecho bastante...

Y cierra su maravillosa exposición sobre criminología con este llamamiento:

Dejemos esta salvaje idea del castigo, carente de sabiduría. Trabajemos para liberar al hombre de la opresión que produce a los criminales, y para el tratamiento racional de los enfermos.

Voltairine de Cleyre comenzó su carrera pública como pacifista, y durante años se opuso severamente a los métodos revolucionarios. Pero los acontecimientos de Europa durante los últimos años de su vida, la Revolución Rusa de 1905, el rápido desarrollo del capitalismo en su país, con toda su crueldad, violencia e injusticia, y particularmente la Revolución Mexicana, cambiaron su visión de los métodos. Y como siempre, tras una lucha interior, vio la causa del cambio, y su gran naturaleza la obligaría a admitir libremente el error y a defender con valentía la nueva idea. Lo hizo en sus poderosos ensayos *Acción Directa* y *La Revolución Mexicana*[10]. Pero hizo más; asumió con fervor la pelea del pueblo mexicano que se sacudía su yugo; escribía, daba conferencias, recaudaba fondos para la

[9] Referencia poética a las olas encrespadas. [N. de la T.].
[10] *Direct Action* (*Mother Earth*, 1912) y *The Mexican Revolution* (*Mother Earth*, 1911-1912).

causa mexicana. Incluso se impacientó con algunos de sus compañeros, porque sólo vieron en los acontecimientos de la frontera estadounidense una fase de la lucha social y no una cuestión profunda a la que todo lo demás debía subordinarse. Yo estaba entre las más criticadas y también lo fue *Mother Earth*, la revista que publicaba. Voltairine me censuró a menudo por mi «derroche» de esfuerzo por llegar a la inteligencia norteamericana en vez de consagrar todos mis esfuerzos a los trabajadores, como lo hizo ella con tanto ardor. Pero, conociendo su profunda sinceridad, el celo religioso que marcaba todo lo que hacía, a nadie le importó su censura: seguimos amándola y admirándola. Se puede ver con cuánta profundidad sentía los males de México por el hecho de que comenzó a estudiar español, y había planeado ir a México para vivir y trabajar entre los indios yaquis y convertirse en una fuerza activa en la Revolución. En 1910, Voltairine se mudó de Filadelfia a Chicago, donde volvió a la enseñanza de inmigrantes; al mismo tiempo que daba conferencias, trabajaba en una historia de la llamada «revuelta de Haymarket», tradujo del francés la vida de Louise Michel, la sacerdotisa de la piedad y la venganza —como W. T. Stead llamó a la anarquista francesa— y otras obras relacionadas con el anarquismo de escritores extranjeros. En constante agonía por su terrible aflicción, sabía muy bien que la enfermedad la llevaría rápidamente a la tumba. Pero soportó su dolor estoicamente, sin dejar que sus amigos conocieran la invasión que la enfermedad estaba causando en su constitución. Luchó por la vida con valentía, con infinita paciencia y dolores, pero en vano. La infección penetró gradualmente más profundo y, finalmente, desarrolló una mastoiditis que requirió una operación inmediata. Podría haberse recuperado si el veneno no se hubiera extendido al cerebro. La primera operación dañó su memoria; no podía recordar nombres, ni siquiera de los amigos más cercanos que la atendían. Era casi seguro que una segunda operación, si hubiera podido sobrevivir a ella,

la habría dejado sin la capacidad de hablar. Pronto, la Muerte sombría hizo innecesario todo experimento científico sobre su tan torturado cuerpo. Murió el 6 de junio de 1912. Descansa en el cementerio de Waldheim, cerca de la tumba de los anarquistas de Chicago, y cada año, un gran número de personas viajan hasta allí para rendir homenaje a la memoria de los primeros mártires anarquistas de América, y recuerdan cariñosamente a Voltairine de Cleyre.

Los hechos físicos desnudos de la vida de esta mujer única no son difíciles de registrar. Pero no son suficientes para aclarar los rasgos que se combinaban en su carácter, las contradicciones de su alma, las tragedias emocionales en su vida. Pues, a diferencia de otros grandes rebeldes sociales, la carrera pública de Voltairine no fue muy rica en eventos. Es cierto que tuvo algunos conflictos con los poderes, que fue expulsada del estrado por la fuerza en varias ocasiones, arrestada y juzgada en otras, pero nunca condenada. En general, sus actividades continuaron relativamente sin problemas y sin perturbaciones. Sus luchas eran de naturaleza psicológica, sus amargas decepciones tenían sus raíces en su propio ser extraño. Para entender la tragedia de su vida, uno debe tratar de rastrear sus causas inherentes. Voltairine misma nos ha dado la clave de su naturaleza y conflictos internos. En muchos de sus ensayos y, específicamente, en sus bosquejos autobiográficos. En *The Making of an Anarchist* conocemos, por ejemplo, que si ella intentara explicar su anarquismo por la vía ancestral de la rebelión, sería, aunque en el fondo sus convicciones eran temperamentales, «un error desconcertante en la lógica; pues por influencias tempranas y educación, debí haber sido una monja, y pasé mi vida glorificando a la Autoridad en su forma más concentrada».

No hay duda de que los años en el convento no sólo socavaron su físico, sino que también tuvieron un efecto duradero sobre su espíritu; mataron en ella los motivos para la alegría y el regocijo. Sin embargo, debió tener una tendencia inherente

al ascetismo, porque incluso cuatro años en una tumba viviente no podrían haber puesto una mano tan aplastante sobre su vida entera. Toda su naturaleza era la de un asceta. Su enfoque de la vida y los ideales era el de los santos de antaño que flagelaban sus cuerpos y torturaban sus almas para la gloria de Dios. Figurativamente hablando, Voltairine también se flageló, como en penitencia por nuestros Pecados Sociales; cubría su pobre cuerpo con ropas desgarbadas y se negaba incluso a las alegrías más simples, no sólo por falta de medios, sino porque hacer lo contrario habría ido en contra de sus principios.

Por supuesto, todo movimiento social y ético ha tenido sus ascetas; la diferencia entre ellos y Voltairine era que no adoraban a otros dioses y no tenían necesidad de ninguno, con excepción de su ideal particular. No fue así para Voltairine. Con toda su devoción a sus ideales sociales, tenía otro dios: el dios de la Belleza. Su vida era una lucha incesante entre los dos; el asceta ahogaba con determinación su anhelo de belleza, pero el poeta que había en ella la anhelaba con determinación, adorándola en total abandono, sólo para ser arrastrada por el asceta hacia la otra deidad, su ideal social, su devoción a la humanidad. No tuvo ocasión de combinar los dos; de ahí la lacerante lucha interna.

La naturaleza fue muy generosa con Voltairine, dotándola de una mente singularmente brillante, con un alma rica y sensible. Pero le fue negada la belleza física y la atracción femenina, cuya falta se hizo más evidente por la mala salud y su aborrecimiento del artificio. Nadie lo sentía con más fuerza que ella misma. De la angustia por su falta de encanto físico habla en su esbozo autobiográfico *La recompensa de una apóstata*[11]:

> ...¡Oh, que mi dios no quiere nada de mí! ¡Este es un viejo dolor! Mi dios era la Belleza, y yo soy grotesca, y siempre lo fui. No hay gracia en estos rígidos miembros míos, ni la tuve nunca. Yo,

[11] *The Reward of an Apostate* (1912).

para quien la gloria de un ojo brillante era como el resplandor de las estrellas en un pozo profundo, sólo tengo ojos apagados y descoloridos, y siempre lo han sido; el labio y la barbilla cincelados sobre los que corre el resplandor de la vida en destellos burbujeantes, la copa de vino vivo, nunca fue mía para probar o besar. Soy de color tierra y por mi propia fealdad me siento en las sombras, que la luz del sol no me vea, ni la amada de mi dios. Pero, una vez, en mi rincón oculto, tras una cortina de sombras, parpadeé ante la gloria del mundo, y tuve la alegría que sólo los feos conocen, sentados en silencio y adorando, olvidándose y olvidados. Aquí brillaba en mi cerebro el resplandor del sol moribundo sobre la orilla, la larga línea entre la arena y el mar, donde la resbaladiza espuma se incendió y se quemó hasta morir...

Aquí, en mi cerebro, mi silencioso y oculto cerebro, estaban los ojos que amaba, los labios que no me atrevía a besar, la cabeza esculpida y el cabello suelto. Estaban siempre aquí, en mi casa de las maravillas, mi casa de Belleza. El templo de mi dios. Cerré la puerta a la vida común y adoré aquí. Y ninguna cosa brillante, viva y voladora, en cuyo cuerpo mora la belleza como un huésped, puede adivinar el gozo extático de una criatura marrón, silenciosa, una cosa-sapo, agazapada en el suelo sombrío, suprimida, inmóvil, conmovida por la presencia de Toda la Belleza, aunque no tome parte en ella.

Esto se complementa con una descripción de su otro dios, el dios de la fuerza física, el hacedor y rompedor de las cosas, el que remodela el mundo. Ahora ella lo seguía y correría a la par porque lo amaba así:

No con ese éxtasis de alegría [inundación] con que mi propio dios me llenó de vejez, sino con impetuosos y anhelantes fuegos, que ardían y golpeaban todos mis hilos de sangre. «Te amo, ámame otra vez», grité, y me habría arrojado a su cuello. Luego se volvió hacia mí con un golpe despiadado; y huyó por el mundo, dejándome lisiada, herida, impotente, con un dolor feroz que me atravesaba las venas, ¡ráfagas de dolor! Y volví a mi vieja caverna,

tropezando, ciega y sorda, sólo por la visión atormentadora de mi vergüenza y por el rumor de la sangre febril.

He hecho citas extensas porque este esbozo es simbólico de las tragedias emocionales de Voltairine, y singularmente autorevelador de las luchas que silenciosamente lidió contra el sino que le dio tan poco de lo que más anheló. Sin embargo, tenía su propio encanto peculiar, mostrándose muy agradable cuando le provocaban algún mal, o cuando su pálido rostro se iluminaba con el fuego interior de su ideal. Pero los hombres que entraron en su vida raramente lo notaron; estaban demasiado intimidados por su superioridad intelectual, que les hacía quedarse por un tiempo. Pero su alma hambrienta anhelaba más que una mera admiración, que los hombres no tenían ni la capacidad ni la gracia de dar. Cada uno a su manera «se volvió contra ella con un golpe despiadado», y la dejó desolada, solitaria, con hambre de corazón.

La derrota emocional de Voltairine no es un caso excepcional; es la tragedia de muchas mujeres intelectuales. La atracción física siempre ha sido, y sin duda siempre será, un factor decisivo en la vida amorosa de dos personas. La relación sexual entre los pueblos modernos ciertamente ha perdido gran parte de su anterior grosería y vulgaridad. Sin embargo, sigue siendo un hecho hoy, como lo ha sido durante siglos, que los hombres se sienten atraídos principalmente, no por el cerebro de una mujer o sus talentos, sino por su encanto físico. Eso no implica necesariamente que prefieran que la mujer sea estúpida. Significa, sin embargo, que la mayoría de los hombres prefieren la belleza al cerebro, tal vez porque a la manera típica masculina, los hombres se adulan a sí mismos diciendo que no necesitan belleza en lo referente a su constitución física, y que tienen suficiente cerebro para no tener que buscarlo en sus esposas. En todo caso, ha sido la tragedia de muchas mujeres intelectuales.

Hubo un hombre en la vida de Voltairine que la quiso por la belleza de su espíritu y la calidad de su mente, y que siguió siendo una fuerza vital en su vida hasta su propio triste final. Este hombre era Dyer D. Lum, el camarada de Albert Parsons y su coeditor en *The Alarm* —el periódico anarquista publicado en Chicago antes de la muerte de Parsons—. Sabemos lo mucho que su amistad significó para Voltairine por su hermoso homenaje a Dyer D. Lum en su poema *In Memoriam*[12], del que cito la última estrofa:

> ¡Oh, vida, te amo por el amor de él
> Quien me mostró toda tu gloria y tu dolor!
> «Hasta el Nirvana» —así cantan los tonos profundos—
> Y allí —y allí—seremos—uno—de—nuevo.

Medida por la vara común, Voltairine de Cleyre era normal en sus sentimientos y reacciones. Afortunadamente, los grandes del mundo no pueden ser evaluados en números y escalas; su valor radica en el significado y el propósito que dan a la existencia, y Voltairine sin duda ha enriquecido la vida con significado y nos ha dado como propósito el sublime idealismo. Pero, como estudio de las complejidades humanas, ofrece un material rico. La mujer que se consagró al servicio de los sumergidos, realmente experimentó una agonía aguda ante la visión del sufrimiento, ya fuera de los niños o de los animales (estaba obsesionada por el amor a estos últimos y daba refugio y alimento a cada gato y perro callejeros, incluso hasta el punto de romper con una amiga, porque ella se oponía a que sus gatos invadieran todos los rincones de la casa), la mujer que amaba a su madre con devoción, manteniéndola a costa de sus propias necesidades, —esta compañera generosa, cuyo corazón se abría a todos los que sentían dolor o tristeza, estaba casi completamente carente de instinto materno—. Tal vez nunca tuvo la opor-

[12] *In Memoriam* (9 de abril de 1893).

tunidad de afirmarse en una atmósfera de libertad y armonía. Al único niño que trajo al mundo no lo había buscado. Voltairine estuvo enferma de muerte durante todo el embarazo, el nacimiento de su hijo casi le cuesta la vida. Su situación se agravó por la ruptura que se produjo en ese momento en su relación con el padre del niño. El sofocante ambiente puritano en el que vivían los dos no sirvió para mejorar las cosas. Todo ello dio lugar a que el pequeño cambiase frecuentemente de un lugar a otro, y que más tarde, incluso el padre lo usara como arma para obligarla a regresar con él. Posteriormente, privada de la oportunidad de ver a su hijo, ignorando incluso su paradero, poco a poco se alejó de él. Pasaron muchos años antes de que volviera a ver al muchacho y él tenía entonces diecisiete años. Sus esfuerzos para mejorar su educación tan descuidada fueron un fracaso. Eran extraños el uno para el otro. Es natural que, tal vez, su hijo se sintiera como la mayoría de los hombres en su vida; también se sintió abrumado por su intelecto, repelido por su modo austero de vivir. Siguió su camino. Hoy él es, probablemente, como la mayoría de los norteamericanos, banal y aburrido.

Sin embargo, Voltairine amaba a la juventud y la entendía como pocos adultos. En concreto, escribió a un joven amigo sordo, con quien era difícil conversar oralmente:

> ¿Por qué dices que te alejas cada vez más de los seres queridos? No creo que tu experiencia a este respecto se deba a tu sordera; sino a que la vida te inunda. Todas las criaturas jóvenes sienten que llega el momento en que una nueva oleada de vida los supera, los conduce hacia adelante, no saben dónde. Y pierden el asidero de la cuna de la vida, y el amor de los padres, y casi se ahogan en las fuerzas que les presionan. E incluso si oyen, se sienten confusos, inquietos, en busca de algo definitivo por venir.
>
> Te parece que es tu sordera; pero mientras que eso es una cosa terrible, no debes pensar que resolverías el problema de la soledad si pudieras oír. Sé cómo debe luchar tu alma contra la

inevitabilidad de tu privación; yo tampoco podría estar satisfecha y resignarme a lo «inevitable». Yo también luché cuando era inútil y no había esperanza. Pero la causa principal de la soledad es, como digo, la inundación de la vida, que con el tiempo encontrará su propia expresión.

Conocía bien «la inundación de la vida» y la tragedia de la vana búsqueda de una salida, pues en Voltairine había sido suprimida tanto tiempo que rara vez podía darle rienda suelta, salvo en sus escritos. Temía la «compañía» y las multitudes, aunque se sentía en casa en la tribuna; redujo la proximidad. Su reserva y su aislamiento, su incapacidad para romper el muro levantado durante años de silencio en el convento, y los años de enfermedad, se revelan en una carta al joven con el que se carteaba:

La mayor parte del tiempo rehúyo a las personas y evito hablar —especialmente hablar—. Con excepción de unos pocos —muy pocos—, odio sentarme en compañía de la gente. Ya ves que (por una serie de razones que no puedo explicar a nadie) he tenido que irme lejos de la casa y los amigos donde viví durante veinte años. Y no importa cuán buenas sean las otras personas para mí, nunca me siento en casa en ningún lugar. Me siento como una criatura perdida o errante que no tiene un sitio, y no encuentro ninguna razón para quedarme en casa. Y por eso no hablo mucho contigo ni con otros (excepto los dos o tres que conocí en el Este). Siempre estoy lejos. No puedo ayudar. Soy demasiado vieja para aprender el gusto por nuevos rincones. Incluso en casa nunca hablaba mucho, sólo con una o dos personas. Lo siento. No es que quiera ser hosca, pero no puedo soportar la compañía. ¿No has notado que nunca me gusta sentarme a la mesa cuando hay extraños? Y empeora con el tiempo. No te preocupes.

Sólo en raras ocasiones pudo Voltairine comunicarse libremente, ofrecer su alma rica a aquellos que la amaban y la entendían. Era una observadora aguda de la especie humana y sus

caminos, detectando rápidamente la farsa y capaz de separar el trigo de la paja. Sus comentarios en esas ocasiones estaban llenos de penetración, mezclados con un humor tranquilo y vibrante. Solía contar una interesante anécdota sobre algunos detectives que habían venido a arrestarla. Fue en 1907, en Filadelfia, cuando los guardianes de la ley llegaron a su casa. Se sorprendieron mucho al descubrir que Voltairine no se parecía al tradicional anarquista de periódico. Parecían arrepentirse de arrestarla, pero eran «sus órdenes»; se disculparon. Hicieron una búsqueda en su apartamento, dispersando sus papeles y libros y, finalmente, descubriendo una copia de sus poemas revolucionarios titulada *The Worm Turns*[13]. Lo arrojaron con desprecio a un lado. «Demonios, sólo trata de gusanos», comentaron.

Fueron raros los momentos en que pudo superar su timidez y reserva, y sentirse realmente como en casa con unos cuantos amigos seleccionados. Normalmente, su natural disposición, agravada por el constante dolor físico, y el rugido ensordecedor en sus oídos, la hacían taciturna y extremadamente poco comunicativa. Era sombría, las pesadillas del mundo pesaban sobre ella. Vio la vida principalmente en grises y negros y así la pintó. Fue esto lo que impidió que se convirtiera en una de las más grandes escritoras de su tiempo.

Pero nadie que pueda apreciar la calidad literaria y la prosa musical negará la grandeza de Voltairine de Cleyre después de leer las historias y bocetos ya mencionados y los contenidos en la selección de sus obras[14]. En particular, su *Chain Gang*, describiendo los trabajos en las carreteras del sur de los esclavos negros condenados, es por su belleza de estilo, sentimiento y poder descriptivo, una joya literaria que tiene pocos iguales en

[13] *The Worm Turns* (1900).

[14] *Selected Works by Voltairine de Cleyre*, editado por Alexander Berkman y publicado por *Mother Earth* Publishing Association, New York, 1914.

la literatura inglesa. Sus ensayos son más contundentes, de extrema claridad de pensamiento y expresión original. E incluso sus poemas, aunque un poco anticuados en la forma, tienen un rango más alto que mucho de lo que ahora pasa por ser poesía.

Sin embargo, no creía en el «arte por el arte». Para ella el arte era el medio y el vehículo para expresar la vida en su flujo y reflujo, en todos sus aspectos duros para quienes trabajan y sufren, que sueñan con la libertad y dedicar sus vidas a lograrlo. Sin embargo, más importante que su arte era la propia vida de Voltairine, un heroísmo supremo movido e impulsado por su siempre presente Idea Dominante.

El profeta es un extraño en su propia tierra. El más extraño es el profeta norteamericano. Pregúntale a cualquiera sobre lo que sabe de los grandes hombres y mujeres de su país, las almas superiores que dan vida a la inspiración y la belleza, los maestros de nuevos valores. No podrá nombrarlos. ¿Cómo, entonces, podría conocer el maravilloso espíritu que nació en alguna oscura ciudad del estado de Michigan y que vivió en la pobreza toda su vida, pero que por pura fuerza de voluntad salió de una tumba viva, despejó su mente de la oscuridad de la superstición, volvió su rostro al sol, percibió un gran ideal y lo llevó con determinación a todos los rincones de su tierra natal? Todo el mundo se siente más cómodo cuando no hay nadie que perturbe su tristeza. Pero los pocos que también tienen almas doloridas, que anhelan la amplitud y la visión, necesitan conocer a Voltairine de Cleyre. Necesitan saber que el suelo norteamericano a veces produce plantas exquisitas. Tal conocimiento será alentador. Para ellos he escrito este bosquejo, para ellos resucitamos espiritualmente a Voltairine —por así decirlo—, cuyo cuerpo reside en Waldheim, como la poeta-rebelde, la artista amante de la libertad, la mujer anarquista más grande de Norteamérica. Pero más gráfico que cualquier descripción mía, son sus propias palabras en el capítulo final de *The Ma-*

king of an Anarchist, que expresan la verdadera personalidad de Voltairine de Cleyre:

> Los buenos satíricos a menudo comentan que «la mejor manera de curar a un anarquista es darle una fortuna». Sustituyendo «cura» por «corrupto», yo me suscribiría a esto; y creyendo que no soy mejor que el resto de los mortales, espero sinceramente que mi trabajo siga como hasta ahora, y trabajar duro, y sin riqueza, para continuar hasta el fin; para mantener la integridad de mi alma, con todas las limitaciones de mis condiciones materiales, en lugar de convertirme en una creación menos espinosa y menos idealista de necesidades materiales. Mi recompensa es vivir con los jóvenes; sigo el paso a mis compañeros; moriré en el alambre con mi rostro hacia el Este —el Oriente y la Luz—.

Louise Michel:
Había alma y juventud en sus ojos[1]

UNO DE MIS OBJETIVOS al visitar Inglaterra era conocer a las destacadas personalidades del movimiento anarquista... A Louise Michel me la encontré casi inmediatamente después de mi llegada. Los compañeros franceses con los que me alojé habían organizado una recepción para mi primer domingo en Londres. Desde que había leído sobre la Comuna de París, su glorioso comienzo y su terrible final, Louise Michel se había destacado por su amor sublime a la humanidad, grandiosa en su celo y coraje. Era angulosa, flaca, envejecida antes de tiempo (tenía solo 62 años) pero había alma y juventud en sus ojos, y una sonrisa tan suave que inmediatamente ganó mi corazón.

Esta era, pues, la mujer que había sobrevivido al salvajismo de la respetable muchedumbre de París. Su furia ahogó la Comuna en la sangre de los obreros y esparció miles de muertos y heridos por las calles de París. Sin poder ser apaciguada, también alcanzó a Louise. Había cortejado a la muerte una y otra vez; en las barricadas de Pere Lachaise, la última posición de los comuneros, Louise eligió la posición más peligrosa. En el tribunal exigió el mismo castigo que se les había impuesto a sus camaradas, despreciando la clemencia por motivos de sexo. Moriría por la causa.

---

[1] De Emma Goldman, *Living my Life* (New York: AMS Press, 1970). Traducido por Concetta, de **Anarquismo en PDF**.

Ya fuera por temor o admiración por esta heroica figura, la burguesía asesina de París no se atrevió a matarla. Prefirieron condenarla a una muerte lenta en Nueva Caledonia. Pero calcularon mal la fortaleza de Louise Michel, su devoción y capacidad para consagrarse a sus compañeros enfermos. En Nueva Caledonia se convirtió en la esperanza y la inspiración de los exiliados. En la enfermedad cuidaba sus cuerpos; en la depresión animó sus espíritus. La amnistía de los comuneros la llevó de regreso a Francia con los demás. Se encontró siendo aclamada como ídolo de las masas francesas. La adoraban como Madre Louise, *bien aimée*. Poco después de su regreso del exilio, encabezó una manifestación de desempleados a la Explanada de los Inválidos. Miles estaban sin trabajo y con hambre desde hacía tiempo. Louise llevó la procesión a las panaderías, por lo que fue arrestada y condenada a cinco años de prisión. En el tribunal defendió el derecho al pan del hombre hambriento, incluso si tiene que «robarlo». El mayor golpe que recibió en el juicio no fue la sentencia, sino la pérdida de su querida madre. La amaba con un afecto ferviente y declaró que no tenía nada más por lo que vivir excepto la revolución. En 1886 se le concedió el perdón, pero se negó a aceptar ningún favor del Estado. Tuvieron que sacarla a la fuerza de la prisión para ser puesta en libertad.

Durante un gran mitin en Le Havre alguien disparó dos veces a Louise mientras estaba hablando en el estrado. Una bala atravesó su sombrero; la otra le dio detrás de la oreja. Aunque la operación que le hicieron fue muy dolorosa, no se quejó en ningún momento. En vez de eso, se lamentó por sus pobres animales que estaban solos en sus habitaciones, y por las molestias que la demora causaría a su amiga que la esperaba en la ciudad vecina. El hombre que casi la mató había sido inducido por un sacerdote a cometer el acto, pero Louise hizo todo lo posible para que fuera liberado. Persuadió a un famoso abogado para que defendiera a su agresor y ella misma apareció en el

juicio para suplicar al juez en su favor. En concreto, su simpatía se despertó por la joven hija del hombre, pues no podía soportar verla huérfana cuando el hombre fue enviado a prisión. Su postura no dejó de influir incluso en su fanático asaltante.

Después Louise iba a participar en una gran huelga en Vienne, pero fue arrestada en la Estación de Lyon cuando estaba a punto de subir al tren. El miembro del gabinete responsable de la masacre de los obreros en Fourmies veía en Louise una fuerza formidable que había intentado aplastar en varias ocasiones. Ahora exigió su traslado de la cárcel a un manicomio con el fundamento de que estaba loca y era peligrosa. Este plan diabólico indujo a sus camaradas a persuadirla para que se trasladara a Inglaterra.

Los vulgares papeles franceses siguieron pintándola como una bestia salvaje, como la «Vierge Rouge» (La Virgen Roja), sin ninguna cualidad o encanto femenino. El más decente escribió sobre ella con el corazón en un puño. La temían, pero también la veían como alguien que estaba muy por encima de sus almas y corazones vacíos. Mientras me hallaba sentada cerca de ella en nuestra primera reunión, me preguntaba cómo alguien podría dejar de encontrarle encanto. Es cierto que le importaba poco su apariencia. De hecho, nunca había visto a una mujer tan poco preocupada por su aspecto. Su vestido era viejo, su sombrero antiguo. Todo lo que llevaba estaba mal ajustado. Pero todo su ser se iluminaba con una luz interior. Uno sucumbía rápidamente al hechizo de su radiante personalidad, tan irresistible en su fuerza, tan emocionante en su simplicidad infantil. La tarde con Louise fue una experiencia diferente a todo lo que me había ocurrido hasta entonces en mi vida. Su mano en la mía, su tierna presión en mi cabeza, sus palabras de cariño y estrecha camaradería, hicieron que mi alma se expandiera, extendiéndose hacia las esferas de la belleza donde ella habitaba.

Epílogo

El pensamiento anarcofeminista de Emma Goldman[1]

por Bruna Bianchi

El mito de Emma Goldman

En las últimas décadas se han dedicado a Emma Goldman numerosos escritos; se trata principalmente de estudios de carácter biográfico[2], llenos de una profunda admiración por su apasionado activismo, su temperamento indomable, la audacia de sus empresas sobre el control de la natalidad y el amor libre, el rigor de su lucha contra el reclutamiento militar y la guerra, el enorme precio pagado por sus ideas. A partir de ese enfoque la mayor parte de los autores ha seguido el camino trazado por la misma Emma Goldman en su autobiografía *Viviendo mi vida* (*Living My Life*), la heroica aventura de una mujer judía, inmigrada y anarquista que supo adherir su propia vida a sus propios ideales.

> El brazo de la autoridad siempre ha interferido en mi vida. Si he continuado expresándome libremente, ha sido a pesar de todas las limitaciones y dificultades que se han cruzado en mi camino [...]. En esto no me encuentro para nada sola. El mundo ha dado a la humanidad figuras heroicas que frente a la persecución y a la injuria han vivido y han luchado por sus derechos y por el derecho del género humano a una libre e ilimitada expresión[3].

Ya en los años treinta Emma Goldman se había convertido en una figura mítica, un ícono, el símbolo de la fuerza anarquista.

En raras ocasiones los estudios han puesto en discusión un mito que, sin embargo, ha oscurecido durante largo tiempo la complejidad y la radicalidad del pensamiento de Emma Goldman. La activista apasionada y la rebelde han dejado en segundo plano a la pensadora. Carente de una verdadera creatividad intelectual, frecuentemente excluida tanto de los estudios generales sobre el anarquismo como de aquellos sobre feminismo, Emma ha sido descrita como una divulgadora de las teorías de los demás, en particular de Bakunin y de Kropotkin. «Ella no fue en absoluto una pensadora política y social relevante»[4]. Este juicio, expresado en 1961 por Richard Drinnon en *Rebel in Paradise*, se retomó constantemente en los años sucesivos. Al perpetuar una concepción consolidada en la historia del pensamiento político que contrapone la vida emocional y el pensamiento, la mayor parte de los estudiosos ha subestimado la contribución de la anarquista rusa en el plano teórico. Por lo tanto no sorprende que hayan sido sobre todo las estudiosas feministas, con la convicción de que la experiencia existencial enriquece e ilumina el pensamiento, las primeras en considerar la filosofía política y social de Emma Goldman digna de atención[5]. El renovado interés por sus escritos se manifestó a partir de los años setenta bajo el impulso del movimiento feminista, del levantamiento estudiantil y del movimiento contra la guerra[6]. «En la era del "haz el amor, no la guerra" —recuerda Candance Falk— mis coetáneas y yo devorábamos *Viviendo mi vida*, como si se hubiera escrito para nosotras»[7].

Las biografías de Candance Falk y de Alice Wexler, considerando la autobiografía no sólo como fuente, sino como un acontecimiento de la vida, tomando en cuenta las cartas inéditas, llenando los silencios sobre los aspectos más tortuosos de la vida íntima, trazaron un perfil más complejo y profundo de la perso-

nalidad de Emma Goldman y contribuyeron al desarrollo de los estudios[8].

Las investigaciones recientes han resaltado la riqueza de su formación cultural y teórica que, además de los anarquistas europeos, del individualismo de Nietzsche[9], Stirner e Ibsen, destaca a los autores estadounidenses de la tradición radical de la resistencia a la autoridad. Al fundir su pensamiento con el de Ralph Waldo Emerson, Walt Whitman y Henry David Thoreau, Emma Goldman contribuyó a deshacer el mito que consideraba el anarquismo como un producto europeo, una doctrina ajena a Estados Unidos que introdujeron los inmigrantes. De la tradición del individualismo estadounidense, del ideal de la completa libertad de los seres humanos, ya sea como personas o como ciudadanos, Emma Goldman logró un nuevo impulso para su misma concepción anárquica[10].

Individuo y sociedad

> Sólo el anarquismo enfatiza la importancia del individuo, sus posibilidades y necesidades en una sociedad libre. El anarquismo insiste en el hecho de que el centro de gravedad de la sociedad es el individuo, quien debe pensar por sí mismo, actuar con libertad y vivir plenamente su propia vida[11].

Así escribía Emma Goldman en un artículo de 1934, en el cual hacía un equilibrio de su vida. El anarquismo, «el maravilloso ideal», «el gran germen del pensamiento», era la filosofía de la completa expresión individual y de la «fusión armónica» entre individuo y sociedad. En el ensayo intitulado *Anarquía: lo que significa realmente* (*Anarchism: What It Really Stands for*), para esclarecer su pensamiento se apoya en Emerson:

«La única cosa que tiene valor en el mundo», dice Emerson, «es el espíritu activo; cada hombre lo posee dentro de sí. El espíritu activo ve la verdad absoluta, da voz a la verdad y crea». En

otras palabras, el instinto individual es aquello que tiene valor en el mundo. El verdadero espíritu es el que ve y crea la verdad concreta, y será a partir de ésta que nacerá una verdad aún más grande, el espíritu social renacido.

Todos los escritos de Emma Goldman revelan una idea positiva de la naturaleza humana. Cada individuo, afirma, nace con propias y distintas inclinaciones, pero con un fundamento ético que comparte con todos los demás seres humanos: «un sentido innato de lo que es justo» y sobre todo un amor incondicional por la libertad. Dicho fundamento ético, si no hubiera sido obstaculizado, conduciría a relaciones positivas con los demás. En la naturaleza humana, «fluida, plástica, sensible a nuevas condiciones», se encerraban posibilidades ilimitadas. Sólo la libertad, las oportunidades más amplias de la vida, y en particular modo, la paz y la armonía, revelarían las características dominantes de la naturaleza humana.

Por esta razón, escribía en 1934, «siempre he buscado permanecer en un estado de flujo, de continuo crecimiento sin petrificarme en una condición de autocomplacencia»[12].

La visión que Emma Goldman tenía del «maravilloso ideal» es una visión abierta a la posibilidad. El compromiso de toda su vida fue favorecer las condiciones para el desarrollo y la expresión de una interioridad vital y creativa en todos los aspectos de la vida, contrastando los intentos de la sociedad de controlar a los individuos a través de reglas morales coercitivas y destructivas de las relaciones personales y sociales, que imponían contrariedades a los impulsos naturales. Los temas a los cuales se dirige su lucha y a los cuales dedicó sus escritos —la libertad de palabra, la independencia femenina, la libertad sexual, el control de la natalidad, los derechos de los trabajadores, la enseñanza de la libertad y del pensamiento crítico— a su juicio estaban estrechamente interrelacionados, aspectos indisolubles de un único proceso que conduciría al desarrollo de una

individualidad fuerte e independiente, capaz de nuevas y formas más libres de expresión.

Liberación personal y mutación social

La forma de vivir la propia vida según los ideales de libertad, a partir de las relaciones más íntimas con los demás, era para Emma Goldman un fin en sí y un aspecto crucial del cambio social.

Un primer nudo teórico que atraviesa todo su pensamiento es el rechazo de la contraposición entre emotividad y pensamiento, entre vida personal, vida social y compromiso político.

En 1910, en el prefacio a su única recopilación de ensayos *Anarquismo y otros ensayos* (*Anarchism and Other Essays*), presentando sus ideas acerca de «varios argumentos de importancia individual y social», escribía:

> [Ellos] representan el esfuerzo *de la mente y del alma* en el curso de veintiún años, las conclusiones a las cuales llegué después de muchas revisiones y cambios interiores (cursivas mías).

De aquellos doce ensayos seleccionados como ejemplo de su pensamiento, resultado del «esfuerzo de la mente y del alma», cinco se dedicaron a la cuestión femenina: al tema del voto, de la prostitución, del matrimonio, de la sexualidad y del amor[13].

Sus convicciones radicales sobre estos argumentos se mostraron a sus contemporáneos mucho más peligrosas que las ideas que justificaban la violencia revolucionaria, y ni siquiera en el movimiento anarquista se acogieron completamente, es más, se consideraron cuestiones de segunda importancia, si no es que de verdaderas desviaciones. Es notable la conversación de Emma Goldman con Kropotkin durante la cual el anarquista ruso le preguntó si «valía la pena perder tanto tiempo en discutir sobre sexo», y la recomendación a las anarquistas esta-

dounidenses con la finalidad de que dieran prioridad en su acción política a la liberación de los trabajadores.

La certeza de que las desigualdades entre los géneros se resolverían con la instauración de un nuevo orden social era, pues, difusa entre los compañeros de lucha de las feministas anarquistas que debieron enfrentarse primero que nada al menosprecio, la indiferencia y a veces la hostilidad de los hombres con los cuales trabajaban hombro con hombro[14]. Así Emma Goldman, recordando su experiencia como obstetra en los barrios más pobres, escribía a Max Nettlau el 2 de febrero de 1935:

> La condición femenina me toca profundamente. He visto muchas tragedias en las relaciones entre hombres y mujeres; he visto demasiados cuerpos devastados y espíritus destruidos por la esclavitud sexual de la mujer por no sentir con profundidad la importancia de la cuestión o por no expresar mi indignación hacia el comportamiento de la mayor parte de ustedes, estimados señores[15].

A diferencia de la mayor parte de las sufragistas, Emma Goldman estaba convencida de que la independencia femenina no se realizaría como consecuencia de las mejoras económicas o de concesiones dadas desde lo alto, sino que tomaría la forma de una regeneración interior, de una transformación en la forma de pensar.

Tal enfoque revela la conciencia de la compleja naturaleza del dominio, un constreñimiento que se ejercita en cada aspecto de la vida: sobre las necesidades materiales, sobre los cuerpos, sobre la mente y sobre la conducta. El dominio es también un modo de posicionarse frente a la experiencia social y personal que sofoca la vida y distorsiona la personalidad de los individuos; conduce a la homologación de las ideas y a la pasividad.

Oponerse al dominio en todas sus formas implicaba un proceso de liberación de los constreñimientos externos e internos, exigía que se rompieran las barreras de la dependencia —eco-

nómica, psicológica y emotiva— para que se pudieran manifestar y expresar los propios deseos y las propias inclinaciones. En este proceso los temas de la sexualidad y de la reproducción asumían una importancia fundamental, en particular para las mujeres, oprimidas por la familia patriarcal y por la moral puritana.

En la sexualidad y en las relaciones de amor, Emma Goldman reconocía una fuente de energía creativa, una fuerza vital decisiva en el proceso de transformación individual y social. Por lo tanto, era crucial liberar «la más íntima y la más intensa de las relaciones» de todas la prohibiciones y limitaciones.

> Las emociones vinculadas a la sexualidad y a las relaciones amorosas están entre las más íntimas, las más intensas y las más sensibles expresiones de nuestro ser. Están tan profundamente vinculadas al cuerpo y a la psique [...] que cada relación amorosa debería, por su misma naturaleza, ser un hecho absolutamente privado (*Los celos: las causas y una posible cura*).

El énfasis sobre la necesidad de vivir la revolución en la vida cotidiana, partiendo de las relaciones íntimas, es quizá la contribución más relevante que Emma Goldman hizo a la reflexión feminista, un punto de vista que, si encontró escasa aceptación en Estados Unidos entre el siglo XIX y el siglo XX, se convirtió en un punto de referencia importante para el movimiento de las mujeres en las siguientes décadas.

La crítica al sufragismo

Las convicciones de Emma Goldman sobre la relación entre liberación personal y transformación social la colocaban en un abierto contraste con el movimiento sufragista. Las mujeres deberían liberarse de los propios «tiranos interiores» y no esperar la emancipación con su participación en la política par-

lamentaria, «corruptora de la personalidad y de las convicciones». Tal antisufragismo radical no encontraba consenso unánime ni siquiera entre las feministas anarquistas, entre las cuales había algunas que veían en el voto el reconocimiento al derecho de las mujeres a expresarse y, por lo tanto, un paso hacia la afirmación de la propia dignidad.

Según Emma Goldman, el modo en que vivían las defensoras del sufragio era la principal prueba que demostraba que el procedimiento seguido por ellas estaba equivocado. El rechazo hacia las convenciones sociales, de hecho, había conducido a muchas de ellas a excluir de la propia vida las relaciones íntimas con los hombres. Un mensaje de renuncia, una elección que empobrecía la propia vida afectiva de la cual no podía brotar ninguna emancipación.

Con la convicción de que la verdadera emancipación sólo podía provenir del deseo de libertad y del sentido de la propia dignidad, Emma Goldman no ahorra palabras de desprecio hacia la «servidumbre voluntaria» de las mujeres.

> La mujer, más aún que el hombre, es una adoradora de fetiches y, aunque sus ídolos pueden cambiar, siempre está de rodillas, siempre con las manos levantadas, siempre enceguecida frente al hecho de que su dios tiene pies de arcilla. Así la mujer desde tiempos inmemorables es la más grande amparadora de todas las divinidades. Por consiguiente ha tenido que pagar el precio que sólo los dioses pueden exigir: su libertad, la sangre de su corazón, su misma vida.
>
> La famosa máxima de Nietzsche, «Si vas con una mujer, no olvides el látigo», se ha considerado demasiado brutal; sin embargo Nietzsche en una frase expresó el comportamiento de la mujer hacia las propias divinidades (*El sufragio femenino*)[16].

Un tema (el de la sumisión servil de las mujeres) que la acercaba a Mary Wollstonecraft, la feminista británica que en 1792, en su obra *Vindicación de los derechos de la mujer* (*A Vindication of the Rights of Woman: with Strictures on Political and*

Moral Subjects), en un capítulo intitulado «Observaciones sobre la condición de degradación a la cual se ha reducido a la mujer», escribió: «las mujeres desprecian la libertad para obtener lo que no tienen, la fuerza necesaria».

En su vehemente polémica, que a veces adopta los tonos de la denigración, Emma Goldman llega a encausar a la misma «naturaleza femenina»:

> La mujer, que es sustancialmente purista, es *por naturaleza* sectaria e inflexible en sus intentos por tornar a los demás buenos como ella cree que deberían ser (*El sufragio femenino*, cursivas mías).

Otro motivo de contraste con las sufragistas se relacionaba con el tema de la distinción de género. «Mi divergencia con las feministas [...] está en el hecho de que la mayor parte de ellas ve la propia esclavitud como algo distinto del resto del género humano»[17].

> A pesar de todas las teorías políticas y económicas que se ocupan de las diferencias fundamentales entre los distintos grupos de la especie humana, a pesar de las diferencias de clase y de raza, a pesar de todas las líneas artificiales de demarcación entre derechos del hombre y los de la mujer, por mi parte estoy convencida de que existe un punto en el cual estas diferenciaciones pueden encontrarse y reunificarse en una unión perfecta (*La tragedia de la emancipación de la mujer*).

Uno de los principales argumentos avanzados de las sufragistas a favor del voto a las mujeres se fundaba sobre la convicción de su superioridad moral. Si las mujeres hubieran podido expresarse a través del voto —afirmaban—, si hubieran podido verter en la sociedad los valores femeninos del cuidado y de la defensa de la vida, habrían contribuido a liberar a la convivencia social de los males que la afligían[18].

Por el contrario —a juicio de Emma Goldman— hombres y mujeres no representaban mundos antagonistas, la dualidad de los sexos era una noción absurda, una separación mezquina. Las mujeres no eran mejores que los hombres y no lograrían nada ahí donde los hombres habían fallado. Los éxitos decepcionantes del sufragio femenino en la esfera social y política en los países en los cuales las mujeres habían obtenido el derecho al voto, lo estaban demostrando.

Mujeres y hombres

El rechazo hacia las premisas del movimiento sufragista, condujeron a Emma Goldman a no medirse con la reflexión feminista contemporánea sobre la diferencia de género. Aunque en su complejidad el movimiento sufragista fuera un movimiento de mujeres de clase media, conservador y puritano, no faltaba una corriente feminista que fundaba su análisis sobre la diferencia entre los géneros y que proponía una crítica radical a la sociedad industrial, al militarismo, a la explotación sexual de las mujeres y a la violencia doméstica.

El énfasis en la necesidad del encuentro entre hombres y mujeres, en la común humanidad, en el carácter artificial de las divisiones y la aversión hacia cada forma de puritanismo pueden explicar un cierto menosprecio que condujo a Emma Goldman a limitar sus mismas argumentaciones. De hecho, cuando ella hace referencia a sus experiencias femeninas, no las define y no las analiza. «Femineidad», «instinto materno», «ánimo femenino», «emociones profundas de una verdadera mujer, enamorada y madre» son expresiones que pudieron considerarse conservadoras porque no se acompañaban de una reflexión sobre la especificidad femenina, que no podía ser simplemente eludida.

Del mismo modo, su aguda crítica al concepto corriente de emancipación, exterior y superficial, una emancipación que terminaba por reivindicar una paridad vacía y acrítica, como «el privilegio de convertirse en jueza, carcelera y verdugo», o el de convertirse en «una autómata del trabajo», se detiene frente a la definición faltante del diferente proceso de liberación en el hombre y en la mujer.

En el ímpetu de la polémica antisufragista, Emma Goldman no afronta la cuestión del dominio masculino en la familia y en la sociedad, de la profundidad de aquel dominio, sostenido por las instituciones políticas y sociales, por la mentalidad y por los prejuicios.

En su deseo del encuentro entre mujeres libres y hombres libres, nada dice sobre la necesidad que tienen los hombres de liberarse del dominio que ejercen sobre las mujeres en la vida familiar, de los comportamientos violentos y de la explotación sexual que siempre denunciaba. Arrastrada por el deseo de sancionar la sumisión femenina, en un pasaje del texto *El sufragio femenino* afirma que los hombres habían superado a las mujeres en el proceso de liberación:

> El comportamiento limitativo y purista de la mujer frente a los desafíos de la vida la convierten en un *grave peligro para la libertad*, dondequiera que ella tenga poder político. Los hombres superaron desde hace tiempo los prejuicios que aún sofocan a la mujer (cursivas mías).

Si las mujeres eran reprimidas por la fuerza y por la vanidad de los hombres, esto sucedía también porque aquéllas eran las primeras en amar esas cualidades en ellos. Al liberarse a sí mismas, ayudarían también a los hombres a ser libres[19]. Escribe en el ensayo *La tragedia de la emancipación de la mujer*:

> La historia nos enseña que cada clase oprimida ha conquistado la verdadera liberación de sus patrones sólo a través de las

propias luchas. Hace falta que la mujer aprenda esta lección y entienda que su libertad podrá llegar hasta donde lleguen sus deseos de conquistar la propia libertad.

Mientras más distante se encontraba Emma Goldman del modo de pensar de las sufragistas, más cercana se sentía a la vida de las mujeres de las clases trabajadoras. Esto lo revelan los ensayos dedicados al tema de la prostitución.

En estos escritos su análisis es agudo, profundo, radical y provocador: equipara la prostitución a las relaciones matrimoniales, identifica sus causas principales no sólo en el aspecto económico, sino también en la ignorancia y en la condición de inferioridad en el cual se encontraban las jóvenes, y en el prejuicio que las condenaba. Las muchachas son definidas como las «víctimas de la moralidad», es decir, de una hipocresía mojigata que consideraba la prostitución una necesidad o un vicio femenino.

También en este caso su crítica se detiene frente a la diferencia entre los géneros. Después de haber afirmado que la prostitución «succiona la sangre vital tanto de los hombres como de las mujeres», su atención se fija sobre las prostitutas y analiza al igual la alteración del impulso sexual, la particular sobreexcitación provocada por el trabajo en grandes habitaciones rodeadas de fábricas y por la concurrencia a establecimientos de diversión a bajo costo. De la alteración del impulso sexual en los hombres, un tema que las demás feministas de aquel tiempo estaban enfrentando, Emma Goldman no hace ninguna referencia[20].

El rechazo hacia las fáciles contraposiciones entre hombres y mujeres, la voluntad de sancionar la hipocresía puritana, conducen a Emma Goldman a eludir algunas temáticas cruciales de las relaciones entre los géneros. Por estas razones su apelación a la liberación femenina se muestra a veces voluntarista, casi despreocupada por los obstáculos que las mujeres deberían enfrentar para conquistar la dignidad necesaria con la finalidad

de reivindicar la propia independencia, y delata cierta intolerancia a aquellos que no seguían su ejemplo.

> El desarrollo, la libertad e independencia [...] deben venir de ella, a través de ella. En primer lugar, de su autoafirmación como persona y no como objeto sexual. En segundo lugar, con el rechazo a dar a los demás derechos sobre su propio cuerpo, el rechazo a tener hijos, hasta que así se desee; el rechazo a ser servidumbre de Dios, del Estado, de la sociedad, del marido, de la familia, etc., haciendo la propia vida más simple, pero más profunda y más rica (*El sufragio femenino*).

El acento dado a la individualidad, la idea de que la verdadera esencia del poder se fundaba en la sumisión voluntaria de la naturaleza humana y la confianza en la infinidad de posibilidades de los individuos, esclarecen el tono de dichas exhortaciones. Sin embargo, para comprender de mejor manera su posición respecto al tema de la opresión femenina y profundizar más hondamente en su pensamiento, es necesario seguir su mismo método, mirar de manera más cercana su vida, el modo en que se veía a sí misma y en el cual vivió la relación entre teoría y praxis.

Una pionera y un modelo

A través de sus escritos, sus conferencias y su autobiografía Emma Goldman deseaba propagar un mensaje y ofrecer un modelo, demostrar que la vida de las mujeres podía ser libre y emotivamente satisfactoria. El texto de una conferencia dedicada a Mary Wollstonecraft en 1911 —a su deseo de lograr una experiencia de relaciones conyugales revolucionarias, a la rebelión contra los constreñimientos autoritarios, al temperamento apasionado— es particularmente revelador de la imagen que Emma Goldman tenía de sí y del espíritu con el cual se

acercaba a la cuestión femenina[21]. Emma Goldman fue una de las pocas feministas que hizo referencia a Mary Wollstonecraft, sobre cuya obra se posó el silencio a causa de su vida «escandalosa» y de sus desafíos al conformismo considerados dañinos para la causa de la emancipación. En Mary Wollstonecraft Emma Goldman se reflejaba; en ella veía una figura trágica, la pionera del moderno concepto de femineidad, cuya vida y cuyo pensamiento la colocaban más allá de la capacidad de comprensión de su contemporáneos.

> El viejo, sordo y apático como es, no coge lo nuevo, va contra el pionero de la verdad con desconfianza y resentimiento, tratándolo como a alguien que perturba su paz. [...] Así, sólo pocos escuchan a los pioneros, porque éstos no se encaminan sobre pistas ya trazadas, y a la multitud le falta la fuerza de seguirlos hasta lo desconocido[22].

Mary Wollstonecraft también era descrita como una heroína romántica, como aquélla que había buscado vivir una vida emotivamente satisfactoria y coherente con las propias convicciones.

> La misma vida de Mary es una de las trágicas pruebas de que no sólo los derechos económicos y sociales son suficientes para llenar una vida, es más, no son suficientes para llenar la vida de nadie, sea el hombre o la mujer que sea[23].

Como Mary Wollstonecraft, Emma Goldman en diferentes fases de la vida fue abatida por la pasión por un hombre, una pasión que sentía como un límite de su libertad y que su razón rechazaba. La tensión entre la libertad y la reciprocidad, entre el deseo de una completa independencia y el de la seguridad de un vínculo, entre sus convicciones de amor libre y la incapacidad de liberarse de los celos, fue un hecho lacerante. Lo reve-

lan la autobiografía y sobre todo las cartas inéditas. Así escribía a Ben Reitman en 1909:

> No tengo el derecho de transmitir un mensaje a los demás cuando no hay mensaje en mi alma. No tengo el derecho de hablar de libertad, puesto que me he convertido en una esclava abyecta del amor[24].

Las reflexiones más radicales contra la monogamia y los celos, como aquellas contenidas en la conferencia *Los celos, sus causas y una posible cura*, se elaboraron en los períodos más tormentosos de sus relaciones amorosas, cuando estaba conduciendo una lucha interior para superar aquellos sentimientos que criticaba públicamente[25]. Las exhortaciones a conducir una vida libre que dirigía hacia sus seguidoras, sus apelaciones a la voluntad, eran los mismos que dirigía, en modo estoico, a sí misma.

En 1931, así escribía a Alexander Berkman: «En la lucha que me laceraba cada vez que debía decidir entre mi amor por un hombre y mis ideas, invariablemente mis ideas y no mi pasión, han decidido mi camino»[26]. El hecho es que no tenemos elección, escribía, siempre a Alexander Berkman, en 1925, «el impulso hacia la libertad, que empuja a la lucha por un ideal más elevado, es tan grande y arrebatador que no nos podemos resistir»[27]. El ideal de un futuro anarcofeminista, un período en el cual todos serían libres en el amor y en el trabajo, capaces de hacer de sí mismos personas plenamente humanas y creativas, capaces de producir verdadera riqueza social.

> [Entonces] consideraremos a los hijos de los demás como si fueran nuestros. A los padres, hermanos y hermanas de los demás como nuestros. Las relaciones del «hogar, dulce hogar» ahora pueden parecernos maravillosas, pero cuando nuestros ideales asuman una dimensión social nos parecerán angostas, vulgares, terriblemente aisladas, fríos y limitadas. Tendremos que abando-

nar el grupo familiar para respirar. Necesitaremos centros de irradiación más amplios para nuestros más grandes afectos[28].

Tal era el «espléndido ideal» al cual había dedicado su vida y que la hacía intolerante a cualquier mediocridad, a cualquier perspectiva política limitada, que animaba su crítica vehemente y determinaba su inflexibilidad.

Emma Goldman nos ha dejado una herencia compleja; a través de su vida y su elaboración teórica ha contribuido a dar una dimensión feminista al anarquismo y una dimensión libertaria al feminismo[29]. Su convicción en la interdependencia entre la transformación social y colectiva y el interior de los individuos merece ser retomada y apreciada en todo su valor, enriquecida por la experiencia de nuestra vida.

Notas

[1] Este texto es una traducción del prólogo del libro *Il penseiro Anarcofemminista di Emma Goldman*, Isabel Farah y Laura Gargiulo (selección de textos, redacción y traducción), Pisa, BFS, Biblioteca Franco Serantini, 2009. El libro en suma es un compendio de textos escrito por Emma Goldman y traducidos al italiano. Traducción al español por Selene Amador Díaz.

[2] Entre las biografías, la primera fue la de R. Drinnon, *Rebel in Paradise: A Biography of Emma Goldman*, Chicago, University of Chicago Press, 1961. Para una interpretación de la relación entre vida privada y militancia anarquista véase C. Falk, *Love, Anarchy, and Emma Goldman*, New York, Rinehart and Winston, 1984; A. Wexler, *Emma Goldman: An Intimate Life*, New York, Pantheon Books, 1984; A. Wexler, *Emma Goldman in Exile: From the Russian Revolution to the Spanish Civil War*, Boston, Beacon Press, 1989. Una preciosa fuente para la reconstrucción biográfica es la recopilación de cartas compiladas en A. M. Drinnon, R. Drinnon, *Nowhere at Home. Letters from Exile of Emma Goldman and Alexander Berkman*, New York, Schocken Books, 1975. Sobre la Emma Goldman oradora véase: M. Solomon, *Emma Goldman*, Boston, Twayne, 1992. Entre las biografías más recientes véase: P. Salvatores, *Red Emma. Un'anarchica in America*, Piacenza, Tip.Le.Co, 2000 y T. Moritz, A. F. Moritz, *The World's Most Dangerous Woman: a New Biography of Emma Goldman*, Vancouver, Subway Books, 2001.

[3] E. Goldman, *Was My Life Worth Living?*, «Harper's monthly magazine», vol. CLXX, diciembre 1934, http://sunsite3.berkeley.edu/Goldman/Writings/Essays/lifework.html

[4] R. Drinnon, *Rebel in Paradise*, cit., p. 314.

[5] Véanse en primer lugar los ensayos contenidos en el volumen P. A. Weiss, L. Kesinger, *Feminist Interpretations of Emma Goldman*, University Park, Pennsylvania State University Press, 2007. Sobre el pensamiento feminista: B. Haaland, *Emma Goldman: Sexuality and the Impurity of the State*, «Canadian journal of sociology», XX, n. 2, 1995 y R. Gurstein, *Emma Goldman and the Tragedy of Modern Love*, «Salmagundi», n. 135, 2002.

[6] En los Estados Unidos a partir de los años '70 se comenzaron a republicar muchas de las obras de Emma Goldman. En la década siguiente en la Universidad de California en Berkeley se puso en marcha un proyecto (Emma Goldman Papers Project) que hasta la actualidad ha recopilado una documentación imponente: más de 20.000 entre cartas, escritos, documentos oficiales, recortes de periódico de y sobre Emma Goldman. En 1991 apareció la edición en microfilme que se compone de 69 bobinas (The Emma Goldman Papers Project: A Microfilm Edition, Chadwyck-Healey Inc.). En 2001 se publicó una antología de los artículos sobre el periódico fundado y dirigido por Emma Goldman, *Madre Tierra* (*Mother Earth*) compilados en P. Glassgold, *Anarchy! An Anthology of Emma Goldman's «Mother Earth»* (1906-1918), Washington, Counterpoint.

[7] *Let Icons Be Bygones! Emma Goldman: the Grand Expositor*, en P. A. Weiss, L. Kesinger, *Feminist Interpretations of Emma Goldman*, cit., p. 42.

[8] Véase entre los estudios más recientes S. L. Brown, *The Politics of Individualism: Liberalism, Liberal Feminism and Anarchism*, Montreal, Black Rose Books, 2003. Sobre el pensamiento de Emma Goldman a la luz de la teoría feminista y sobre la influencia sobre el feminismo contemporáneo véase: P. A. Weiss, L. Kesinger, *Feminist Interpretations of Emma Goldman*, cit., 2007.

[9] Sobre la influencia del filósofo alemán sobre Goldman véase el ensayo de R. Holub, *Nietzsche: Socialist, Anarchist, Feminist*, http://learning.berkeley.edu/robertholub/research/essays/American_Nietzsche.pdf.

[10] Sobre este tema véase G. Jurlano, *La figlia del sogno. Emma Goldman negli Stati Uniti*, in «Rivista storica dell'anarchismo», II, n. 2, 1995.

[11] E. Goldman, *Was My Life Worth Living?*, cit.

[12] *Ibíd*.

[13] *Tráfico de mujeres* (*The Traffic in Women*), *El sufragio femenino* (*Woman Suffrage*), *La tragedia de la emancipación de la mujer* (*The Tragedy of Woman's Emancipation*), *La hipocresía del puritanismo* (*The Hypocrisy of Puritanism*) y *Matrimonio y Amor* (*Marriage and Love*).

[14] Sobre este tema y sobre las relaciones de Emma con el movimiento feminista anarquista estadounidense véase M. S. Marsh, *Anarchist Women 1870-1920*, Philadelphia, Temple University Press, 1981.

[15] A. M. Drinnon, R. Drinnon, *Nowhere at Home*, cit., p. 186.

[16] Ésta es la única, entre las numerosas afirmaciones misóginas de Nietzsche, a la cual alude Emma Goldman. Del pensamiento de Nietzsche Emma Goldman apreciaba la crítica despiadada hacia las instituciones sociales, los apasionantes llamamientos para un futuro mejor, la vitalidad individualista, su disgusto por el estado. El periódico de Emma Goldman, *Madre Tierra*, fue, entre los periódicos más publicados en Estados Unidos, el que dio mayor espacio a los escritos de y sobre Nietzsche.

[17] Citado en M. Hewitt, *Emma Golman. The Case for Anarcho-Feminism*, in P. A. Weiss, L. Kesinger, *Feminist Interpretations of Emma Goldman*, cit., p. 312.

[18] Uno de los ejemplos más elevados de este pensamiento es el texto de J. Addams, *If Men Were Seeking the Franchise*, «Ladies home journal», XXX, n. 19, 1913.

[19] E. Goldman, *Living My Life*, I vol., New York, Alfred Knopf, 1931, p. 557.
[20] En Estados Unidos, en el mismo año en el cual salía la segunda edición de la recopilación de ensayos de Emma Goldman, James Addams publicaba el volumen *A New Conscience and an Ancient Evil* en el cual documentaba las dimensiones y los mecanismos de la trata, la participación de los jóvenes en el mercado sexual, e identificaba en la distorsión de la sexualidad masculina en la metrópoli contemporánea la causa principal de la propagación de la prostitución y un campo de intervención reformador.
[21] *Mary Wollstonecraft, su trágica vida y su lucha por la libertad* (*Mary Wollstonecraft, Her Tragic Life and Her Passionate Struggle for Freedom*).
[22] M. Wollstonecraft, *Tempo di rivoluzioni*, cit., p. 183.
[23] *Ibídem*, p. 177.
[24] Citado por L. Jo Marso, *A Feminist Search for Love. Emma Goldman on the Politics of Marriage, Love, Sexuality, and the Feminine*, P. A. Weiss, L. Kesinger, *Feminist Interpretations of Emma Goldman*, cit.
[25] Sobre estos aspectos véase C. Falk, *Love, Anarchy, and Emma Goldman*, cit.
[26] A. M. Drinnon, R. Drinnon, *Nowhere at Home*, cit., p. 168, carta del 25 de diciembre.
[27] *Ibídem*, p. 134.
[28] *The Passing of the Family*, s. d., citado por J. E. Day, *The «Individual» in Goldman's Anarchist Theory*, en P. A. Weiss, L. Kesinger, *Feminist Interpretations of Emma Goldman*, cit., p. 121.
[29] A. Wexler, *Emma Goldman: An Intimate Life*, cit., p. 277.